

N O S O T R O S

LA ESCUELA EN EL REGIMEN DE ORGANIZACION DE LA INSTRUCCION PUBLICA ARGENTINA

No es común en nuestro país la vinculación del pensamiento a la acción de gobierno. Las altas funciones directivas son, generalmente, el asiento de la política, donde los hombres llegan, no por su consagración a una actividad intelectual determinada, a realizar un programa de ideas, sino por contingencias de acomodación partidaria. La instrucción pública, sobre todo, pocas veces ha tenido a su frente espíritus versados en el manejo de sus grandes problemas.

Resulta, pues, altamente significativo y digno por ello de destacarse, el libro en el que el doctor Juan B. Terán nos presenta la doctrina, los hechos y documentos de su acción de gobierno al frente de la instrucción primaria del país. Hombre de letras, acostumbrado al dominio del pensamiento, ha sabido abordar el estudio de la realización de sus ideas educacionales con el criterio y el método de una determinada orientación filosófica. De temperamento literario, tanto y quizás más que filosófico, de información humanista, más que científica, su obra presenta, sin duda alguna, la unidad de una construcción orgánica. Su estilo, de elegante sobriedad y sencillez, proporcionado a la seriedad del asunto y la majestad de la función, acusa el buen gusto que forman las lecturas elegidas y las sedimentaciones selectas. Realza la sinceridad y elevación de sus ideas el antecedente de haber rehusado una de las más altas dignidades del Estado, por no concordar con sus vocaciones más íntimas.

Ningún homenaje mejor a la obra y al autor, que el estudio y análisis del problema de trascendental importancia que plantea.

I

El doctor Terán resume su doctrina educacional en este concepto: "espiritualizar nuestra escuela". Lo define: "En cuanto al fin de la enseñanza significa que no puede estar encerrado en la formación de una salud robusta, en la capacidad práctica para la vida, en la adquisición científica, en el desarrollo del sentimiento estético, si son concebidos, cada uno de ellos, o reunidos, como fines en sí. Han de ser considerados, al contrario, como colaboraciones para formar un ser moral, con libertad y responsabilidad, es decir, proyectado en un plano trascendente. Esto importa, en su concepto, ponerse frente de las doctrinas que gobernaban y gobiernan la escuela argentina, a pesar o a favor de la vaguedad de las ideas corrientes". Y esas doctrinas son, para él, las positivistas y naturalistas. "Es curioso, agrega, cómo la escuela está en manos de las teorías que la niegan. Para el positivismo, que es determinista, la acción de la escuela es quimérica, puesto que escapan a ella los factores que dirigen la conducta. La consecuencia es forzosa para quienes niegan la libertad moral. Para el el naturalismo rousseauiano la acción de la escuela es nociva, puesto que conspira contra la bondad natural, que es el tesoro más precioso del niño".

Partidario del espiritualismo de Bergson, considera que en su doctrina la escuela encontrará su asiento orientador. "El espiritualismo, dice, significa una vuelta a la inteligencia, en oposición al culto de la vida, y una vuelta a lo real, en oposición al culto de la razón del idealismo kantiano". Son sus consecuencias: 1º. La enseñanza debe tener constantemente en vista al individuo. Fortalecer la personalidad debe ser un fin de la escuela, desarrollar el sentido de la responsabilidad, traducción de la libertad moral. 2º. Lo importante no es el enunciado de planes y programas, sino la conducta y el ejemplo del maestro. 3º. No puede ser el objeto de la escuela primaria la preparación para la vida práctica. 4º. Son normas de la acción escolar: el legalismo, el nacionalismo y el orden.

II

Entremos al estudio del desarrollo de sus ideas. Comienza con una afirmación que conviene aclarar. ¿Es cierto que han gobernado y gobiernan la escuela argentina las doctrinas positivistas y naturalistas, o, por lo menos, las que el doctor Terán define como tales? El estudio de la organización de la enseñanza en el país no da una respuesta afirmativa. Tampoco el doctor Terán nos dice las razones en que funda esta convicción, ni por qué entiende que ha existido el imperio de estas doctrinas. Desde luego, aparece una contradicción que formula un dilema: si estas doctrinas niegan la función de la escuela, ¿cómo es que han organizado la instrucción pública? Su sola existencia, lo que es innegable, porque está a la vista, revela dos cosas: o no la niegan o no son ellas las que gobiernan.

En lo que concierne a las doctrinas enunciadas, hay, generalmente, una confusión con respecto a sistemas y principios filosóficos. Los prejuicios dominan las ideas, deformándolas. Una posición determinada, en vez de abrir el espíritu a la comprensión de las doctrinas contrarias, lo coloca en actitud hostil. El sistema filosófico, que en la historia de las ideas es conocido con el nombre de positivista, no es el materialismo ni mucho menos engendra escepticismo, ya que de sus entrañas han surgido las teorías del evolucionismo y el progreso. Su fundamento reposa en eliminar de su campo de investigación la metafísica, y el materialismo es una doctrina metafísica, como lo es el espiritualismo. Cultiva, en cambio, la observación de los hechos, de la experiencia y de la prueba, con la confianza en la ciencia, esforzándose en dar base científica a los hechos morales y sociales, y no computa en sus exploraciones aquellas entidades que sólo viven a expensas del adjetivo. El materialismo y el espiritualismo, dice James, no son sino un simple sentimiento de admiración por abstracciones de un cierto género o de antipatía por las de otro. El causalismo relativista, principio del positivismo, no puede ser negativo de ninguna norma directiva de la conducta, como, al contrario, lo son el arbitrarismo providencial y el determinismo fatalista. La relación de causalidad supone la regularidad, el

ritmo, la norma, sin las cuales no existen conducta ni moral. Son las doctrinas surgidas de los principios científicos las que han afianzado la acción y la eficacia de la escuela.

En lo que al naturalismo rousseauiano respecta, el doctor Terán le da un alcance que acaso no ha estado en su espíritu. No se puede juzgar una doctrina por enunciaciones aisladas, sin vincularlas al cuerpo general y a la época y tendencias a que ellas respondieron. Es necesario darles su lugar de perspectiva con relación al momento histórico en que se han producido, y no olvidar, para una justa apreciación, aquella ley del péndulo, de que hablan los americanos y que explica el carácter un tanto absoluto de algunas afirmaciones. La doctrina de Rousseau, dice Dewey, de la bondad intrínseca de todas las tendencias naturales, representa una reacción contra la noción prevalente entonces de la depravación total y absoluta de la naturaleza humana innata y ha ejercido una poderosa influencia para modificar la actitud hacia los intereses de los niños. Su naturalismo y su individualismo son también una reacción contra lo que ya Rabelais y Montaigne llamaban la camisa de fuerza de la escolástica, y el concepto medioeval que cristalizó la tradición en instituciones, haciéndola reposar en la autoridad. A pesar de sus deficiencias, fueron sus ideas fecundas en resultados. Sentaron las bases de la pedagogía y Pestalozzi pudo proclamarse su discípulo.

Ya veremos si estas ideas están, como se afirma, en la dirección de la instrucción pública. Pero no creo que debamos alarmarnos porque gobiernen doctrinas, sobre todo cuando no son disolventes, ya que han creado un organismo institucional. Lo grave sería, precisamente, que sucediera lo contrario.

Lo malo, lo extraordinariamente perjudicial para el país, ha sido y es el gobierno de hombres sin ideas y doctrinas. Han desorganizado y desorganizan la instrucción pública, haciéndola víctima del asalto de la incompetencia y la irresponsabilidad. A falta de un entusiasmo por el interés público, que da el conocimiento y la comprensión de sus problemas, ponen intereses personales y políticos, que es el veneno que ha corroído la administración. Tampoco es siempre la ideología de un hombre la expresión de su conducta. Entre nosotros, sobre todo, no es frecuente la concordancia y correlación necesarias y, al contrario,

en ciertos temperamentos, las ideologías son simples ropajes de acomodación, que viven a flor de piel.

III

Consideremos directamente el problema. La organización de la instrucción pública, entre nosotros, presenta un carácter peculiar que lo distingue de los otros países. La diferencia se señala no solamente en el criterio de organización, sino en el régimen de institución de Estado. Hay unidad, mayor simplicidad en el conjunto de sus articulaciones. Se desenvuelve en tres etapas, que comprenden, a su vez, tres organismos de gobierno diferentes: a) la instrucción primaria; b) la secundaria, normal y especial, y c) la superior. La división tiene su fundamento científico y se ha impuesto, por proceso natural e histórico, a través del tiempo: se funda en principios psicológicos. En la primera edad, 6 a 14 años, se dan los conocimientos rudimentarios, aquéllos que, al decir de Greard, no es posible ignorar. La inteligencia del niño, demasiado tierna, no está en condiciones de recoger sino las nociones elementales. La enseñanza primaria tiene, pues, sus límites marcados por leyes psicológicas y no es posible violarlas sin deformaciones peligrosas, que redundarían en perjuicio del propósito educacional perseguido. El despertar de las aptitudes vocacionales tiene su período de pronunciamiento, que requiere previamente con el de alguna información nutritiva, cierta madurez de desarrollo mental.

La segunda etapa presenta dos fases: 1º) Se da ya la enseñanza correspondiente a ciertas vocaciones profesionales, que no exigen mayor cultura ni un desarrollo más intensivo de aptitudes. En ellas están comprendidas la enseñanza normal, la del profesorado, la profesional, industrial, de artes y oficios, comercial, etc. 2º) La enseñanza secundaria, que debe aportar los conocimientos correspondientes a una cultura general, que forman al hombre y al ciudadano, y que sirvan de base para el ingreso a los estudios superiores.

La tercera etapa comprende la enseñanza superior que, con excepción de la Escuela Superior de Guerra, entre nosotros, está

limitada a la instrucción universitaria, que es profesional, científica y humanista.

En algunos países, como Francia, por ejemplo, que es el que mayor influencia ha tenido en nuestro sistema de enseñanza, la instrucción primaria se divide en dos: la elemental y la superior. La primera es la que corresponde a nuestra instrucción primaria, en su totalidad, pero la segunda encierra parte de lo que nosotros comprendemos en la segunda etapa. La instrucción primaria superior abarca: las escuelas primarias superiores, de las que son un remedo nuestras llamadas escuelas de adultos, a cuyo ingreso se requiere previamente haber cursado los grados elementales, donde los alumnos que quieran completar sus conocimientos encuentran, "con el beneficio de una cultura general más intensa, una orientación profesional que les permitirá consagrarse a una ocupación de su elección en la enseñanza, en la administración, en la agricultura, el comercio o la industria, o la vida doméstica para las niñas"; las escuelas de niños retardados y anormales; las escuelas normales, las escuelas profesionales, las escuelas de comercio, las escuelas técnicas, etc.

Las escuelas normales están organizadas en forma tal que contemplan la formación del profesorado en todas sus jerarquías. Se clasifican en normales primarias, normales primarias superiores, técnicas y la normal superior. Las escuelas normales primarias son las que nosotros llamamos simplemente escuelas normales, destinadas a formar el personal docente de las escuelas primarias elementales; las normales primarias superiores, correspondientes a nuestras escuelas normales de profesores, destinadas a formar el profesorado para las escuelas normales primarias y las escuelas primarias superiores; las técnicas forman el personal de las escuelas técnicas y comprenden dos secciones: una industrial y otra comercial. La Escuela Normal Superior, con jerarquía de enseñanza superior, forma el profesorado para la enseñanza secundaria y los institutos de enseñanza superior.

Es digno de mencionarse, y no podemos menos de destacar como un vivo contraste con lo que pasa entre nosotros, la alta preocupación de Francia por la organización del profesorado, al que ha sabido dar la importancia trascendental que tiene, desde que en sus manos reposa el porvenir intelectual de una

Nación. La primera escuela Normal creada por decreto de la Convención de 30 de octubre de 1794, se inicia ya con el cuerpo docente más ilustre de la época.

“Los profesores elegidos por la Convención, dice un educacionista francés, fueron sabios ilustres y celebridades literarias. Por la primera vez, había dicho Lakanal, (delegado del pueblo ante la escuela, al inaugurarse ésta, y a cuyo cargo estuvo la lectura del decreto que la instituía), los hombres más eminentes en las diversas ciencias y aptitudes, los hombres que hasta entonces no habían sido sino los profesores de las naciones y los siglos, los hombres de genio, iban a ser los primeros maestros de escuela de un pueblo”. Las diferentes cátedras fueron distribuidas así: Matemáticas, Lagrange, Laplace y Monge; Física, Hauy; Historia Natural, Daubenton; Química, Berthelot; Agricultura, Thouin; Geografía, Buache y Mentelle; Historia, Volney; Moral, Bernardino de Saint-Pierre; Gramática General, el abate Sicard; Análisis de entendimiento, Garat; Literatura, La Harpe; Economía Política, Vardenmonde.

La Escuela Normal Superior, “el primer establecimiento de enseñanza superior que existe en Francia”, al decir de Buisson, es el instituto que provee, con un severo criterio de selección, al profesorado de los colegios y liceos de enseñanza secundaria. Mientras nosotros no tenemos otra noción de la enseñanza superior que la de tipo universitario, con su diploma de doctor, u otro equivalente a él, en los países de alta cultura la institución más seria y más respetable es la que prepara a los que han de dirigir los institutos de enseñanza de la nación y dar la instrucción correspondiente a los futuros ciudadanos de la misma. La Escuela da dos diplomas: de profesor licenciado y profesor agregado y tiene dos secciones: una de ciencias y otra de letras. Sólo el profesor agregado puede obtener cátedras en los colegios y liceos, y para ser agregado es necesario previamente ser profesor licenciado, haber obtenido un diploma de estudios superiores, trabajo personal hecho por el candidato sobre un tema elegido por los maestros, con lo que se tiene derecho a presentarse al difícil concurso de agregación. La Escuela, dice Buisson, prepara a exámenes, para el diploma de licenciado, después del primer año; la agregación, después del tercero; pero se hace

más y mejor: se cultiva la ciencia por la ciencia misma. Se practica en trabajos personales, en investigaciones originales. Los alumnos de la sección de las ciencias tienen al lado de sus clases sus laboratorios, donde van a trabajar los maestros y donde trabajan también ellos. Los alumnos de la sección de las letras tienen su biblioteca, donde se habitúan a manejar y estudiar de cerca los textos. Es lo que ha hecho la fuerza de la escuela normal, es lo que permite dar a Francia, no solamente profesores instruidos, sino también sabios, espíritus verdaderamente originales, que renuevan lo que tocan. De allí han salido sabios como Bendant, Delafosse, Pasteur; filósofos, como Cousin, Jouffroy, Cournot, Vacherot; historiadores, como Agustín Thierry, Fustel de Coulanges; moralistas, como Presvost-Paradol y Bersot; eruditos, como Guignault, Patin, Havet; críticos, como Taine”.

Es, como se vé, en un instituto de enseñanza superior de esta clase donde se opera la selección más severa y rigurosa. aquél en el que en ese país se obtiene el título que habilita para dictar cátedras en los establecimientos de enseñanza secundaria. La preocupación de sus hombres de gobierno es, en esta materia, sustancial. Con motivo del proyecto de reorganización de la Escuela Normal Superior de 10 de noviembre de 1903, decía el ministro de Instrucción Pública y de las Bellas Artes, J. Chauvié: “El éxito de la reforma de la enseñanza secundaria depende de la solución que se dé al problema de la preparación de los futuros profesores. Hoy todo el mundo está de acuerdo que, si es indispensable que el futuro profesor sepa lo que debe enseñar, que se haya ejercitado en los métodos científicos, es también necesario que antes de enseñar haya aprendido a hacerlo”. Para nosotros no existe semejante preocupación. Las cátedras de la enseñanza secundaria están abiertas para todos. No se exige título, preparación, ni condición docente alguna. No nos extrañemos, pues, de la grave crisis por que atraviesa la enseñanza secundaria y, como corolario, el espectáculo, no muy halagüeño, que nos dan las Universidades. Tenemos, es cierto, un Instituto Nacional de Enseñanza Secundaria, de organización un poco híbrida, que da el título habilitante para el profesorado de aquellos establecimientos, pero como no existe disposición que

reglamente las condiciones exigidas para la obtención de cátedras en ellos, los egresados del Instituto difícilmente pueden competir con los que tienen fácil acceso a la recomendación de los políticos.

IV

La enseñanza primaria entre nosotros está regida por la Ley de Educación de 8 de julio de 1885. Su texto es claro y sintético y su criterio de regulación de la materia que legisla es perfectamente comprensivo. Está en ella claramente expresado su concepto sobre la escuela, su alcance, límite y función social. "La escuela primaria, dice, tiene por único objeto favorecer y dirigir simultáneamente el desarrollo moral, intelectual y físico de todo niño de seis a catorce años de edad". Establece después sus caracteres de "obligatoria, gratuita, gradual y dada conforme a los preceptos de la higiene". Fija el mínimo de instrucción obligatoria, como aclarando, en términos que no admitan disparidad, su concepto sobre la instrucción primaria. La clasifica, estableciendo la forma en que ha de graduarse su desarrollo: "la enseñanza primaria, dice, se dividirá en seis o más agrupaciones graduales y será dada sin alteración de grados en Escuelas Infantiles, Elementales y Superiores, dentro del mismo establecimiento o separadamente". Además de las escuelas comunes mencionadas, agrega, (art. 11), se establecerán las siguientes escuelas especiales de enseñanza primaria: (únicas autorizadas por la ley).

Uno o más Jardines de Infantes en las ciudades donde sea posible dotarlos suficientemente.

Escuelas para Adultos en los cuarteles, guarniciones, buques de guerra, cárceles, fábricas y otros establecimientos donde pueda encontrarse reunido un número, cuando menos, de cuarenta adultos inadecuados.

Escuelas Ambulantes en las campañas, donde, por hallarse muy diseminada la población, no fuese posible establecer, con ventaja, escuelas fijas".

Organiza su gobierno estableciendo que "la dirección facultativa y la administración general de las escuelas estarán a cargo de un Consejo Nacional de Educación, que funcionará en la

República bajo la dependencia del ministerio de Instrucción Pública”.

La ley define, pues, su concepto sobre la función de la escuela, al fijarle como objetivo el desarrollo simultáneo y armónico de lo moral, intelectual y físico. Para ella el individuo es una unidad en la que no hay elementos antagónicos. No existe oposición y mucho menos conflictos de predominio entre alma y cuerpo, naturaleza y hombre, teoría y práctica, pensamiento y acción, individuo y sociedad. Al organizar la escuela no hace de ella un campo de batalla, donde se libra una lucha entre porciones del ser humano, unas contra otras. Al contrario, tiende a encontrar su asiento en la vinculación armónica, en la natural y espontánea coordinación. Pueden haber relaciones de jerarquía, pero no de sometimiento depresivo. Ni el cuerpo es el enemigo del alma, ni la naturaleza del hombre, ni el pensamiento del esfuerzo y el trabajo, ni la teoría de la práctica, ni la inteligencia de la vida, ni el individuo de la sociedad. Son factores de cuya correlación dependen el bienestar social y la organización de las instituciones.

Es aquí, precisamente, donde radica nuestra disidencia con el criterio educacional del doctor Terán. El se coloca en el terreno clásico del conflicto y el antagonismo dualista, para hacer de la escuela la presa de un sistema o de un partido. Nosotros no queremos el conflicto, porque no lo vemos en la realidad de la vida y no lo consideramos sino fuentes de disputas estériles.

El dualismo del espíritu y el cuerpo, como dos reinos independientes de la existencia, es el que ha creado el antagonismo del hombre y la naturaleza, del humanismo y la ciencia. El proceso de diferenciación se produce sobre todo en la Edad Media, por la forma en que la Europa, dominada por los bárbaros, tuvo que tomar y asimilar la cultura greco-romana. La filosofía griega comenzó por ser naturalista, para hacerse humanista con Sócrates, quien formuló el concepto de que la ciencia de la naturaleza, a la vez que carece de importancia, no es accesible al dominio de la inteligencia. Pero Platón y Aristóteles coordinan ambos, haciendo depender el conocimiento del hombre y de la sociedad, del conocimiento de los elementos esenciales de la naturaleza, para sufrir posteriormente, con la influencia alejandrina

y romana, una inclinación preferente a la orientación literaria. Con la pérdida del poder político, Grecia sufre una paralización definitiva en su actividad intelectual creadora, acrecentándose esta tendencia, para concentrarse en el exclusivo interés de conservar su literatura. "La llamada tendencia política de los romanos, dice un escritor, actuó en la misma dirección. Al volver los ojos a las ideas recogidas de los griegos, no solamente tomaron el camino más corto para alcanzar su desenvolvimiento cultural, sino que promovieron el género de material y los métodos adaptados a sus aptitudes administrativas. Porque su genio práctico no se dirigió a la conquista y control de la naturaleza, sino a la conquista y control del hombre". La Europa de los bárbaros recoge esta herencia, y como nada crea por sí misma, la repite. Pero la recoge en una lengua que no es la de los pueblos nacientes, en una lengua sabia, madurada y selecta, extraña completamente a su inteligencia rústica. Tiene que estudiarla y para ello debe fundar un método y un instrumento que le facilite su adquisición, método que se sistematiza en la Escuela, por lo que se le llamó escolástico, es decir, "el sistema de formular y aplicar los métodos adaptados a la instrucción, cuando el material de ésta se reciba ya elaborado y dispuesto y no lo que los estudiantes tienen que encontrar por sus propios medios de investigación". La iglesia, por su parte, contribuyó a fortificar el régimen, pues las autoridades teológicas a las cuales apelaba, pertenecían a una literatura escrita en lenguas extranjeras. Es así como desaparece la tradición griega del humanismo basado en el conocimiento de la naturaleza, para ser transportado al que se fundaba en la autoridad. Con la intensificación del sistema se acrecienta el demérito de la naturaleza y las funciones a ella correlativas, las del cuerpo y todos los oficios que utilizan la simple actividad muscular. Sólo es digno lo que concierne al espíritu y al bienestar eterno. El renacimiento, con su retorno a la cultura griega, inclinó al hombre a la naturaleza, encontrando en sus relaciones un interés y un ideal estético. Pero esta resurrección no produjo sino una mayor oposición entre una y otra: las ciencias físico-naturales se desenvuelven precariamente, limitadas por las deficiencias de los métodos; la influencia del principio de autoridad, que sigue gravitando con imperio; la

tradición aristocrática, con su menosprecio por las cosas materiales, los trabajos manuales y los sentidos; las discusiones teológicas acentuadas por la reforma, que se apoderaron de las universidades y centros docentes, y la misma filosofía, con su racionalismo, que afirmó su carácter dualista, marcando rigidamente la división entre espíritu y materia. Pero el desarrollo de las industrias, del comercio, de las ciencias físico-químicas, los descubrimientos científicos, el desarrollo de las ciencias biológicas, de la psicología, la constitución de la sociología, de las ciencias políticas, sociales y el derecho, con el advenimiento de la democracia, transforman profundamente los conceptos de la vida y el trabajo, fijando la relación de estrecha dependencia entre lo humano y la naturaleza física. Nace así un concepto filosófico y científico: la naturaleza es el hogar del hombre y no su enemiga. En ella encuentra los elementos para la ejecución de sus propósitos y designios: el progreso de las ciencias físico-naturales determina un mayor bienestar humano y social. La dependencia se diseña con mayor vigor a medida que las disciplinas humanistas se desarrollan con la adopción de los métodos científicos: las condiciones geográficas, climatéricas, la constitución geológica del suelo, la producción de la tierra, influyen en la estructura de las sociedades, en la constitución política y las leyes, en el lenguaje, la historia, la literatura, la economía política y el arte. No hay, pues, tal división antagónica: la ciencia es una unidad que abarca por igual, en el cuadro de su constitución, a la naturaleza y al hombre.

La psicología, por su parte, llega a igual conclusión, habiendo atravesado las mismas etapas del pensamiento filosófico: desecha igualmente, la leyenda del trágico dualismo hostil. Al constituirse como ciencia rechaza, a la vez, el materialismo y el espiritua-lismo, repugnándole toda metafísica, cualquiera que ella fuere; pretende ser experimental y positiva, sin aspirar prematuramente a que se la clasifique como ciencia exacta; desconfía de las generalizaciones ambiciosas y declara modestamente: "que una buena colección de monografías y memorias sobre puntos especiales es el mejor servicio que por hoy se puede hacer a los estudios psicológicos". Son sus conclusiones: desaparecen como entidades la materia y el alma, afirmando el carácter específico

de los hechos psíquicos, su heterogeneidad con respecto a los de la fisiología, y la necesidad, para reconocerlos, de la observación, la experiencia íntima y la conciencia, recurriendo, en todo lo que sea posible, a los métodos patológicos.

En lo que a la educación respecta, ésta toma su punto de partida, dice un educacionista, de la estrecha y mutua dependencia existente entre los estudios humanistas y los de la naturaleza. Aspira, no a conservar la ciencia, como un estudio exclusivo de la naturaleza, aparte y como opuesto a la literatura, considerada como un recuento de los intereses humanos, sino como un cruzamiento fertilizador de las ciencias naturales y las diversas disciplinas humanas, tales como la historia, la literatura, la economía y la política.

V

Tampoco existe oposición entre la teoría y la práctica, la inteligencia y la acción, el pensamiento y la vida, y la escuela no puede reflejar conflictos ni preferencias entre porciones de la actividad, de cuya colaboración conjunta y coordinada dependen la vida y el progreso de las sociedades.

“Espiritualismo significa, dice el doctor Terán, una vuelta a la inteligencia, en oposición al culto de la vida”... Para una rama del espiritualismo, diremos nosotros, rectificando la fórmula un poco absoluta del enunciado, y no precisamente para lo que está en boga, y a cuya corriente se declara inclinado el mismo doctor Terán. Efectivamente, hay un espiritualismo pragmatista, que es, precisamente, el de Bergson y el de los pensadores católicos Le Roy y Pierre Duhem. Para Bergson la ciencia es “auxiliar de la acción”, persigue un resultado práctico, determina las condiciones a las que debe conformarse para que tal o cual fenómeno se produzca. Tiene, en su concepto, un fin esencialmente utilitario; se sirve de la astucia para someter a la naturaleza a la acción del hombre, mientras que la filosofía, más apta para penetrar el devenir, se aproxima a la vida y se nos presenta como una especulación desinteresada”.

La inteligencia, dice, está caracterizada por una incompreensión natural de la vida (*L'evolution creatrice*, pág. 179), en

cambio, el instinto (la naturaleza del niño de Rousseau?), es simpatía y no nos cansaremos de repetir, agrega, que la inteligencia y el instinto se inclinan en sentidos opuestos; aquélla hacia la materia inerte; éste, el instinto, hacia la vida. Y es hacia el interior mismo de la vida donde nos conducirá la intuición, que no es otra cosa que el instinto desinteresado, consciente de sí mismo, capaz de reflexión sobre su objeto y capaz de extenderlo indefinidamente. La vida es para él impulso vital, fuerza creadora, "libre creación".

Para Le Roy, como para Duhem, la ciencia es meramente pragmática, no es más que un recetario, un manual operatorio, que nos permite actuar sobre la naturaleza y adaptarla a nuestras necesidades. Es, en cambio, el espiritualismo de la rama de Jacobi, Hamelin, Maritain, Benda, el que predica el retorno a la inteligencia y critica acerbamente al autor de *L'evolution creatrice*. "El bergsonismo, dice Maritain, nos aparece como la más audaz tentativa de nihilismo intelectual".

De otra naturaleza es el pragmatismo científico de Peirce, William James, Schiller y Dewey. En este sistema se lo considera, a la vez, como un método, como una teoría del conocimiento, y James llega a formular una doctrina de la existencia. En el primer sentido, es decir, comprendido como un método, como una orientación del espíritu, se lo define como la tendencia a juzgar el valor de nuestro pensamiento por sus consecuencias, tomando esta palabra en su acepción más general, que, a la vez, comprende las consecuencias intelectuales y las consecuencias prácticas, los actos a los cuales nos conduce y los sentimientos que en nosotros suscita. Como teoría del conocimiento y más especialmente como una teoría sobre la naturaleza de la verdad, considera a ésta aquélla que mejor satisface el conjunto de las tendencias del alma humana y, en consecuencia, la define como el producto del esfuerzo que ésta realiza en el curso de la vida del espíritu, pues las verdades particulares no son sino productos momentáneos de la existencia, en vías de transformación perpetua. Verdad, dice, es verificación. James proyecta una teoría de la existencia considerando que la realidad no se ha hecho de una sola vez, fuera de la acción del tiempo, sino que se hace en él, y por el esfuerzo de nuestra voluntad. No solamente la realidad

temporal no es una ilusión, sino que es intrínsecamente contingente y nuestra voluntad libre es una de las formas que toma esta contingencia.

Hay, indudablemente, en las corrientes que informan este pragmatismo filosófico, adquisiciones valiosas que colocan a la filosofía en una nueva y más amplia orientación, afirmando su carácter de un estudio crítico de los principios, hipótesis y resultados de las diversas ciencias. Desde luego, vincula la experiencia y la razón, haciendo desaparecer un antagonismo basado en prejuicios y da a la primera el carácter y la importancia alcanzadas en una evolución histórica profunda. El despreciado "empirismo", que se vinculaba a las funciones despectivas de las cosas materiales, se transforma, primeramente, en "un modo de conocer", para ser después, no ya un "mero sumario de lo que se ha realizado en el pasado de un modo más o menos casual", sino un control expreso que se realiza con el propósito de obtener sugerencias más fecundas en las reacciones que las cosas ejercen sobre el hombre y éste sobre aquéllas y un medio de comprobar la validez de estas sugerencias. Ella consiste, pues, "en las relaciones activas que se establecen entre los seres humanos y su ambiente natural y social". Es, en sí misma, una actividad intelectual, en cuanto selecciona, vincula y relaciona los hechos, verifica la mayor o menor exactitud de las generalizaciones y somete a examen las teorías. Es una etapa del trabajo del pensamiento, necesaria y sustancial, no ya solamente en las ciencias naturales y sociales, pues hasta los matemáticos reconocen su papel decisivo en ciencias que hasta hace un siglo eran consideradas como puramente *a priori*, y algunos de ellos han llegado a clasificar a la geometría en el cuadro de las primeras ciencias naturales. Desaparece así la noción falsa del conocimiento, que lo reputaba de existencia aislada y opuesto a toda referencia y actividad experimental, desvinculado de la vida y de las cosas, ya que su fuente única y su órgano exclusivo lo constituía un espíritu puramente inmaterial, sin otra función que la de los intereses espirituales e ideales. El concepto de las ciencias físicas y naturales, a su vez, se transforma, para dejar de ser definidas como una simple colección de comprobaciones y experiencias. La fusión íntima, dice un pensador, de la filosofía

de la experiencia y de la filosofía del pensamiento puro, es hoy, ya en el hecho, obra adquirida y realizada.

Pero queda el problema bajo otra faz, la que presenta el pragmatismo de Bergson y su escuela: ¿hay, realmente, antagonismo entre el ser y el pensamiento, entre la vida y la inteligencia? Traduce el viejo conflicto del aristotelismo y el cartesianismo que, intensificado en el siglo XVIII por la disociación del ideal clásico, que se descompone en romanticismo y racionalismo, para entrar ambos en conflicto, el primero con su culto de la naturaleza y de la vida, el segundo con su culto de la razón y las ciencias racionales, para transformarse en el problema y la inquietud intelectual del siglo XIX. El pragmatismo de James es un ensayo de conciliación, que ha de completarse con las conclusiones de la labor fecunda de pensadores de orientaciones diversas, como Abel Rey, los discípulos de Durkheim, Goblot, Lalande por un lado y Meyerson, Brunschvicg, Bertrand Russel, por otro, y será, quizás, la obra capital del siglo XX.

Entre tanto hay ya conclusiones determinantes de la solución: si el conjunto de la física, comprendida la física teórica, está limitada por la experiencia, "es por la inteligencia que nos aproximamos a lo real, a través de la experiencia y gracias a ella"; si el mecanismo físico, tan plástico y fecundo, que las mismas doctrinas electro-magnéticas no son sino una de sus formas particulares; si el racionalismo filosófico no ha dejado de imponerse a los que meditan sobre el conocimiento y principalmente sobre las ciencias matemáticas; si los métodos de la biología contemporánea están cada vez más relacionados con las teorías físico-químicas de los fenómenos vitales, es indudable, como diría Berthelot, que mecanismo y racionalismo son complementarios e inseparables.

Esta teoría del conflicto y la antinomia entre la práctica y la teoría, la vida y la inteligencia, ha tenido su repercusión en la historia de los sistemas educacionales y aun hoy alimenta dos tendencias en contraste. Por un lado el racionalismo, que quiere encerrar la educación dentro de la faz meramente intelectual, ajena a todo carácter práctico, y la otra, que la limita, al contrario, a la actividad profesional e industrial. La separación de ambas tuvo su origen y razón de ser cuando las sociedades

tenían como base una división de clases fundada en motivos económicos: los que necesitaban trabajo para vivir y los que habían sido liberados de esa necesidad. Es así como en el desenvolvimiento político y social se ha ido formando el concepto antagónico, reputándose la vida de estudio y meditación abstracta, perseguida como fin en sí, la propiamente humana y superior, mientras que la vida consagrada al trabajo se hacía descender a la categoría de la correspondiente a los seres, en los que predominaban las funciones vegetativa y animal. El racionalismo hizo, pues, una dignidad del estudio, pero desprendiéndolo de la vida y sus necesidades, y dándole ese carácter de aristocracia, que hacía decir a William James, con irónica intención: tiene la nobleza, que consiste en la incapacidad de llenar humildes funciones.

Pero también aquí la gran evolución del comercio, la industria, las artes mecánicas, la agricultura, la organización política y social produjeron una verdadera revolución en los conceptos. La contextura intelectual misma sufre su transformación correspondiente. Los elementos que en la industria respondían al automatismo rutinario y al empirismo de las costumbres, están hoy subordinados a los resultados de la investigación científica. Su técnica reposa en absoluto en los principios y descubrimientos de la física, química, bacteriología, mineralogía, ciencias biológicas en general. Todas las actividades profesionales están sometidas a las mismas exigencias y ninguna de ellas escapa a la necesidad de una información intelectual. Las más importantes dependen de las matemáticas, la física y la química industrial. El obrero mismo necesita familiarizarse con algunas bases científicas y sociales, para no terminar transformándose en una adherencia de las máquinas que trabajan. Necesita adquirir alguna noción de los fines sociales de sus actividades, a fin de emanciparse de la idea subalterna del trabajo, limitado al exclusivo interés de ganar un salario. El Estado, por su parte, tiene una alta función de gobierno en la preparación y formación de los factores del trabajo. Debe orientar y organizar las actividades productoras dentro de la estructura económica, materia prima y los elementos de producción regionales. Para ello es preciso actuar sobre la inteligencia, dando las bases indispensables para

colocarla en situación de obtener una aplicación fecunda y progresiva. La escuela no puede, pues, dejar de ser también una institución preparatoria del trabajo. Es por su intermedio que el Estado debe orientar las actividades todas del país. En ninguna otra parte como entre nosotros, país en formación, se necesita tanto esta acción de gobierno, pero realizada, naturalmente, por el órgano que le corresponde por la ley. No en la escuela primaria, sino en aquella destinada por institución legal a la organización de los institutos profesionales. Entre nosotros ha primado el prejuicio racionalista: para 74 escuelas normales tenemos cuatro escuelas industriales, doce escuelas de comercio, imitadas a la Capital Federal y una o dos provincias, veinte escuelas profesionales de mujeres, veintinueve escuelas de artes y oficios, muy contadas escuelas de agricultura y ganadería. La feliz iniciativa del ministro Padilla de abordar el estudio y solución de la crisis de la enseñanza normal y especial, fijándole nuevas orientaciones, tuvo la oposición oficial tenaz y empecinada de este prejuicio incomprensivo. No hay, en esta materia, un concepto serio y orgánico de las necesidades del país y la alta función social de la instrucción pública.

ANGEL ACUÑA.

POETAS URUGUAYOS

UNIDAD DE AMOR

TODO el costado de mi cuerpo sangra
la cruel desgarradura de tu cuerpo...
Unidos somos
la forma de una raza desterrada,
dueña por fin de su celeste patria.
¡Ah el gozo de anular nuestros humanos límites
mientras la frente crece a un resplandor de arcángel!...

Todo el costado de mi cuerpo ahora,
sangra la llaga de tu cuerpo ausente...
Voy por los días, mutilada y ciega,
con la boca clamante de mi llaga,
en anhelo de estrecha soldadura
con la boca gemela de tu llaga!
Mientras van las potencias separadas
de nuestro arcángel desterrado,
pidiendo a nuestro abrazo
la perdida unidad de su destino!

Todo el costado de mi cuerpo sangra
la amputación de su mitad humana!...

Mayo 16 de 1931 (Aniversario).

MOMENTO

LA mariposa oscura del silencio
se posó, con la tarde, en mi regazo...

Henchido de distancias
en la proximidad de su secreto,
blando plumón, rozó mi frente un ala,
flecha lanzada hacia un distante anhelo.

Un estremecimiento de misterio
me sacudió el espíritu y el cuerpo.
Angel, pájaro o sueño,
besó mi frente y se perdió a lo lejos...

EL RESPLANDOR GOZOSO

LA tierra entera se consume en llamas...
Arden los negros pinos y los plátanos verdes...
En medio del paisaje,
tea encendida, tizón viviente, mi cuerpo,
en un gigante puño levantado.
De mis finos cabellos al viento,
de mis ojos profundos,
de mis dedos afilados y sueltos
brotan llamas —doradas abejas,
amapolas de brasa—.
Mi sangre,
por las venas oscuras de la tierra
alimenta la roja llamarada...

Sobre el tapiz de púrpura del cielo
danza el júbilo inmenso
y la danza del fuego me arrebató!...

Brota
 de mi frente encendida
 —diadema de rubíes—
 el resplandor gozoso...
 Danzo, danzo, antorcha de júbilo en la tarde,
 mientras finas cenizas se desprenden
 de la tea incendiada de mi cuerpo...

Cuando se extinga el último rescoldo,
 postreras chispas mis ojos
 caerán sobre el oscuro raso del firmamento...
 Y quedarán allí, fijos y abiertos para siempre.

EL DIOS INCOMPREDIDO

CADA día levantas tu párpado de cielo
 con la esperanza inmensa de ser reconocido;
 cada día derramas tu corazón de llamas
 sobre la incomprensión de la ceguera nuestra;
 y cada día la hoguera que enciende nuestra infamia
 consume el sacrificio de tu preciosa esencia.

Ciegos, sordos, perdidos en nuestros duros límites,
 proseguimos absortos, nuestra órbita mezquina...

No nos hurtes la dulce pupila luminosa
 tras el húmedo velo de tus celestes lágrimas...
 Ciegos, sordos, sentimos tu llamado lejano
 golpear oscuramente, nuestra espesa pared...
 ¡Ah, puede ser que un día nos deslumbre tu luz!...

LUISA LUISI.

Montevideo.

ACUARELA MARINA DE LAS SONRISAS

GACELAS nevadas de las espumas,
 ásperas plantas de los guijarros.
 El sol gozoso acaricia rubias alondras
 sobre el ramaje inmóvil del mar.
 En la serena playa
 aguardo el barco donde vendrá el que amo.

Sedosos rebaños invisibles de las brisas
 perseguidos
 por las abejas devoradoras del salitre.
 La luna, semilla pálida que el nocturno sembrador
 ha olvidado en el cielo temprano.
 En la sonriente playa
 mi corazón,
 única celda en que vela el monje del desamparo.

Desmenuzados diamantes, las arenas cálidas
 con voz de fuego cantan;
 bajo los altos naranjos de un solo llameante fruto,
 cantan al mediodía.
 Cruza la gaviota, fino navío del aire.

En la serena playa aguardo,
 aguardo el barco donde vendrá el que amo.
 Mi corazón
 única celda en que vela el monje del dolor.
 El horizonte, la vida,
 luz cruel para todos mis sueños.

INVOCACION A LAS LUCIERNAGAS

DIMINUTAS hachas de fuego,
 luciérnagas, dulce castigo de luz
 sobre la extendida tiniebla dormida del campo.

Hachas cayendo sin límite,
 innumerables y cándidas,
 piel de diamante en los torvos caminos,
 mueren, reviven,
 fanales de eternos aceites ávidos.

Altas espumas de un silencioso mar volador.
 Luciérnagas.
 Dulce castigo, lentas caídas de luz
 aniquilando lisas moradas de inmovilidad,
 desentrañando arduos senderos para arrecidos goces de combatientes.

Sedme castigo fiel y constante, verdugos míos,
 para dorar la sombría raíz del dolor
 con desceñida antorcha,
 con impetuosa gracia de viva convulsa llama, fulgor supremo.

SARAH BOLLO.

Montevideo.

ROMANCE DE LOS SIETE CERROS

(ESTAMPA)

DESATA perlas el alba
 por cima los Siete Cerros.
 Sobre la del campo, fría
 soledad de sombra y sueño,
 pálidos ópalos hinchen
 la comba zarca del cielo.
 Hurtándose a la tiniebla
 aquél, de cristal, lucero
 quedóse sobre los valles
 enamorado y suspenso;
 que por ser fiesta de aurora
 están los valles vistiendo
 alamares de rocío

sobre jubones de trébol.
Caballo de nieve y sombra,
tordillo de cabos negros,
por la solitaria vega
corto va trotando, y fiero,
pues le falta de albedrío
cuanto le sobra de freno.
Aunque lo firme del casco
marida con lo pequeño,
ni mueve polvo en el aire
ni tallo quiebra en el suelo.
Tan volando, tan volando
pisa, que pisa en el viento.
Yegua le enseñó, sabina,
lizas del campo desierto.
Rondáronle treinta lunas
antes que le hiriese acero;
y al cabo llegó aquel punto
en que un jinete moreno
le clavó en la madrugada:
venablo de plata y fuego.
Guárdete Dios, el centauro,
Dios te guarde, caballero
que cabalgas en el tordo,
tordo de los cabos negros.
El que gobernando potro
vale por infantes ciento,
bien alegra la mañana
con tanto lucido arreo:
Las de la golilla, espumas,
júbilos alzan, y vuelos;
en los arzones de plata
rebrinca el sol, prisionero;
y en oros del ceñidor
se apagan merinos negros.
Galano viene, galano,
pero ardido y zahareño.
Las que lleva, crudas armas,

ampáranle crudos fueros:
espuela de amansador,
que hostiga tendida y recio;
para alcanzar, mucho lazo;
para vencer, poco acero;
pues sobra paso a la muerte
por el paso más pequeño.
Varón no se topa, igual,
quier en campo, quier en pueblo.
Abriendo sitio al peligro,
quitando prendas al miedo,
por vivir más ancha vida
le pone a la vida cerco.
Qué amores le dan holganza,
malaventura qué duelos,
no ha de ser él quien lo cuente
si el labio le tienen prieto
cerrojos de varonía
bajo llaves de misterio.
Señero en la soledad
y entre los hombres señero,
ni heredades le aficionan
ni le placen consejeros,
pues harto amparo le brindan
buen alma y caballo bueno.
Allá va, trota que trota,
sonando sonos de hierro:
la traza, de leño erguido,
la color, de bronce viejo.
Y en tanto prepara lides,
potro y lazo apercibiendo,
una, sin voces, diana
tiembla en el aire sereno.
Bajo los quietos cendales
que hiende el sol saetero,
por el mar de verde grama,
boga un esquife bermejo;
zahorí de libertades,

bravo novillo cerrero,
el de la defensa aguda
y el bien abastado pecho,
cerviz la menos humilde
que se alzó en los Siete Cerros.
Cuantos domen, domadores,
cuantos enlacen, laceros,
se alleguen, que viene el tordo
lozaneando escarceos,
como la montaña firme,
si como el aire ligero.
Alerta, novillo, alerta;
guarda el costado siniestro,
que en ello te va la vida,
que te va la vida en ello.
¡Hora, caballo de plata!
¡Hora, jinete moreno!
Ya le corre. Ya le alcanza.
Ya el lazo le asesta, hiriendo
los cristales del aurora
donde se mira el silencio.
Puñal que brilla en el aire
búscales sombra en el cuello.
Ni erguida cerviz le salva,
ni bien abastado pecho.
Encendidos arreboles
vierte por el limpio trébol.
Para no verle morir,
váse apagando el lucero.

ANGEL ALLER.

Montevideo.

POESIA Y MATEMATICAS

LA "EPOCA DE LA POESIA" EN LA MATEMATICA

AUNQUE suele estar difundida la creencia de que en todo matemático hay un poeta, es, en cambio, poco conocido el hecho de que existió realmente una época en la cual tuvo brillante comprobación.

En efecto, en el período histórico que tiene por escenario la India de los siglos V a XII, todas las obras de carácter astronómico y matemático se escribieron en verso; en ellas se expresaron las cuestiones más simples con ese lenguaje metafórico y esa exuberante fantasía que caracteriza a los pueblos orientales y se eligieron, con preferencia, como temas de los problemas a resolver, aquellos que mejor se adaptaban a ser expresados en forma poética.

Se explica así el nombre de "época de la poesía" que Smith ha dado a este período, considerándolo como una de las "etapas psicológicas" realizadas por el pensamiento matemático en su desarrollo histórico.

Veamos algunos ejemplos. Así se inquiera el resultado de un cálculo numérico, obtenido por un método que llamaban de inversión: "Hermosa niña, de ojos resplandecientes, tú que conoces el verdadero método de inversión, dime el número que..."

He aquí, enunciados en los más variados tonos poéticos, algunos problemas que exigen la resolución de ecuaciones de primero o segundo grado. En tono vernal: "Un quinto de un enjambre de abejas se posa sobre una flor de kadamba, un tercio sobre una flor de silindha, el triple de la diferencia entre esos dos números vuela sobre una flor de kutaja y una abeja, sola,

revolotea en el aire, atraída por el perfume de un jazmín y de un pandanus. Dime, hermosa niña, el número de las abejas”.

En tono erótico: “En una lucha amorosa se rompió un collar de perlas, un sexto de las perlas cayó al suelo, un quinto quedó sobre el lecho, la zagala salvó un tercio, un décimo guardó consigo el mancebo y seis perlas quedaron enhebradas. Dime, ¿cuántas perlas tenía el collar?”

En tono épico: “En la mitad del combate, el furioso hijo de Prit’ha tomó un cierto número de flechas para matar a Carna, empleó la mitad en su defensa, el cuádruple de la raíz cuadrada contra los caballos, seis flechas taladraron al cochero Salya, otras tres desgarraron el parasol de Carna y rompieron su estandarte y su arco, y una le atravesó la cabeza. ¿Cuántas flechas tenía el hijo de Prit’ha?”

*

Pero si se analiza la matemática hindú se nota que este lenguaje poético es simplemente un disfraz, obligado por la forma rimada de los textos y por la costumbre de usar esos problemas como adivinanzas en justas poéticas o en reuniones sociales. En cambio, interesan profundamente al matemático hindú las operaciones aritméticas, las transformaciones algebraicas, los métodos de resolución de los problemas.

Así lo expresa Brahmagupta, del siglo VII: “Estos problemas se proponen simplemente por placer; el sabio puede, con las reglas aquí dadas, inventar centenares o resolver otros. Como el brillo del sol sobrepasa al de las estrellas, así el hombre sagaz oscurecerá la gloria de otros hombres, sabiendo proponer problemas algebraicos y sobre todo resolviéndolos”.

En el poder de sugestión y en la fuerza latente que encierran las cifras y sus operaciones, debemos ver nosotros la característica que distingue claramente la matemática hindú de la griega. En términos modernos, diríamos que en la “época de la poesía” nace el “algoritmo” algebraico, y esa palabra “algoritmo”, que significa actualmente toda combinación de operaciones, es precisamente la traducción latina de Al-Khowarizmi, nombre de un algebrista árabe del siglo IX, en el cual se nota la influencia hindú.

Ese poder del algoritmo algebraico fué desconocido por los griegos, porque sólo podía manifestarse a través de los cálculos numéricos y las transformaciones algebraicas que se presentaban en la resolución de aquellos problemas prácticos que precisamente los griegos habían desterrado de su matemática, pues, para ellos sólo es ciencia, "lo que se remonta a los principios superiores y se estudia abstractamente por la pura inteligencia, sin jamás descender a la consideración de los objetos sensibles, visibles y palpables." ¿Qué importancia podía tener entonces, para un matemático griego, la raíz cuadrada de las flechas de Prit'ha? ¿Qué sentido podía tener, para un geómetra helénico, hablar de una operación realizada sobre un número desconocido?

¡Qué diferencia, en cambio, con los hindúes, que se complacían en realizar esos cálculos numéricos y transformaciones algebraicas y que demostraban un afán especial en clasificar los problemas, las operaciones aritméticas y los métodos de resolución! Así, por ejemplo, Bhaskara, del siglo XII, distingue, entre las elementales, no menos de veinte operaciones.

La influencia de la matemática griega sobre la hindú, si la hubo, debe buscarse en esos problemas populares y cuestiones de matemática recreativa que los helenos, como todos los pueblos, poseían y que al ser adaptados y resueltos por los hindúes, les habrá permitido asimilar algunos conocimientos matemáticos de los griegos. El único griego con el cual los hindúes denuncian cierto parentesco, es un alejandrino que floreció en una época de franca decadencia científica: Diofanto, en quien se quiso ver el primer algebrista, pero que, por la singularidad de su obra, no puede ni remotamente considerarse como un genuino representante de la matemática helénica.

*

Los problemas geométricos de los hindúes no constituyeron excepción, pues en ellos las determinaciones de longitudes, áreas y volúmenes fueron un pretexto más para resolver cuestiones algebraicas. He aquí un problema geométrico: "Dos ascetas vivían en una roca de altura conocida y cuya base estaba a una distancia también conocida de una aldea próxima. Uno de ellos bajó por la roca y se fué a la aldea, mientras el otro, que tenía

fama de brujo, subió todavía una cierta altura y de ahí voló en línea recta hasta la aldea. Determinar esa altura sabiendo que la longitud del camino recorrido por ambos es el mismo". (1).

Hasta en los teoremas geométricos, de esencia, al parecer, opuesta al de los algebraicos, se nota ese poder de la combinación y de la transformación que caracteriza la matemática hindú. Así, el teorema que expresa la equivalencia entre el círculo y el rectángulo cuyos lados son la semicircunferencia y el radio, lo "demuestran" mediante una figura y este lacónico comentario: "¡Mira!" En efecto, basta mirar la figura, que representa una ingeniosa descomposición geométrica, para comprobar el teorema, de la misma manera como una transformación algebraica permite comprobar un resultado aritmético.

¿No se ve en todo esto, una prueba más de esa fama de malabaristas y prestidigitadores, proverbial en el pueblo hindú?

*

Si la pasión por el algebrismo y la fuerza del algoritmo los traicionó alguna vez, haciéndoles llegar a resultados absurdos, en cambio les permitió legarnos conquistas definitivas e importantísimas. Basta pensar que el amor por las cifras y sus combinaciones los llevó a la feliz invención del "sistema de numeración posicional" que actualmente usamos.

Este sistema, como es sabido, exige el uso del cero, desconocido para los griegos, y que si bien como cifra ya figuró en los sistemas de numeración maya y babilónico, como símbolo operatorio recién se presenta con los hindúes. La introducción del cero trajo aparejada la de su recíproco: el infinito actual y se deben también a los hindúes las primeras reglas operatorias

(1) Las transformaciones por inversión, utilizadas en aritmética, aparecen también en algunas cuestiones geométricas hindúes. Así ellos además de estudiar el problema, ya resuelto por los griegos, de transformar un rectángulo en cuadrado, estudian el inverso; es decir, transformar el cuadrado en un rectángulo, problema que por su misma indeterminación no podría concluirse en la geometría griega. Así también en la geometría hindú encontramos al lado de varias soluciones aproximadas del clásico problema de la cuadratura del círculo, otras soluciones, también aproximadas, del problema inverso: transformar un cuadrado en un círculo equivalente, que denominaríamos, con un neologismo sin duda poco feliz, de la circulatura del cuadrado.

con ambos símbolos, aunque, en verdad, algunas de sus aplicaciones horrorizarían a un matemático moderno.

Muy simple en apariencia, pero de gran importancia, fué la innovación introducida por los hindúes en las tablas astronómicas, al reconocer la ventaja de sustituir la cuerda por la semicuerda, con lo cual se presenta en la matemática la fundamental función "seno".

*

Esta "época de la poesía" ya se ha extinguido. Entre los árabes, que sufrieron simultáneamente las influencias griega e hindú, fué frecuente el caso del matemático poeta: baste recordar los cuentos de *Las mil y una noches* y el nombre del celebrado autor de las *Ruba'i*: Omar Khayyam, de igual fama como astrónomo, algebrista y poeta. Cuando se produjo en Europa el renacimiento matemático, ciertos autores conservaron el gusto de dar reglas aritméticas y algebraicas en verso, así como se mantuvo hasta los siglos XVI y XVII la costumbre de desafíos y torneos a base de problemas matemáticos; pero hoy no queda sino el recuerdo de aquella época, en la cual se decía: "Hermosa y querida Lilavati, tú que tienes los ojos tan dulces como los del pavo real, dime cuáles son los números que resultan de la multiplicación de 135 por 12. Si eres experta en la multiplicación, por totalidad o por partes, por división o por separación de cifras, dime, niña feliz, cuál es el cociente del producto por el mismo multiplicador?"

LA MATEMATICA Y EL "ULISES" DE JOYCE

EN el universo ulisiano de Joyce, las escasas y fugaces apariciones de la matemática, revisten un singular interés; pues el profundo análisis psicológico que Joyce realiza y el fino estudio del espontáneo fluir de la conciencia, descubren las raíces matemáticas que insiden en el alma humana: ritmo, orden, simbolismo, combinación, etc., y muestran las íntimas conexiones que esta ciencia, abstracta y desvitalizada, mantiene con el hombre.

La técnica de Joyce, al descubrirnos, libres y desnudas, las conciencias humanas, permite analizar cómo esas conexiones se manifiestan en algunos de sus personajes de temperamentos distintos, y la circunstancial independencia que ellos guardan con la ciencia matemática — en *Ulises* no figura ningún matemático — presta mayor valor a este análisis, demostrando el carácter esencialmente humano de esas conexiones.

*

Al hablar de la matemática, no nos referimos al mero contar y medir que, sin embargo, se presenta con suma frecuencia en la obra de Joyce, por ser ella una obra que intenta expresar artísticamente y hasta en sus menores detalles, la multiforme realidad del mundo exterior y del fluir de la vida interior.

Por otra parte, ese contar y medir referido a objetos concretos, cuando procede de la descripción del mundo exterior o del pensar o hablar de los personajes de Ulises, carece de importancia para nuestro objeto. Sólo es de hacer resaltar la habilidad con que Joyce explota literariamente la subdivisión irregular y la abigarrada nomenclatura, en uso corriente en Dublín a principios de siglo, de las monedas, medidas de longitud y de peso, etc.

Distinta cosa ocurre cuando son las exigencias estéticas las que llevan al autor a jugar con los números y con las magnitudes. Es conveniente recordar que una característica de lo que podría llamarse el estilo del *Ulises* es la adaptación, mejor dicho la adecuación, de la forma literaria de cada uno de los episodios del libro con el ambiente físico, intelectual o psicológico en el cual él se desarrolla. Ahora bien, hay episodios, como el penúltimo, cuyo climax es propicio a los malabarismos numéricos y es, en efecto, en él donde son más frecuentes las alusiones a las cuestiones matemáticas.

Este episodio se desarrolla en las primeras horas de la madrugada entre los dos principales personajes masculinos de la obra: Stephen y Bloom, cuando se dirigen a la casa de este último, donde Stephen permanece aún un tiempo, y mientras Bloom se dedica a la diaria tarea de acostarse.

El estado de los dos hombres que, después de las inciden-

cias del día, están con el cuerpo cansado y el ánimo sosegado, la tranquilidad y el silencio del mundo exterior, la hora; todo contribuye a que el episodio se desenvuelva bajo un climax seco y desalmado. Joyce traduce fielmente ese ambiente frío: recurre a un procedimiento catequístico de preguntas y respuestas, con las cuales indaga, en un análisis minucioso y prolijo, los hechos que se desarrollan y detalla algunas ramificaciones colaterales que de ellos se desprenden. Así, por ejemplo, asistimos al inventario completo de los libros de Bloom, entre los cuales figura también un texto de matemática: es la traducción inglesa de una geometría de un jesuíta francés del siglo XVII: Ignacio Pardies, no muy conocido, por cierto.

Pero, como en toda la obra, es el Joyce artista quien domina y, más allá de los recursos de la mera erudición, superando las limitadas posibilidades científicas, nos ofrece esta muestra de su imaginación y de su humor: al establecer la proporción entre las edades de los dos hombres, admite la inconcebible suposición que la proporción que existiera 21 años atrás se mantuviera constante, con la cual y otras hipótesis no menos absurdas, se lanza a una entretenida danza de fechas y edades, llegando a la conclusión que el pobre Bloom habría vivido 83.300 años, naciendo, por consiguiente, el año 81.396 a C.

*

El climax que predomina en el episodio del Bar Ormond es musical, y su repercusión en la forma literaria se traduce en la abundancia de armoniosas combinaciones de sílabas y palabras y en la frecuencia de los giros onomatopéyicos. Es que la principal acción que se desarrolla en ese episodio es un concierto vocal que unos cuantos amantes del arte lírico se proporcionan, agrupados alrededor del piano del bar.

Y cuando uno de ellos canta un trozo de ópera y otro entona una canción de la tierra natal, las melodías llenan el ambiente, y todo, hasta Bloom y un amigo sentados en un salón contigo, se encuentra sometido a ese influjo melódico.

En este ambiente saturado de música, surge vagamente, fugazmente, una alusión a la matemática. Era de esperar, pues es bien conocida la relación existente entre la música y la ma-

temática y el parentesco de las emociones musicales y matemáticas, que surgen de las raíces comunes de ambas actividades humanas: ritmo, combinación, etc.

Al conjuro de la palabra número, que en una acepción no aritmética pronuncia el amigo, Bloom atisba esa relación y la dependencia de la música a la matemática. Por su mente se entrecruzan pensamientos que expresan cómo la música, las vibraciones, los acordes no son más que combinaciones aritméticas, ecuaciones algebraicas; y rápidamente, apunta un neologismo: musamatemática, que dá cuenta de esa dependencia. Por un instante, en el Bar Ormond de Dublin, aletea la sombra de Pitágoras.

Más adelante, en el episodio del hospital, reaparece el concepto pitagórico de la omnipotencia del número, pero ahora entendido en su interpretación científicista. Es cuando, en un pasaje lleno de humor, uno de los estudiantes expresa la sujeción de todos los fenómenos naturales a leyes numéricas, aunque éstas aún no estén determinadas.

*

En un temperamento artístico, como el de Stephen, debía ser el simbolismo, con su capacidad en despertar imágenes y metáforas, con su amplia posibilidad de interpretaciones, el aspecto de la matemática más afin a él. En el episodio de la escuela, esto se comprueba.

Después de la clase, cuando los niños en bandada se lanzan fuera del aula a correr y jugar, uno de ellos se acerca a Stephen con el cuaderno de aritmética abierto, a fin de que le explique unos problemas que no sabe resolver. Y mientras Stephen, máquina, resuelve uno de ellos, surgen en su mente las imágenes; al escribir los símbolos, su imaginación les infunde vida y las cifras bailan su grave danza mora con sus pequeños bonetes bizarros de cuadrados y cubos. El poeta conserva esa imagen, pues más tarde las columnas árabes de una sala de la biblioteca evocan en él el recuerdo de la danza de las nueve cifras con los bonetes de sus exponentes. Cuando, en la clase, resuelve el problema de aritmética, otro recuerdo cruza por la mente de Stephen: es una frase que, poco antes en tono de burla,

el cínico Mulligan había dirigido a su compañero Haines. Ante el deseo de éste de conocer una sorprendente tesis que Stephen sustenta sobre Shakespeare, Mulligan le había contestado que era muy simple, pues demostraba por el álgebra, que el nieto de Hamlet era el abuelo de Shakespeare...

A pesar de que la intención de la frase es la de asombrar y desconcertar al crédulo inglés, ella revela también el sedimento de arte mágico que la matemática ha conservado a través del tiempo, y la persistencia en la creencia de su poder demostrativo.

Era inevitable que Bloom, con su temperamento científico, con su modalidad de *Je sais tout*, cayera en la tentación de resolver el clásico problema de la cuadratura del círculo. Y, en efecto, Ulises nos informa que en 1886 —cuando ya hacía cuatro años que el problema estaba resuelto— Bloom se había ocupado, durante todo un verano, en la solución de la célebre cuestión. No le movía un afán desinteresado, sino la esperanza de conquistar un hipotético millón de libras esterlinas ofrecidas, como premio, por el gobierno.

Se hace mención de este hecho en tres ocasiones. Aparece primero en la fantasmagórica procesión del burdel cuando la imagen del padre recuerda, entre mordaces comentarios, las circunstancias en que Bloom se ocupó del problema y el móvil que perseguía.

Más tarde, en la tranquilidad de la noche y ante la inmensidad de las constelaciones, se asocia el recuerdo del problema con el del número más grande que puede escribirse con tres cifras, es decir con la potencia de base nueve y de exponente la novena potencia de nueve, siguiendo las inevitables consecuencias estadísticas.

Y por último, al enumerarse las diferentes posibilidades de enriquecerse de un modo inmediato, aparece, entre otras, la ganancia de ese millón; la consabida martingala, basada en el cálculo de las probabilidades, para hacer saltar la banca de Monte Carlo; y un recurso, tan ingenioso como ingenuo, mediante un contrato en el cual se explota, además de la distracción del con-

tratante, el rápido crecimiento de la suma de los términos de una progresión geométrica de razón dos.

He aquí las cuestiones matemáticas, todas ellas encuadradas en la llamada *matemática recreativa*, que más debían impresionar a un tipo como Bloom, digno representante del cientificismo superficial.

*

En el espíritu de Marion Bloom la matemática no tiene cabida. Su alma primitiva, obsesionada por el sexo y con la dimensión erótica hipertrofiada, ninguna conexión mantiene con la ciencia.

En el largo monólogo silente con que se cierra el libro, sólo en un brevísimo instante podríamos hallar una lejana y débil vinculación con los rudimentos de la matemática. Es cuando la cartomántica y supersticiosa Marion, que no puede recobrar el sueño, recurre para ello al supuesto poder somnífero del contar. Y empieza a hacerlo, pero el recurso falla, se distrae y de nuevo su mente vaga hasta que, evocando el recuerdo lejano de un abrazo ardiente, se adormece.

JOSÉ BABINI.

Santa Fe, 1933.

RABINDRANATH TAGORE, PATRIOTA

PARECERA extraño, a quien haya conocido a un Tagore hondamente universalista, que el filósofo sea también un patriota. Sin embargo, no hay oposición entre las dos actitudes. El patriotismo de Tagore es humanismo y éste es la reflexión ineludible, aunque contingente, de su espiritualidad. Además, el lector tendrá a bien recordar lo que en la nota anterior se dijo de los dualismos y de las artificiosas líneas divisorias.

El concepto de patria que tienen los pensadores de la India difiere fundamentalmente del nuestro. Para el Occidental, la patria es una fuerza coercitiva y opresora en un sentido o en otro. Dentro de la competencia nacional, extensión o aspecto colectivo de la competencia individual, la patria sólo puede engrandecerse a expensas de las otras patrias. Toda idea colaboracionista es pura declamación; y ahí están las innumerables guerras, luchas comerciales e industriales y los imperialismos político-económicos para demostrarlo. Las patrias no conocen la paz, a no ser que estén reducidas a la impotencia por una causa o por otra. Y ahí está también el sistema de las alianzas que lo demuestra. Donde hay luchas de intereses, y en todas partes las hay, la patria es una fórmula de combate. Debe estar siempre lista para atacar o defenderse.

En la India ocurre algo bien distinto. Y si bien allí hay castas e intereses de todo orden, una milenaria cultura ha dejado en el fondo del alma un sedimento de no agresión. La historia no nos relata ninguna guerra de conquista emprendida por la India. En cambio, de todas partes han caído sobre ella conquistadores sin escrúpulos, que han vencido materialmente,

sólo porque el sentimiento patriótico hindú es de orden inmaterial.

Claro está que esta situación hubo de transformarse un buen día. La India comprendió que el problema de su libertad no puede separarse del problema patriótico y nacionalista. Nació así, en los pensadores de todo el país, una idea bien definida de reacción. El patriotismo y el nacionalismo hindúes son netamente reactivos.

Los primeros ensayos comenzaron en 1828, con la fundación de la *Brahmosamaj*, y se continuaron en 1875 en la *Aryosamaj*. No ha de resultar superfluo presentar un breve bosquejo de esas dos agrupaciones, a las que está ligada la historia contemporánea de la India, elaborada con esfuerzos gigantescos de un pueblo antiquísimo y culto, que lucha por independizarse del yugo extranjero. Además, ello es indispensable para saber dónde y cómo ubicar la personalidad de Tagore en el movimiento.

*

* *

La causa principal de la debilidad de la India y de su esclavitud al dominio extranjero, ha sido su división social y religiosa; de ahí que su independencia esté ligada a la unificación de las razas y de las religiones. La primera tentativa, en ese sentido, corresponde a Ram Mohun Roy. Pertenecía a una familia aristocrática de Bengala y aunque brahmán ortodoxo, su cultura era islámica. Sólo más tarde se enteró de que había escrituras indias. Para comprenderlas estudió el sánscrito. Además de este idioma, del árabe, del persa, llegó a dominar el inglés, el hebreo, el griego y el latín. Los historiadores lo consideran un genio de temperamento muy combativo. Convencido que sólo se podía luchar ventajosamente por la regeneración de su país apoyándose en Europa, tuvo siempre la vista fija en ella. Comenzó la lucha contra la idolatría, las supersticiones y contra la bárbara costumbre de quemar vivas a las viudas. El emperador de Delhi lo nombró Rajáh.

Fué su gran preocupación restaurar el puro espíritu de los Vedas, para lo cual tradujo esos libros al bengalí y al inglés. Ese era, en su concepto, el mejor camino para llegar al *unita-*

risimo. Demás está agregar que brahmanes y cristianos se le pusieron en contra. La ortodoxia no se aparta jamás de sus métodos favoritos. El 25 de agosto de 1828, en su propia mansión, con un grupo de amigos íntimos, entre los cuales se contaban el abuelo y el padre del actual Tagore, fundó la *Brahmosamaj* (1). El objetivo de la nueva agrupación era religioso. Se perseguía la idea de fundar una religión universal o universalismo que, prácticamente, sería la unión de los hombres por la unión de las religiones. No se debe confundir ese "universalismo" con ningún eclecticismo. Lo que Ram Mohun Roy quería era unir los dos polos, el monismo absoluto de la Vedanta y el enciclopedismo europeo del siglo XVIII: Dios sin forma y la Razón. El fundamento religioso lo completaba en la práctica con una vigorosa campaña de reformas sociales. Entre ellas deben recordarse: supresión del *sati* (hogueras para las viudas), que demostró ser prohibidas por los textos sagrados y cuya abolición consiguió del gobierno inglés en 1829; supresión de la poligamia, casamiento de las viudas; matrimonio entre miembros de castas diversas; unidad de la India por el acercamiento de hindúes y musulmanes; educación moderna de niños de ambos sexos, científica, como en Europa, y para cuyo objeto escribió numerosos manuales; libertad de pensamiento y de imprenta; igualdad política, etc. Su patriotismo no era de campanillas. Los problemas de la libertad, del progreso civil y religioso primaron en él sobre cualquiera otra consideración, y no se limitaban a la India, sino que se extendían a todo el mundo. Lejos de pensar en la expulsión de los ingleses del país, buscaba su eficiente colaboración. Pero era capaz de romper con ellos si no respondían a su llamado. El programa de la *Brahmosamaj* fué para la India su "Magna Charta Dei" y puede decirse que señaló su despertar.

Pasemos por alto los nombres de Dwarka Nath Tagore y de Ramahandra Vidya Bagish, sucesores de Ram Mohun Roy en la dirección de *Brahmosamaj*, y detengámonos un momento en Devendra Nath Tagore, padre de Rabindranath. Sus virtudes le conquistaron el título de Maharshi (Santo).

(1) Literalmente, Casa de Brahma.

Hermoso de cuerpo y alma, de gran pureza moral y elevación espiritual, perfecto aristócrata en el sentido más elevado de la palabra, de profunda sensibilidad artística, más que el jefe visible de la agrupación, fué su director espiritual. Inspirándose en los Upanishads, escribió en 1848, para la educación de sus fieles, una obra notable, titulada el *Brahma Dharma*, especie de manual teista de religión y de moral. Enemigo declarado de todas las idolatrías, tuvo, como la mayoría de los reformadores, que sostener la lucha no siempre leal de la ortodoxia brahmánica y de la propaganda sectaria de los cristianos.

Por nobles y puras que fueran las intenciones y la influencia de Devendra Nath Tagore, no duraron largo tiempo. Un primer cisma iba preparándose. Lo encabezaba un médico inquieto e inspirado: Keshab Chunder Sen, representante de otra clase y de otra generación. Ignoraba el sánscrito y siguió ignorándolo durante toda su vida, y se desinteresó por el hinduismo. En cambio se inclinaba hacia el cristianismo. Consideraba que el mal de la India era el hiperindividualismo de sus habitantes. Poseía muy desarrollado el sentido social y quería comunicárselo a todos sus conciudadanos. "Que todas las clases sean socializadas y realicen unidad con el pueblo, es decir, la comunidad visible", era su lema.

Consideraba la religión como necesaria a la regeneración de la raza y quería que fuese la base de las reformas sociales. Pensó que era indispensable reformar la estructura religiosa de la *Brahmosamaj* y llevar sus postulados a la acción. Era un golpe decisivo al espíritu tradicional de la agrupación, netamente divisionista, que Keshab asestaba, inspirándose en el Nuevo Testamento. Se produjo el cisma. Keshab fundó la *Brahmosamaj de la India* y Tagore se retiró a su propiedad de Bholpur, Shantiniketan, la "Morada de la Paz". Sucedió esto en 1866. Mucho se ha discutido y se sigue discutiendo esta actitud de Keshab Chunder Sen, es decir, la substitución que él intentó del hinduismo por el cristianismo. Quizá su recóndito propósito fuese la de hallar en el cristianismo una unión que era imposible pedir a las religiones y filosofías de la India. De ahí su empeño en cristianizar a su patria, vinculándola, al mismo tiempo, al mundo occidental, y su fórmula "Jesucristo, Europa, Asia". Digamos,

en su descargo, que el concepto que él se había formado del cristianismo era más filosófico y ético que religioso y, por tanto, difería fundamentalmente del de todas las sectas cristianas. Vendría a robustecer esta suposición el hecho de que, a pesar de su viaje triunfal por Inglaterra, en 1870, en el que despertó un entusiasmo indescriptible y en el que los cristianos ya lo consideraban como una conquista definitiva, él permaneció siempre libre de todo compromiso, de todo formalismo, realizando así una especie de paradoja: "Con Cristo sin ser cristiano". Su actitud era evidentemente sincera. Pero no fué entendida, y en todas partes se levantó contra él una ola de resistencia enorme, que se intensificó cuando quiso incorporar a la religión de la India la Trinidad Cristiana, que había sido siempre objeto de burla para los hindúes. Esa pretensión fué el golpe final que acabó con su reputación. Murió en 1884, asistido por Tagore y Ramakrishna.

Hombre bien intencionado, Keshab Chunder Sen careció de tacto político. No comprendió que nada era más dificultoso que oponerse a la milenaria conciencia religiosa de la India. Como quiera que sea, su obra social fué importante. Creó una cantidad de instituciones para el servicio del pueblo: escuelas nocturnas, escuelas industriales, organización del Colegio de Calcuta, escuelas normales para mujeres hindúes, sociedades para la ayuda a la mujer, la Asociación Hindú para las reformas, "Hermanidades de la Buena Voluntad" y numerosas *Samaj* (casas), para diversos usos. En el orden legislativo obtuvo el reconocimiento legal de los matrimonios *Brahmos* (miembros de la agrupación).

Entre los que encabezaban el movimiento de resistencia contra Keshab Chunder Sen estaba, en primera línea, Dayananda Sarasvati. Hasta entonces, la Brahmosamaj había sido dirigida por elementos de Bengala. Con él, la dirección pasaba al Punjab, esa región tan peculiar, que medio siglo más tarde se haría conocer por el mundo entero en la persona de uno de sus hijos: Mahatma Gandhi.

Dayananda —dice Romain Rolland— fué una figura leonina, de esas que Europa ignora y que quizá conocerá a sus propias expensas cuando sea demasiado tarde. Era, al mismo tiempo, muy versado en la Ciencia Védica y profundo conocedor

de los asuntos mundanos. Fué el eje a cuyo rededor giró todo el movimiento que se opuso a cualquier tentativa de occidentalizar el pensamiento religioso de la India. Fué también el terrible Sansón destinado a echar por tierra los pilares del templo de la ortodoxia, poniéndose en contra del propio padre. Un detalle insignificante al parecer —el de un ratón que se paseaba cómodamente por sobre la estatua de Shiva— sacudió toda su fe en los ídolos, cuando era apenas un adolescente. Pronunció los tres votos y comenzó a viajar por toda la India, poniéndose en contacto con el pueblo y conociendo así, por observación personal y directa, todas sus lacras, sus miserias, sus deseos y sus vagas aspiraciones. Durante dos años y medio fué el discípulo sumiso y devoto de un swami ciego y terriblemente rígido, Virjananda Sarasvati, quien, al despedirlo, le exigió la promesa formal de dedicar su vida entera a combatir las falsas creencias puránicas, promesa que cumplió al pie de la letra. Algunos, entre sus biógrafos, lo han comparado a un héroe legendario de la Iliada. Su fuerza física, superatlética, corría parejas con su fuerza moral. Con la misma facilidad con que arrancó de las manos de un fanático el sable con que se le quería asesinar, quebrándolo, o aplastó la cabeza de una cobra que otro fanático le arrojó encima, sostuvo en Benarés, él solo, la contradicción con 300 pandits que defendían la vieja tradición ortodoxa. El encuentro con Ramakrishna puso una nota de dulzura en su acción. Pero jamás se avino con la filosofía religiosa saturada de ideas occidentales. Le bastaba el teísmo nacional hindú eminentemente igualitario.

Para que la acción fuese renovadora por completo, dejó a un lado la Brahmosamaj y el 10 de abril de 1875 fundó una agrupación nueva, a la que llamó *Aryasamaj*, la Casa de los Arios, la raza noble que, con Rama, había conquistado la India y había fundado el imperio de organización social más perfecto que se conoce, basado sobre principios sinárquicos (1). Murió

(1) La estructura del gobierno sinárquico, o Gobierno de los Principios Morales, que hemos desarrollado en otra oportunidad, está sintetizada en el trinomio "Libertad, Igualdad, Fraternidad" que, a través de una serie numerosa, y sin solución de continuidad, de comunidades esotéricas, órdenes monásticas y caballerescas y, por fin, de la Masonería, llegó a tener un principio de aplicación práctica y extensiva en Occidente

envenenado por una mujer, que trató en vano de conquistarlo, en 1888. Su muerte no fué obstáculo para que la obra siguiera cada vez más robusta y difundida. Mientras la Brahmosamaj, después de medio siglo de existencia, apenas tenía 6400 miembros, la Aryasamaj, en pocos años, llegó a contar en sus filas más de 500.000 adherentes. Lo cual demuestra hasta qué punto la vigorosa palabra de Dayananda Sarasvati interpretó el pensamiento y las aspiraciones de su país y de qué modo supo contribuir a despertar el sentimiento nacionalista de la India, a cuya explosión, quizá final, estamos asistiendo en nuestros días. Con razón ha sido comparado con Lutero. Por su mérito, el pueblo de la India entero pudo abrevarse directamente en las fuentes de las puras sabidurías védicas. Su teísmo lo fué de acción y su credo de batalla. Sería muy extenso reproducir el programa íntegro de la Aryasamaj. El lector comprenderá fácilmente su importancia, su amplitud y su trascendencia, al enterarse de que el primer principio de su programa decía: "El bienestar de la Humanidad entera debe ser el objetivo de esta agrupación". A cada hombre —decía Dayananda— hay que proporcionar la ocasión de adquirir la suma del saber y elevarse en la escala social tan alto como pueda. Los arios no constituyen una casta. Los arios son todos los hombres que tienen en su corazón un ideal superior.

Del aporte que al movimiento nacionalista hindú llevaron Ramakrishna, Vivekananda y posteriormente Gandhi, no es preciso agregar nada después de lo que hemos escrito en esta misma revista. Sólo queremos dedicar algunas palabras a la acción de la Sociedad Teosófica. Sean cualesquiera los errores que la Sociedad Teosófica haya podido cometer, está íntimamente vinculada a la vida social de la India y los hindúes no lo han olvidado. Fundada en Nueva York en 1875, fué trasladada a la India tres años después. Su obra benéfica se exteriorizó en diversas y notables iniciativas. Estimuló a los hindúes para que estudiaran sus propios libros sagrados, en particular el Bhagavad

con la Revolución Francesa. Libertad espiritual, igualdad económica, fraternidad de sentimientos... he aquí el significado y valor recónditos de los tres términos unidos en una sola fórmula indisoluble. A su completa realización se encamina la humanidad actual, aunque lo haga dividida en grupos y por caminos distintos.

Gita y los Upanishads, publicando seis tomos en idioma sánscrito de estos últimos; fundó numerosas escuelas para niños hindúes, particularmente en Ceylán, y para los "intocables"; por mérito precipuo de la señora Besant, en 1899 se fundó en Benarés el "Central Hindú College". Por otra parte, contribuyó a que los occidentales conocieran mejor a sus hermanos de Oriente, a través de los tesoros de sabiduría y de arte acumulados durante milenios. Por un momento, la Sociedad Teosófica y la Aryasamaj que, nótese bien, habían sido fundadas el mismo año, parecían destinadas a marchar de común acuerdo. Pero el acuerdo no duró mucho tiempo. La Sociedad Teosófica, pretendiendo revestirse de cierta autoridad pontifical, invocando, a veces abiertamente, otras en forma velada, la protección de unos fantásticos maestros, se condenó a sí misma a un papel secundario, de limitada extensión e intensidad, y fué abandonada por muchos ilustres hindúes que, al principio, habían puesto en ella sus mejores esperanzas, mirándola como un lazo de unión entre Asia, Europa y América.

*

* *

La familia Tagore pertenece a una comunidad de brahmanes apodada *Pirilís*, o sea *ministros principales*, cargos que sus miembros ocuparon durante el régimen musulmán. Debido a esa circunstancia, en cierto sentido, pueden considerarse como no pertenecientes a ninguna casta. Tal vez a esa remota influencia mahometana sea debido el persistente rigor de su teísmo. Han sido siempre enemigos irreductibles de toda idolatría, aunque respetuosos de cualquier forma de fe sinceramente profesada. En la ya mencionada heredad de Shantiniketan, en la puerta de entrada se lee: "En este lugar ninguna imagen será adorada. La fe de ningún hombre será despreciada".

Rabrintranath Tagore hizo honor a la tradición familiar. El formidable empuje que, a principios de este siglo, había dado al nacionalismo hindú Vivekananda, alcanzó su punto culminante en 1905. En esa fecha, el virrey de la India, Lord Curzon, no se sabe bien si por iniciativa propia o por sugerimiento del gobierno central, decidió dividir en dos circunscripciones la an-

tigua provincia de Bengala, corazón y cerebro de la India, "la provincia más vibrante, a la que más temía la dominación inglesa, por ser la más inteligente y la más vinculada al glorioso pasado de la raza. El golpe era bien evidente. Se quería herir de muerte el foco del movimiento nacionalista y así lo comprendió todo Bengala, que se levantó en masa contra la arbitraria reforma. En agosto de 1905, como primera medida de acción, se declaró el boycot general a las mercaderías inglesas, reemplazándolas por los productos de la industria nacional. El pueblo entero obedeció la orden de sus jefes y al grito de *Swadeshi* (conservar lo propio, lo indígena), hizo sentir a los dominadores el peso de su protesta. En esa fecha se fundó la Universidad Nacional".

En ese momento entró en la lucha Tagore. Fué su hora histórica —dice Rolland— demasiado olvidada. Su actuación política muy intensa le granjeó mucha popularidad. Habiendo Lord Curzon menospreciado el movimiento de protesta y dividido el 16 de octubre a Bengala, de acuerdo a lo dispuesto, todo el país se encendió de santo entusiasmo patriótico. En pocos meses el aspecto de la India había cambiado. Prensa, tribunas, templos, teatros, la literatura, todo se hizo nacional. Por todas partes no se oía más que el canto *Bandé Mataram* (¡Salud, oh madre patria!). G. K. Gokale, miembro del Congreso Nacional Hindú, en unión con el presidente Dadabhai, que tanta influencia tuvo sobre Gandhi, organizaron "The Servants of India Society" (La Sociedad de los Servidores de la India), con el fin de formar misiones nacionales. Pareciéndole a Tagore que el Congreso no procedía con el debido vigor, lo condenó por tímido, acusándolo de *mendigar* una Constitución a los amos ingleses. A fin de contrarrestar esa actitud, proclamó resueltamente el *Swaraj* (Home Rule); fingiendo ignorar la existencia del gobierno inglés y esforzándose por substituirlo con el de la Nación Hindú. Sin darse un momento de descanso, derramó por todas partes los tesoros de su admirable y fogosa elocuencia, que levantaba oleadas de entusiasmo. Al mismo tiempo escribía poemas y cantos nacionales, que se hicieron populares y pasaban de boca en boca entre la ardorosa juventud. Trabajó igualmente para desarrollar las industrias indígenas y la educación nacional, a la que dedicó sus recursos personales.

En medio de todas estas actividades, tan diversas, Tagore no perdió jamás lo que podríamos llamar su línea religioso-filosófica. Jamás sus labios pronunciaron una sola palabra de violencia contra nadie. Pero ésta, pese a todas las buenas voluntades en contra, termina siempre, fatalmente, por llegar cuando se desatan las pasiones, tanto en el individuo como en las colectividades. Las ideas y los sentimientos son fuerzas y tienen su peculiar dinamismo. La violencia no es otra cosa que el período febril de ese dinamismo. Tagore no podía ignorarlo, pero quizá lo olvidase. Como quiera que sea, él no quiso mancharse con ningún hecho de sangre y se retiró, como 40 años antes su abuelo, a Shantiniketan, la morada de la Paz. Sus correligionarios lo denominaron un *jefe perdido* (lost leader), y no le perdonaron jamás ese retiro. Pero tal conducta de parte de estos últimos nos parece excesiva y un tanto injusta. Hoy, considerando serenamente la obra de Tagore, estamos obligados a reconocer que el ilustre pensador y poeta ha conquistado con sus libros y sus iniciativas más simpatía para la India que diez batallas campales victoriosas. Siendo necesario conocer un poco más de cerca esa obra, a ella vamos a dedicar las líneas que siguen.

*

* *

Rabindranath Tagore ha definido, con la claridad que le es característica, cuál es su pensamiento en materia política, en tres conferencias que dió en Norteamérica hace ya muchos años. Los títulos de las mismas fueron: "El nacionalismo en Occidente", "El nacionalismo en el Japón", "El nacionalismo en la India". Esas conferencias fueron reunidas en un tomo y publicadas con el título de "Nacionalismo". Ignoramos si existe una versión castellana. De no existir, sería de lamentarlo, pues su lectura haría un gran bien a la juventud sudamericana, que hoy se agita y enarbola la bandera de un nacionalismo que representa la parte más inferior y negativa de esa ideología política, por cuanto al amparo de un patriotismo dudoso, se sirven intereses privados condenables.

Todos los países clasificados de coloniales o semicoloniales

deben, ineludiblemente, pasar por la etapa nacionalista. El nacionalismo en esos países es un arma, quizá la más útil, para contener y limitar todos los apetitos imperialistas político-económicos. Lo han reconocido sociólogos de la talla de Marx y Bakunin, de Lenin y Malatesta. Pero para que así sea, el nacionalismo ha de ser un sentimiento puro de justicia social realizado dentro de los límites propios de cada nacionalidad. El nacionalismo de Tagore y, naturalmente, el de todos los pensadores de la India, es sólo un aspecto de su humanismo. Se trabaja para éste a través de aquél, como se trabaja por la nación a través de la familia; como se trabaja por la familia a medida que se aumenta la propia perfección individual. Hallamos, pues, en la política hindú, el mismo fondo religioso que hemos visto constituye la esencia de su filosofía. En ambos se refleja el espíritu de unidad, la síntesis tan peculiar al alma india. Esa idea madre se la encuentra en todos los que fundaron, dirigieron y actuaron en primera fila, tanto en la Brahmosamaj como en la Aryasamaj, desde Ram Mohun Roy hasta Gandhi. Una sola frase la expresa con claridad: teísmo en acción.

¿Qué es una Nación? —se pregunta Tagore—. Y contesta: es el aspecto de un pueblo entero como poder organizado. Esta organización favorece la tendencia de los ciudadanos a ser fuertes y capaces de obrar poderosamente. Pero ese gran esfuerzo hacia la potencia y la eficiencia, sustrae la energía del hombre a la naturaleza más elevada, en virtud de la cual él podría ser más altruista y creador. Esa organización ha llegado a su máximo desarrollo en el mundo. En Occidente una nación es la unión política y económica de un pueblo, de una población entera, con una finalidad puramente mecánica. El origen y el centro de una tal nacionalidad no es la cooperación social, sino el espíritu de lucha y de conquista. Ha desarrollado una perfecta organización de poder en perjuicio del idealismo espiritual. Ha dado vida a una civilización de fuerza, mientras lo que hace falta es una civilización de amor. Sólo ésta podría ofrecer a la vida del pueblo las mayores posibilidades del libre desarrollo de todas sus funciones. Cuando un pueblo no persigue un objetivo ético y espiritual, la nacionalidad que constituye no pasa de ser el egoísmo colectivo organizado.

Se llega así a un extraño resultado: que la nación viene a ser el peor mal para la Nación. Ese mal consiste en que el deseo preponderante de dicha nación es el de traficar y especular sobre la debilidad del resto del mundo. Y si no que lo diga la conducta que ha observado Europa para con los pueblos de Asia y Africa. Ya sabemos cuál es el consejo que suele darse: que se constituyan esos pueblos en naciones y que organicen su resistencia. Es un criterio lógico para la mentalidad político-económica de Occidente, pero el consejo no sólo no resuelve ningún conflicto, sino que agrava los existentes, según lo demuestra lo ocurrido con el Japón que, en efecto, organizó su resistencia. El espíritu de organización económica sin objetivos éticos empuja al pueblo hacia la continua adquisición de las riquezas, sin que haya límites que lo contengan. Una sociedad así organizada pierde la conciencia de su salud moral. Su libertad no es su independencia. La libertad política no es la verdadera libertad si la mente no es libre. En los países organizados sobre una conveniencia puramente político-económica, la mayoría no es libre. Casi siempre debe luchar por una finalidad que le es desconocida o que se le presenta falseada, la defensa de la patria, pongamos por caso. El nacionalismo es la expresión patológica del sentimiento pervertido de una nacionalidad deformada por su carencia de ideales humanos. Se trata de una enfermedad peligrosa por su contagio. Sin embargo, forzoso es reconocer que al lado de ese nacionalismo negativo hay otro positivo. Considerado este último con un criterio algo psicológico y algo metafísico, puede definirse como el esfuerzo que realiza la vida misma para llegar, como primera etapa, a una unidad político-económica, realizada en una pequeña fase, para llegar a esa unidad moral y humana que es el sentimiento más elevado del hombre. Este es el nacionalismo de Tagore.

*

* *

Debemos reconocer que la India nos ha mostrado el camino. Ella no ha petrificado, como en Occidente, de un modo sistemático, su naturaleza moral. No ha olvidado que el mundo real del hombre es el mundo moral. En la India, la nación es una

entidad abstracta. Tiene sus aspectos políticos y económicos, pero su finalidad es la de una vida superior, a la que está ligado el porvenir de toda la humanidad. Si bien se considera su historia, se verá que es la historia del género humano, porque es la historia de la vida social y de la conquista de un ideal de perfeccionamiento psicológico. El nacionalismo hindú de este último siglo, que se parece al de Occidente, es, según hemos dicho, un nacionalismo de reacción, históricamente momentáneo, originado por causas venidas de fuera, que han destruído, con un excesivo maquinismo, toda la milenaria industria local y, con el sistema de los monopolios capitalistas, han reducido al hambre a poblaciones enteras, que no la conocieron antes de la conquista extranjera.

Es cierto que la India no ha podido realizar su misión histórica; la de fusionar las diversas razas que habitan su suelo y eliminar las barreras que separan a las castas. Pero, aparte de que ese problema tampoco lo han podido resolver algunos países de Occidente (los Estados Unidos, por ejemplo), esa falta nacional hindú no debió jamás ser explotada por los conquistadores que la sostienen y azuzan. Como quiera que sea, el problema es allí social y no político o económico, y la división en castas tuvo su razón de ser cuando se estableció. Para la India, el concepto de sociedad equivale a la expresión de las aspiraciones morales y espirituales que pertenecen a la más elevada naturaleza del hombre. Cuando Tagore afirma que "la India, en el fondo, no ha tenido nunca el sentimiento nacional", seguramente ha de querer decir que el hombre ha de descubrir su alma en la unidad espiritual de todos sus hermanos. La satisfacción de los propios deseos no debe ultrapasar jamás los límites de los deseos ajenos.

*

* *

Ese apóstol del perfeccionamiento humano, sin límites de razas, credos o nacionalidades, reconoce que a la India la ha beneficiado el contacto con el Occidente. Pero éste también debe reconocer que se ha beneficiado acercándose a la India. El Oriente también tiene su contribución que ofrecer a la civi-

lización, que no se podrá llamar así mientras el hombre siga desconfiando del hombre. Los nacionalismos pueden ser puntos de partida; jamás deben constituir finalidades. La finalidad debe ser la constitución de sociedades o grupos humanos cuyo valor no se debe juzgar y justipreciar por la suma de poder que han alcanzado, sino por la manera de cómo saben desarrollar y manifestar, por medio de sus leyes e instituciones, el amor hacia la humanidad. Ideal nada imposible de realizar hoy, habiendo desaparecido, por el progreso de la ciencia, los antiguos confines geográficos.

En ese sentido, un gran papel le corresponde a la India. Ningún otro país de la tierra posee, como ella, esa gran fuerza moral que consiste en saber sufrir, en saber sacrificarse por la verdad. El problema de la India —dice Tagore— es el problema del mundo en miniatura. ¿Por qué andar a golpes de hombro y codo para dividirnos la fortuna material? ¿Por qué no pensar que hay una vida que se eleva por encima de todas las contingencias? Basta vivir para la verdad final que nos emancipa del dominio de la tierra y nos ofrenda los tesoros de la luz interior, hecha no de poder, sino de amor. Tagore no menosprecia ninguna forma de lucha por la reivindicación de cualquier forma de libertad. Pero sostiene que la verdadera libertad es la del alma. Es con ella que hay que edificar cotidianamente el templo de Dios. Todo lo que rompa la armonía de la más elevada vida social, destruye la fe en la humanidad, no puede merecer el nombre de nación, de civilización, de ciencia, de progreso. Es apenas un vulgar egoísmo aniquilador. El hombre civilizado es aquél que no pide nada para sí, que demuestra la más amplia tolerancia por todas las manifestaciones del pensamiento y que ha destruido en sí mismo toda forma de miedo, dice otro moderno pensador hindú.

“El mundo no puede ser abandonado para siempre a los lobos hambrientos de la era actual, sedientos de sangre humana, despreciadores del cielo. Cuando el poder se avergüence de ocupar el trono que ocupa y esté dispuesto a ceder el paso al amor; cuando llegue el día en que se quiera purificar de la sangre los escalones sociales de la Nación, en la escalera ascendente de la Humanidad, habrá que llamar también a los hindúes para que

aporten el ánfora de su agua lustral. La India no olvidará jamás su admirable herencia espiritual y no se dejará arrastrar, como el Japón, hacia la política de Occidente". A todos los nacionalistas que, en nombre de la ciencia, sostienen que los ineptos, para organizarse, deben desaparecer, no importa que hayan vivido y sufrido, amado con intensidad, pensado profundamente, obrado con dulzura, Tagore responde, en nombre de la verdad, que esos ineptos servirán para la misma salvación de los que quieren votarlos a la muerte. Porque "cuando la India haya encontrado la solución de su problema, habrá contribuido a solucionar el problema del mundo. Hoy el mundo entero es lo que otrora fué la India; está por llegar a ser un sólo país por medio de las facilidades creadas por la ciencia. Ya está próxima la hora en que también los occidentales tendrán que hallar una base de unidad que no sea política. Hay una sola historia: la historia del hombre. Todas las historias nacionales son simples capítulos de una única historia más vasta, y la India está satisfecha de haber sufrido y sufrir por una causa tan grande".

ARTURO MONTESANO DELCHI.

IN MEMORIAM

Al escritor D. José de San Martín.

CUANDO viviste, el mundo tenía una otra lumbre
fraternal; era grande la entrevista esperanza;
te encontraba en las horas queridas, en la cumbre
del bello amor radioso que todo bien alcanza.

Sin verte, tu presencia poblaba mis instantes;
escribía mi estrofa para que la leyeras,
porque era tu palabra de ensueño y de diamantes
resplandor, en mi alma, de dulces primaveras.

Fuiste el amigo, el mágico amigo idolatrado,
y quizá no supiste cuánto yo te quería;
se deshojó contigo la flor de mi pasado
y se rompió el cristal de la sacra armonía.

Aunque es delicia el ansia cordial de recordarte
y es talismán que encierra tesoros tu ternura,
en la terrible hora de volver y dejarte,
nuestra amistad se impregna de sombría amargura.

Hoy te encuentro, mi amigo, en los días lejanos,
cuando vagamos juntos en soñados países,
cuando tú me tendiste las generosas manos
y entre el laurel brotaba la nieve de los lises.

En tu ser resonaba la voz del universo,
en ti que en mi alma oíste lo que ha sido ignorado;

halló en tu inmenso espíritu imán de amor mi verso,
en la noche más triste tu fe me ha acompañado.

Fué tu dolor hondura de océano sereno,
tú supiste que existe signo de luz divina;
veía en ti al hermano fuerte y al hombre bueno
y, en resplandor extraño, santidad que ilumina.

Noble poeta, incólume espíritu glorioso,
libre en palabra insigne y excelsa idea y mito,
de ti mismo y del mundo te hallaste victorioso,
y eras, en vida, ráfaga estelar de infinito.

ARTURO MARASSO.

22 de marzo de 1933.

El escritor José de San Martín dejó de existir el 21 de marzo a la edad de cincuenta y un años. Ocupó cargos importantes en la educación pública. Bibliófilo, hombre de vida recogida y estudiosa, estaba dotado de extraordinaria curiosidad intelectual y de elevada y clara inteligencia. Escribió estudios didácticos, entre los cuales recordaremos, por su extensión, el que dedicó a las escuelas especiales de Entre Ríos. Gran parte de sus trabajos apareció sin firma o con seudónimo. Sus libros *Mis profetas locos* (1909) y *Alberto Ghirardo* (1918) llamaron la atención en su tiempo por la rara originalidad de su lirismo que recuerda al Conde de Lautréamont. — N. DE LA R.

POR TIERRAS DE PELAYO

¿VOSOTROS no habéis notado nunca que siempre hay un pequeño detalle que nos evoca el pasado de un país, de una ciudad, o simplemente de una cosa?

Ese detalle, en el viejo burgo de los Guzmanes, para mí, tal vez para vosotros, es el paseo diario de los sacerdotes por la orilla del Bernesga, por la calle que llaman de la Condesa, por la plaza de la Catedral o de Santa Marina. Hasta ese instante en que los veáis, aunque os sean familiares las rúas del barrio viejo y las amplias avenidas asfaltadas de la parte moderna, no habréis pulsado el alma de los añejos caserones, de los campanarios brunos, de las fontanas y de las tizonas enmohecidas de San Marcos; para vosotros será una ciudad antigua y llena de recuerdos, pero a la que aún no le conocéis el espíritu.

Mas, si una mañana pisando el mediodía, una de esas mañanas leonesas, heladas y plomizas, que amenazan nevisca, salís y rondáis las proximidades de los templos y véis aparecer a los sacerdotes que se aprestan a comenzar su caminata, tal vez oigáis la voz de ultratumba de los reyes sepultados en San Isidoro, de los palacios, de las murallas, cuyo pasado todo, os habla con palabras vetustas, claras, hidalgas.

Van embozados hasta los ojos con sus capas eclesiásticas, flotando al viento cortante los hábitos negros; y así, también, alguna mañana de febrero de hace siglos iban a reunirse para charlar de teología o de las últimas guerras contra el infiel.

¿Evocáis esa mañana, vivís ese instante pasado, dentro de un portal al reparo del aire? Desde el refugio que os ofrecen los suportales del mesón que está en la plaza, ¿véis el puente que une el palacio Episcopal con la Catedral, e imagináis al obispo D. Mabrique una nochebuena, frotando sus manos ateridas, que se dirige al templo para decir la misa del gallo?

Si os representáis estas escenas, si las sentís vívidas, coloridas, humanas, si pensáis con el fervor de un creyente en esta Castilla fuerte de antaño, podréis conocer a León; estaréis en condiciones deamarlo, y verlo libre de la maraña de actualidad que los nuevos tiempos tejieron a su alrededor. Así, evocando con cariño su historia, no veréis en el Panteón de los Reyes cuarenta ataúdes de piedra, sino cuarenta monarcas que uno a uno os tomarán galantemente de la mano para mostraros ese trozo de la vieja España; en la sala de sesiones del Ayuntamiento no escucharéis la baraúnda infernal que hacen los flamantes concejales de reloj pulsera y estilográfica, tratando de si es o nó lícito poner un altavoz en la puerta de un comercio; al contrario, en los sillones de cuero con brillantes chatones de cobre veréis sentados caballeros cetrinos que, atentamente, escuchan la voz campanuda de uno de ellos que habla sobre la conveniencia de una nueva fuente en la calle del Caño Boadillo, allí, junto al convento de las Carvajalas.

Yendo a León, o a cualquier otra parte, con el espíritu del turista que se dedica a comprar postales de los lugares que visita para luego mostrarlas a sus amigos, no se nos muestra ni nos dice nada; hay que llevar el alma dispuesta a soñar con las evocaciones para comprender la ciudad, el campo, o el carácter cortés, altivo y familiar de los leoneses. Estos, genuinos, puros, los de las campiñas y alguno de las ciudades, son de idiosincrasia interesantísima; de carácter fuera de lugar para los días que vivimos. Y esto es lógico desde el momento que la civilización llega a los pueblos, a los campos con menos intensidad que a las poblaciones de cierto empaque; vale más decir que no llega, sino que los automóviles y los lujosos "sleeping-cars" de los trenes rápidos dejan caer a su paso por el villorrio un poco de lo moderno, tan poco que casi no se nota.

León ha dejado de ser un poblacho vetusto y abatido, como Medina del Campo, Ocaña o Palencia, recién en los años de la guerra de 1914 y más todavía a su terminación. Contraste: mientras Reims se empobrecía y caía a pedazos bajo las granadas, León guardaba en sus arcas el oro que le proporcionaron y proporcionan las minas de hulla de sus montañas, e iba edificando

y ensanchando sus límites hasta ser lo que hoy: una capital de 35.000 habitantes.

Pero León no se transformó, no se rejuveneció a fuerza de dinero; más bien, aquella ciudad vieja fué fecundada por el oro. De tan extraña cópula ha surgido un barrio nuevo, el León moderno.

Mientras que en la parte sud, a contar desde las calles de Rui Salazar y La Rúa, y la plaza de San Marcelo, casi no se da cuenta el extranjero de que está en una población que soporta sobre sus tejados el peso de la nieve de mil inviernos, en la otra, en la zona norte, sí puede gustar de lo antiguo. Estas barriadas aun conservan el sabor añejo de la época en que Ordoño 2º, triunfador en los campos de San Esteban de Gormaz, tomó el título de rey de León; del día en que doña Ximena "salió a misa de parida a San Isidoro".

Las callejuelas son las mismas del siglo X o XII: pinas, angostas, alumbradas con mal olientes candiles de aceite; las travesías las de antes: umbrosas y cerradas al paso de carretas y caballerías, donde se puede ver algún galán de amplia capa y oír una de esas canciones ululantes cantada al son de las gaitas y de los panderos.

Allí están las murallas, allí la puerta por donde entró Pelayo victorioso de sus muchos combates librados con los arábigos, allí las mismas casonas, cuyas fachadas conservan "el auténtico polyo que levantaron las mesnadas de D. Fernando cuando vinieron a sus funerales".

Las murallas, algo derruidas, encierran el León de D. Fruela, de doña Sancha y de Alfonso VI: el Ayuntamiento, San Isidoro, la casa de los Guzmanes, la Plaza Mayor, la Catedral, el convento de las Carvajalas, el de las Concepciones. Ahí, frente a la Catedral, tenemos la calle de La Paloma y un poco más allá la de Matasiete. Vayamos por ellas hasta llegar a una plaza, la del Mercado o la de Las Platerías, lo mismo da; veamos los palacios.

Aquí el del viejo conde Nuño Fernández, que, como Pedro Ansúrez y otros caballeros, fué ejecutado por haberse rehuído a combatir junto con Ordoño II en Valdejunquera; más adelante, hacia la izquierda, la casona austera y conventual de

D. Alfonso el Monje que renunció al trono para recluirse en el Monasterio de Sahagún; después, el templo de N. S. del Mercado, la plaza con una fuente en cuyas piedras apenas se ven unas letras hondas y raras que dicen "Reynando Alfonso V, Año de 1025. Ysidro Cruela". Y luego, ya no se lee, se adivina, algo así como "por la salud de los vecinos".

Unos pasos a la derecha y está la calleja de Santiago con su puente. Una noche y bajo ese arco de piedra junto al portal de la casa vecina, según nos dice una crónica archivada en San Isidoro, un Ramiro o un Bermudo, no recuerdo bien, fué acuchillado por un mozo que lo desconocía, por haberle robado la honra a su hermana. Y, como asegura el cronista, aún se ven en la puerta de la casona las marcas que hizo el acero al atravesar el cuerpo del infortunado rey y clavarse en la madera; y el nicho abierto en la piedra, bajo el puente, conserva la imagen de la Virgen de la Merced iluminada en un día del mes de setiembre con la misma lamparilla de hace ochocientos años.

Afortunadamente para el turista, para el viajero que gusta de ellos, y por desgracia para sus habitantes, estos barrios están casi olvidados; se encuentran en la misma situación de hace nueve o diez siglos. Sus moradores, lo mismo que los más modernos que viven en la parte nueva de la ciudad, tienen el carácter podríamos decir que degenerado por el progreso actual.

En León, lo añejo está representado por las construcciones y el espíritu de los palacios y de los templos, de las callejas y de las plazas con soportales; el resto ya no ofrece más que el aspecto característico de una población provinciana que viste ropas de gran ciudad.

Todos sus habitantes, o al menos casi todos, los de los barrios viejos y aquellos más aristocráticos que viven en casas modernas con calefacción y timbre eléctrico, ascensores y baños, tienen costumbres y poses que están fuera de lugar. No le queda bien a una muchacha, a una de esas mozas garbosas, de porte señorial, que parecen damas de honor de doña Urraca o de doña Sancha, ir vestida de sport con una raqueta en la mano para jugar al "tennis", ni llamarse Margot o Lucy, como no sentaría representar a D. Alonso Quijano de "smocking" y fumando un cigarrillo egipcio.

Es tan chocante, tan duro al entendimiento, el saber que el hijo de una de esas familias rancias, de viejo abolengo provinciano, estudie ingeniería mecánica, como la arquitectura gótica en los talleres de reparación de un aeródromo.

Estos leoneses no son de los genuinos, de los que me gustan: son falsificados. A Lorenzo, el fontanero de la plaza de las Tiendas, o a Rodrigo, el amo de la botería de la calle de La Espada, cualquiera de ellos tomado al azar, me parece un anacronismo verlo cómodamente sentado en una butaca del cinematógrafo, con el rostro musculoso y pálido atento a las contorsiones epilépticas de Joan Crawford bailando la última novedad en "fox-trots".

Esos ojos oscuros, llenos de infinito y nostalgia, que debieran extenderse en la contemplación de los campos yermos y rojizos de Castilla, se extasían ante una película sonora; esos oídos que se deleitan con las melodías virginianas de una "jazz" de negros, más les valiera escuchar los versos de un romance que hablara de los glorias seculares alcanzadas por Mio Cid.

Pero no, han cambiado; son otros muy distintos.

Ya no se ven, apenas si nos queda la evocación, aquellos galanes que, con la mano en la empuñadura del acero toledano, esperaban en el atrio de San Marcos a las hermosas tocadas con mantilla y traje negro, para hablarles de sus amores. No más cruces rojas de Santiago en el jubón renegrido; ahora, insignias de sociedades deportivas en las solapas de las americanas. No más pañolones; ahora, boinas como rompecabezas de mil rabinos colores.

Se olvidaron los paseos domingueros bajo los soportales de la Plaza Mayor; lo *chic* es irse hasta el aeródromo y de vuelta merendar en el Novelty o bailar mientras se toma el vermut en el "american-saloon" de Negresco. Es muy distinguido, también, reunirse en el Círculo Leonés para comentar los episodios del "derby" de la Castellana de Madrid, el último adelanto en televisión, o la novedad más saliente en el teatro de Pirandello.

Lleguémonos al Panteón de los Reyes; recordemos, que será una oración, a los que yacen allí, y no pasará mucho tiempo sin que aparezca el alma noble y castellana de uno de ellos, de un Fernando o de un Alfonso. Nos invita gentilmente con gesto se-

fiorial a seguirlo; vamos con él a los viejos monumentos religiosos.

Nos muestra los claustros; nos habla de los arcos gótico-romanos de San Isidoro, paseamos bajo las amplias ojivas de la Catedral; nos nombra a los obispos encerrados en sendos ataúdes rocosos: aquí D. Velasco, más allá San Alvito, y miramos las lápidas funerarias y las pinturas murales.

Luego nos lleva al interior austero del templo; nos enseña con orgullo las ricas maderas del coro, talladas por artífices que eran sus vasallos. Arriba, como un peine monstruoso, el órgano asoma sus tubos; queremos examinarlo, pero desistimos al ver la expresión de furia y dolor que adquiere el rostro de nuestro guía.

¿Qué pasa? El sacristán, solícito, se acerca y nos dice: —D. Alfonso o D. Fernando, cualquiera, cada vez que recuerda que el aire para el órgano lo suministra una bomba eléctrica, en lugar de ser un fuelle movido a fuerza de brazos como era antes, se pone así. No le habléis de ello que se enfada.

Nos retiramos de la Catedral, de San Isidoro, de San Marcelo. El monarca, ceñudo, nos hace ir al barrio de San Lorenzo.

Caminamos por calles tortuosas; a los lados, tahonas, boterías, tabernas y vetustos caserones con blasonados portales. Desembocamos por fin en la calleja de las Catalinas. Allí está El Tabique, cabaret de pacotilla donde bailan las modistillas, las fregonas, los criados y alguno que otro escolar en día de asueto.

Entramos, pero no mucho; nos ha sorprendido que D. Alfonso o D. Fernando, es igual, haya saludado cortés pero secamente y desapareciese como por arte de hechicería. El rey castellano se ha enfadado otra vez; nos llevó a El Tabique para mostrarnos a los viajeros como se baila una jota al compás de las gaitas, de los pitos y de las panderetas, pero no recordó que desde los días brillantes y aguerridos de su corte hasta ahora transcurrieron tal vez ocho siglos, tal vez diez.

Los instrumentos de antaño, en León, ya no existen más que en el recuerdo; hoy, el pueblo, baila con organillo, o mejor aún, con un magnífico aparato radiotelefónico combinado con electrola.

Los altavoces, animados por el impulso magnético de los reproductores, trepidan como si estuvieran poseídos por el de-

monio del "jazz", o suenan quejumbrosos por las notas pegajosas de un tango o de una habanera.

Se acabó para siempre el "roncón", el mosconeo de la gaita y el repique de los panderos; se refugiaron en las montañas, en los pueblecitos que aun desconocen las borracheras de "cocktails", y ritmos neoyorquinos.

Pero también, un día, han de huir de aquí, puede ser que pronto... y, ¿quién sabe dónde irán?

Los leoneses de la ciudad están envenenados de esnobismo; no así los hijos de las peñas y de las llanuras ondulantes de Castilla. Estos, los que abandonaron sus villorrios colgados de la montaña o perdidos entre robledales, sus casuchas de piedra con techumbre de paja, sus veladas de invierno a la vera del rústico hogar campesino para luchar por la reconquista del terruño; éstos, nacidos en Valporquero o Jeras, en La Seca o Cascantes, poseen íntegramente el sabor de otros tiempos en su lengua, en sus costumbres, en sus ropas, y, si se quiere, en sus utensilios domésticos y de labranza.

Castellano puro, enfático y áspero; aun dicen "felechos" por helechos, "forças" por horquillas, "home" por hombre y "falagar" por hacer mimos; todavía, en alguno de esos pueblecillos, el día del santo patrono se bailan los "titos" acompañándose con los panderos, y las mujeres lucen pañolones, rodaos y retajos.

Los velones alumbran las amplias estancias enjabelgadas y las cocinas llenas de humo; las mozas limpian con arena del río los potes y cazos de cobre donde se cuecen los garbanzos, los arvejos, las judías y los fréjoles.

Se comen las hogazas amasadas en la arcaica masera de castaño, y se yanta con lo hecho en el caldero que cuelga de la "pregancia", de esa cadena suspendida sobre el hogar, mientras los rapaces se revuelven como lagartijas en los escaños pidiendo pan y chorizo. La rueda de paletas del molino marcha con el mismo chirrido, con igual lentitud de hace mil años; por los caminos pedregosos se arrastran los "forcaos", los viejos "forcaos" que traen la hierba de la montaña.

Al anoecer, cuando las humildes campanas pueblerinas suenan graves, lentas, plañideras, llamando a una novena, cuando el cielo se tiñe de rojo, veréis venir, paso a paso como pen-

sando, las vacas, huesudas y mansas, arreadas por pastorcillos morenos, de remendada fardela al brazo. Allá van, a las cuadras oscuras, donde una moza, una moza que se llama Lorenza o Elvira, las ordeña a la luz temblona de un farol de aceite. Porque aquí no conocen las linternas eléctricas, como tampoco hay en el bolsillo de los pastores mecheros a gasolina; candiles de aceite y chisqueros a yesca y pedernal es lo que encontraréis.

Como éstos, leoneses de los verdaderos, así nobletes y sencillos, fueron los guerreros de Pelayo, aquéllos de las mesnadas del rey montañés, de aquel caudillo del que nos habla la historia con palabras que saben a leyenda, a epopeya.

Allá arriba, en uno de los picachos, a la sombra de las urces, con sus vacas o cabras, quietos y solemnes, parecen figuras escapadas de los cuadros que se ven en los claustros de las viejas iglesias, que representan batallas campales dadas al sarraceno. Sí, uno de los paladines que luchaban por defender un ideal, por el ideal que era la Cruz; cruzados, más bien, que bajo la cota de hierro escondían el alma de un monje.

Templarios, cuyas manos callosas abandonaron la espada para empuñar las hoces o juntarse, implorantes, a rezar a la Virgen del Camino. En la taberna, en los juegos, en las tareas campesinas sale a flor de piel su espíritu brusco, orgulloso y leal, pero tratándolos a fondo, conociendo sus íntimas aspiraciones, vemos que son almas infantiles, austeras y esclavas de una sublime sinrazón que quizá sea la de D. Quijote.

Almas simples, almas enfermas de ensueños que se asoman a los ojos cuando se habla de glorias españolas, Cortés, los Pizarro, cuando se menta la lealtad de aquel que "en buena cinxo espada".

Pero ahora todo cambió; no ya las construcciones que es natural, y sí el espíritu que es peor. Con el siglo XX han llegado a España muchas cosas que la transformaron y que le hicieron perder su temple de antes.

En Madrid, apenas si encontramos un poco de casticismo en Lavapiés y Embajadores; puede ser que aun halléis a la vera de una fuente, si váis a esos barrios, a una nueva moza de cántaro como aquella de Lope, pero casi todas son chulas con desplantes de gitana de comedia barata.

Si queréis ver tipos que os recuerden a las mujeres de Cer-

vantes, id a cualquier pueblo de La Mancha, a uno de esos poblachones aplastados, viejos y polvorientos que pueden ser Buena Mesón, Pedro Muñoz, Fuentidueña o Santa Cruz de la Zarza.

De la ex-Corte sólo llevaréis el recuerdo de una Gran Vía, de una calle de Alcalá con las nuevas colgaduras que son los letreros luminosos a gas neón, en reemplazo de las que se ponían en los balcones cuando una fiesta nacional o importante corrida de toros; vuestro carnet de notas consignará la excesiva velocidad de los tranvías y el hormigueo humano de la Puerta del Sol; y el cicerone ha de llevaros al barrio moderno de Chamberí, a Cuatro Caminos, para que os canséis contando los pisos de los rasca-cielos, y al edificio vanguardista de la Telefónica, donde temblaréis pensando que el suelo está minado por veloces subterráneos.

Las almas de los artistas castellanos, ahora inactuales, se desesperan en los museos y librerías. Una vez, reflexionando sobre esto en la Biblioteca de la Universidad Central, junto a la sección de las obras de Quevedo, sentí una risilla sardónica; volvíme, y desde arriba un grabado del maestro me miraba burlescamente, con ojillos picarescos. ¿Se reiría así de D. Alonso Quijano, el Bueno?

Madrid, como León ha claudicado. Toledo, está haciendo lo mismo. El tiempo arrastra lo tradicional, corre de prisa; más lentamente en las montañas pedregosas, hieráticas, y en las planicies yermas, solitarias y monótonas.

Como el caballo de Atila, que donde pisaba no crecía la hierba, el progreso, al clavar sus garfios, torna raquítico al hidalgo casticismo castellano.

Y así siempre; pero, ¿no llegará un día en que esa hidalguía legítima del pasado se-haga un presente, plasmada en todas las almas españolas? Como el Fénix, ¿no renacerá el espíritu de antaño?

¡Quien sabe!

Mientras tanto, el de Vivar, Pelayo, Ordoño, en Burgos, Covadonga y León, duermen su sueño eterno arrullados por los "claxons" de los automóviles.

M. ROGELIO DIEZ.

PANORAMA DE NUESTRA CULTURA

I

AL cumplirse el vigésimoquinto aniversario de la aparición de su primer número, la revista NOSOTROS ha dedicado su entrega correspondiente a agosto último, a recopilar las respuestas enviadas por algunos de sus colaboradores acerca de un cuestionario que les remitieron sus directores, Alfredo A. Bianchi y Roberto F. Giusti.

El citado cuestionario investigaba los siguientes puntos:

1º ¿Cómo ve Vd. hoy, con espíritu objetivo, o crítico, o nostálgico, según su inclinación, aquel ambiente espiritual (literario, artístico o de otro orden cualquiera) en que Vd. se inició años atrás?

2º ¿Quiénes fueron sus compañeros de entonces?, ¿cuáles los primeros círculos que Vd. frecuentó?, ¿y los ensueños e ideales de aquel grupo en que Vd se iniciaba?

3º ¿Cómo juzga Vd. ahora la obra de la generación a que pertenece? ¿Podría dar un juicio sobre la obra de las promociones actuales, comparándola con aquélla?

Yo hubiera agregado una pregunta más, que considero de mayor interés que las anteriores, por cuanto esa limitación del interrogatorio florece en un anecdotario retrospectivo y enconca el antagonismo de dos orientaciones literarias y artísticas que forzosamente tienden a menospreciarse, pues ya sabemos que toda nueva tendencia pretende sojuzgar a las que la precedieron. En cambio, ¡cuánto más provechoso sería un análisis de valores, en que cada opinante expusiese su juicio acerca de la evolución cultural de nuestro ambiente en el curso de este siglo!

Considero que tal exposición, a través de la capacidad analítica de los intelectuales, pensadores y artistas que actúan entre nosotros desde hace treinta años, sería un índice de sugerencias

valiosas para orientarnos en los pródromos de una decadencia indiscutible.

II

En Nosotros aparecen, absolviendo el cuestionario, respuestas de varias *generaciones*, no obstante el propósito de los Directores de conocer "cómo se juzga a sí misma la generación intelectual cuya iniciación se produjo en los años que inmediatamente precedieron o siguieron a la aparición de la Revista, en 1907". Y para acentuar más la limitación, se abarca el ciclo 1900-1914, entre "un siglo que muere y el año de la Guerra", que parece marcar el atajo entre dos civilizaciones.

Pues bien: hay respuestas de escritores que se *iniciaron* hacia 1895, es decir, diez o doce años antes de que apareciera Nosotros, lo cual significa que la consulta ha ido más allá del ciclo enunciado, de lo que resulta omisión imperdonable respecto de otros intelectuales, valores positivos en su época y que hoy podrían juzgar con acierto, ya que si no "actúan" siguen empero siendo estudiosos.

Pero, dejando de lado esas ausencias, hay otras que no se explica cómo no han sido consultadas; hago hincapié en el detalle porque es cosa corriente limitar a la jurisdicción municipal de Buenos Aires nuestro exponente literario, científico y artístico... ¡Y, a fe, que por esas ciudades y pueblos del interior hay algunas figuras dignas de ser contempladas y escuchadas, así, a la distancia! Además, por lo mismo que aquí, en Buenos Aires, se pretende radicar el índice cultural del país, no cabe la ignorancia de otros congéneres muy estimables; ni tampoco cuadra establecer o afectar necias exclusiones.

Se argüirá que esos intelectuales no han sido o no son "colaboradores de la Revista". La réplica me parece deleznable, porque el "asunto" bien merecería salir de los límites familiares y de los asiduos contertulios. En el desenvolvimiento cultural atribuyo importancia suma a la amplitud de horizontes para el intercambio de ideas, ideales y creaciones de belleza, y cabe preguntar: ¿destaca alguna revista, entre el "canje" que le llega, a escritores de talento diseminados en las mil publicaciones de pro-

vincias, y les solicitan colaboración? La respuesta será negativa, quizá porque tal solicitud entrañaría el compromiso de "pagar" la colaboración, pero entiendo que la gran mayoría de los escritores (que no son profesionales de la pluma) enviaría muchas páginas de belleza indiscutible, sin miras de lucro, seducida por el prestigio de la eminente tribuna, cuando esa tribuna fuese una publicación como NOSOTROS.

A esta revista le ha faltado, pues, esa amplitud generosa para ser un verdadero exponente del pensamiento "nacional" en sus diversas manifestaciones de toda una época. A lo cual cabe agregar la limitación de su tirada, que encarece su precio y sólo permite adquirirla a lectores privilegiados que no son, seguramente, los que con mayor afán quisieran alcanzarla. Con todo esto quiero decir que la revista de Bianchi y Giusti es un bello archivo cultural, un exponente de la amplia liberalidad con que se han acogido en sus páginas la aptitud y el talento de escritores, pensadores y poetas, aun de aquellos para quienes sólo cabía, en su momento, un vaticinio inseguro. Pero no ha sido un "vehículo eficiente de cultura" para llenar una misión histórica. Para bien de las *generaciones* a que pertenecen los colaboradores del número de las bodas de plata, la Revista, desde su iniciación, debió estar al alcance de toda esa muchachada, escasa de recursos y pletórica de talento, que en todos los rincones del país busca siempre sugerencias y orientaciones para asimilarlas o combatirlas. Y no me refiero solamente al alcance de orden económico, sino, también, a la positiva influencia que debió ejercer si se hubiese ampliado su círculo y buscado que ella fuese no sólo un "exponente de cultura" sino una "orientadora de cultura", con todos los arres-tos para ejercer decisiva influencia a través del cuarto de siglo que ha vivido. (*).

(*) NOSOTROS, que publicó en su número extraordinario de las bodas de plata, la conocida encuesta, y que ha acogido en sus páginas los comentarios que aquélla ha suscitado, así los favorables como los adversos, no podía excusarse de publicar este artículo, cualesquiera que sean los juicios amargos que emite sobre nuestra cultura y sus apreciaciones sobre la propia revista, tanto más firmándolo un escritor responsable, autor de larga data. Sin embargo, corresponde observar rápidamente, al margen de este párrafo II del autor: 1º Que NOSOTROS interrogó a muchos más escritores de cuantos contestaron en la encuesta, así de la capital como del interior, sin elegirlos especialmente entre sus colaboradores. De las omisiones en el envío del cues-

III

Esta tesis pone en evidencia el penoso desamparo en que se desenvuelven las inclinaciones o las vocaciones incipientes cuya acción bien encaminada podría modificar nuestro ambiente espiritual. Preocupa muy poco al periodismo esa misión, que le corresponde ejercer para elevar el nivel de las masas, para abrir hondos surcos intelectuales; influencia tanto más necesaria cuanto mayor es la densidad de las corrientes inmigratorias, la superficialidad de la vida fácil y las pueriles inclinaciones de una juventud que abandona las aulas y las universidades con empujes demagógicos, sin haber asimilado siquiera una ínfima parte de los libros que debió estudiar; generación que está entre los veinte y treinta años, que no ha podido discernir sus *deberes* dentro de un conglomerado democrático, pero a la cual se la ha dejado penetrar en campo abierto de absurdas ideologías o postulados para arrastrarla luego, como en tiempos de caudillismo venal o

tionario —salvando algún posible olvido, que lamentaríamos se haya producido— nos responsabilizamos. Si algunos escritores representativos no contestaron, por pereza, por prudencia, por no saber qué decir o por razones justificadas, no se nos culpe. 2º Que todo escritor del interior, digno de tal nombre, suponemos que es acogido muy pronto en las publicaciones de la capital, y de *Nosotros* lo afirmamos. La revista estampa siempre con satisfacción al pie de las colaboraciones, la procedencia de provincias y territorios; ello puede comprobarse hojeándola. Cualquier cosa puede reprochárse nos, hasta la tolerancia culpable, menos falta de "amplitud generosa". 3º Si *Nosotros* pretendiese llegar al gran público en tiradas de decenas de miles de ejemplares, fácilmente vendibles a veinte o treinta centavos, no sería *Nosotros*, sería otra cosa diversa, ni cabrían en ella los artículos extensos que debe publicar. Por lo que dan la extensión y densidad de nuestra cultura, la que se mide con relación a la venta del libro serio, *Nosotros* puede darse por satisfecha con el número crecido de sus lectores argentinos y extranjeros, que suman millares. Además, gracias al generoso apoyo que le presta la Comisión Nacional de Bibliotecas Populares, está al alcance de cualquier muchacho aun en las más modestas bibliotecas del país. Nuestro culto crítico debiera intentar él fundar la revista con que sueña. Si no descende en seguida a la frivolidad del diario "tabloid", o a la chabacanería, de que abomina, dudamos mucho que, aunque venda su publicación a pocos centavos, alcance en nuestro país las grandes tiradas que él cree posibles. 4º Dispuesta a ser un libro mensual, una revista literaria del tipo, para nuestro ambiente, de las tradicionales que se publican en Europa, desgraciadamente *Nosotros* no puede ser más barata, dado el costo de la impresión aquí. Este problema hace veinticinco años que venimos planteándonoslo los directores de *Nosotros*, y siempre hemos concluido en reconocer que la cuestión consiste en ser lo que se es o dejar de ser, sin otra alternativa.

autoritario, a perder los *derechos* de su altivez ciudadana; juventud a la que solamente podría encauzar por sendero provechoso para la grandeza del país un periodismo menos interesado en el fomento deportista y más esquivo al aplauso entusiasta de los éxitos fáciles.

No es posible desconocer cuánto daño se hace a esa juventud "exitista" con el *diario* que se le sirve, y que constituye, en abrumadora mayoría, su única lectura. Desde el periódico "tabloid", en que se apeñuscan las noticias en forma que invitan a leer únicamente los títulos, y el que cultiva, con delectación morbosa toda la purulencia de los instintos bajunos, hasta nuestras "eminentes tribunas del pensamiento", que debieran ser, por tradición y responsabilidad, baluartes inaccesibles a la chabacanería, todo el periodismo actual se desentiende de su misión más noble: alta educación y orientación. Hay un injerto yanqui que ha arraigado en el país, en todo el país; y en lugar de marcar rumbos se aplaude y se fomenta las inclinaciones de la ignara muchedumbre.

Factores de orden económico, la necesidad de subsistir, el afán de enriquecimiento fácil, han convertido nuestro periodismo de antaño en grandes empresas comerciales, atentas, por encima de todo, al provecho material. Páginas de extraordinaria información telegráfica del exterior, con noticias que, en su mayoría, aun en el supuesto de que "interesaran", fuera mejor podar en sus dos terceras partes; editoriales y artículos de redacción que comentan sucesos de la actualidad, en forma que sólo puede interesar a los que buscan la opinión de "su" diario, pero no incita a que los lean "los otros", los que podrían aprender algo y sacar relativo provecho de tales comentarios; diseminadas por aquí y por allá, entre gran profusión de anuncios, las noticias, sucesos de todo orden, la crónica social y la bien nutrida sección delictuosa o delincuente; luego, todo el deportismo, en innumerables páginas que constituyen doloroso exponente de una firme orientación hacia la incultura, pues la sana práctica del ejercicio y la educación física se convierten, merced a esa sistemática estridencia, en la profesión más resonante cuyas actividades constituyen el ideario en que sumerge sus profundas cavilaciones la turbulenta y confiada muchedumbre que cruza la vida, ajena a

toda otra preocupación. Y ya sabemos que entre esa muchedumbre se agita, también, el elemento de culta apariencia, la juventud "estudiosa", y hasta escritores o ensayistas de mérito que no trepidan en malograr aptitudes eminentes dedicando tiempo e ingenio a hacer atractivas las secciones deportivas de sus preferencias.

De todo ello resulta que el deporte, cuyas diversas manifestaciones debieran tener vocero y palestra en órganos o revistas dedicados a su difusión especializada, merced a raros artilugios extraños al elevado concepto de la ética periodística, se convierte en venero inagotable de información remuneradora.

Claro está que se salvan las apariencias con secciones de bibliografía, teatros, extractos de conferencias, noticias de algunas reuniones culturales, etc., pero con ello no se crea ambiente a las actividades superiores del espíritu, pues la "crítica" razonada, serena, libre de camaraderías o convencionalismos, no presta interés a las secciones y, por otra parte, no destacan éstas su prioridad jerárquica, pues se pierden en la reprochable ordenación de las páginas; y a veces se da a esa clase de información categoría ínfima, hasta por el tipo microscópico en que aparece.

Estoy muy bien documentado, porque el asunto me interesa desde hace varios años; tengo muchos recortes sugestivos y concluyentes. Si una persona, ajena a las modalidades de nuestro diarismo, quiere saber algo del ambiente cultural de Buenos Aires (no del país, que eso sería difícil problema), necesita realizar una verdadera pesquisa para tropezar, aquí y allá, con alguna información en sueltos sin el menor relieve; es decir, que ha de buscar recorriendo afanoso las cuarenta y tantas columnas de ese gran diario hasta llegar a las páginas deportivas. Y muchas veces se da el caso de que en éstas, precisamente, hay un suelto que debió ocupar preferente sitio de información cultural. En cambio, cualquier detalle relacionado con las actividades del "deportismo" sólo requiere abrir la página correspondiente a la especialidad que se desea, y "salta a la vista", sin exigir mayor empeño. Esas grandes hojas periodísticas pueden compararse a vitrinas de comercio donde se exhiben las "novedades", y donde ocupan sitio preferente no los artículos de mayor mérito sino

aquella bisutería de efecto que deja mayor margen de utilidad al mercader.

Y no entremos al detalle del estilo de redacción y de los encabezamientos titulares, porque son un exponente, en su gran mayoría, de la infiltración arrabalera en las esferas superiores, con sus modismos característicos y sus contorsiones sintácticas, bajo un régimen de tolerancia y despreocupación que envilece el lenguaje común de la enorme masa de lectores, quienes al ver estampada esa sistemática forma de expresión siguen la corriente, y así hablan luego en todos los órdenes de sus actividades.

Así se fomenta y se orienta la cultura del pueblo; así se forma ambiente para suscitar inquietudes espirituales; así llegamos, por ejemplo, a educar el buen gusto en el decir y a formarse concepto cabal de la bella prosa y de la poesía exquisita. Tengo una antología curiosísima de toda esa sección poética que, de varios años acá, endilgan nuestros grandes diarios a sus lectores; y, en verdad, es un muestrario abominable de extravagancias y perversión del buen gusto, bajo etiquetas de moda. Cabe preguntar si un diario serio estima cumplir su misión educativa con tales exhibiciones; porque los que no son "poetas" no pueden comprender que ello obedece a documentar "nuevas formas" de las bellas letras, y creen que *eso es poesía*; y se entregan al ejercicio de hacer versos, iniciándose bajo ese signo en la carrera literaria; de donde resulta una cáfila de "milongueros" adocenados que se vinculan entre sí en tertulias y peñas intrascendentes; cenáculos de mutuo bombo, en los que la improvisación ingeniosa y el chiste fácil dan prestigio a sus componentes camanduleros e ignorantes. Basta luego ese prestigio para invadir redacciones e injertar sus "macanas" en la sección literaria de esos grandes diarios cuya difusión otorga consagraciones vergonzosas y prostituye el buen gusto de los lectores. Por ese camino se logra el éxito, sin esfuerzo, sin disciplina de estudios, sin la dedicación y el austero recogimiento a que obligan el culto y la vocación de los destinos superiores. En el tumulto y el materialismo de la vida contemporánea hay premura por destacarse, y como no existen mayores dificultades ni ajustados controles para treparse a esas "tribunas del pensamiento", se arremete con-

tra todos los valores positivos, se desconocen jerarquías, y las nobles figuras gloriosas se ven eclipsadas por figurones de gloriola.

IV

Establecido, pues, el desconcepto del diario para orientar la cultura del pueblo —en virtud de muchos intereses creados y de las modalidades características del materialismo desaforado—, los amantes o cultores de las actividades superiores podrían encontrar un reducto de ambiente propicio en las revistas de especialización literaria y artística. La razón es evidente: pues que el diario invade jurisdicciones extrañas a su servicio “informativo” y desorienta el posible afán cultural de sus lectores sirviéndoles una mezcolanza de crónicas de toda índole, comentarios políticos, crítica —es un decir— de las manifestaciones de arte, casi todo ello esparcido en tono dogmático de necia sabiduría que no admite réplica, y da especialísimo relieve al deportismo (industria del deporte); pues que el diario, repito, pretende abarcarlo todo, sería menester que los artistas, escritores y poetas tuviesen un órgano de equivalente o aproximada difusión, a fin de contrarrestar la perniciosa influencia de aquél, llegar a todos los rincones del país, despertar vocaciones superiores, incitar al ejercicio de la meditación y disciplinas del estudio; para formar así, poco a poco, nuestro clima cultural propicio a las vocaciones sinceras que no deben confundirse con las aptitudes del escritor profesional a quien conviene el clima que estamos sufriendo, y no es necesario decir el porqué...

Creo poseer en mi archivo casi todas las revistas aparecidas en Buenos Aires, durante el siglo que corre, surgidas con propósitos literarios y artísticos. De todas ellas subsisten tres, aunque su larga vida obedece a factores muy diversos, pues las tres cumplen finalidades que las destacan por propia gravitación. Todas las demás, las desaparecidas, son una documentación curiosa para historiar la formación de nuestros intelectuales de toda esta época. Y aunque es verdad que muchos de ellos se registran en los índices de la colección de *Nosotros*, no pierden aquellas su valor documental. Quiero decir que han sido muchí-

simas las tentativas, y que se han malogrado por ambiente de círculos estrechos, por orientaciones tendenciosas, por miopía de sus dirigentes, por ineptitud de las administraciones, por inconstancia de los iniciadores que arriaron sus entusiasmos ante el primer conflicto doméstico, por indiferencia u hostilidad silenciosa de los colegas, —periodistas y escritores pertenecientes a otras camarillas— mil factores todos asfixiantes de tales empresas para las cuales no se tiene dinero y se carece de tino cuando es menester solventarlas.

Claro está que los directores de NOSOTROS han puesto en evidencia sus virtudes ejemplares, salvando durante veinticinco años todos esos peligros, y pueden exhibir hoy ese repertorio cultural forjado con inteligencia, desinterés y sacrificios económicos dignos de toda alabanza. Pero interesa destacar la característica de que NOSOTROS ha sido y es una revista “profesional”, es decir para escritores u hombres de letras, con la limitada circulación de las muchas publicaciones técnicas que aparecen en el país; y falta ver la que, por su precio económico y amplitud de criterio, alcanzara la difusión conveniente y fuera vehículo de cultura entre ese gran público que se intoxica con el fárrago anodino brindado en páginas “literarias” por las mil publicaciones de gran circulación.

No puede, pues, halagarnos ese aspecto de nuestro panorama cultural. Carecemos de animadores eficientes que susciten en el pueblo una inclinación a las cosas del espíritu; y en ese desamparo florece la estulticia, se trastornan los conceptos básicos, la turba de advenedizos se encarama en la tribuna para pregonar el desafuero de las jerarquías intelectuales, se bifurcan los cenáculos de copleros, pintamonas y chistosos sin donaire que se mofan de los estudiosos y de los maestros, se prodigan consagraciones vulgarizando la calidad de poeta, escritor y artista en un reparto desconcertante que alcanza a todo improvisado camandulero sin vocación ni aptitudes para el estudio. Por otro lado, la grey, en sus tres dimensiones, se deleita con su masturbación mental, de todos los días y de todas las horas, trajinando las perspectivas e incidencias de la cancha, el hipódromo y el “ring”.

V

Tales hechos están en la conciencia de todo observador sagaz; que puede comprobar quienquiera escuchando en torno suyo, por las calles, las plazas, los paseos, los cafés, las oficinas públicas, bancos, escritorios comerciales, trenes, tranvías, ómnibus, en cualquier parte.

No cabe negar, naturalmente, que la cultura (artística y literaria, sobre todo) es patrimonio de minorías, en todo país y en todas las épocas. Pero, aparte determinada clasificación de gustos y escuelas, cuya supremacía estará siempre a cargo de la posteridad, el nivel común de esas minorías ha guardado entre nosotros, hasta fines del pasado siglo, en relación con la masa inculta, cierta relativa proporción que no ofrecía desoladora inquietud. Se sabía, por ejemplo, que el analfabetismo era muy denso, pero el remedio sólo exigía fundar escuelas. Hoy, la incultura está en el noventa por ciento de los que han concurrido a las escuelas, colegios y universidades durante los últimos quince o veinte años. Y no llamo incultura a la falta de conocimientos especializados en tal o cual rama del saber. Hay incultura por gravitación de ambiente, por influencia nefasta de la indisciplina en el hogar y en el aula; hay desprecio de los finos modales, complacencia en las actitudes desvergonzadas, invencible pereza mental o aberración de la esterilidad del pensamiento, insuficiencia de lenguaje para articular correctamente los vocablos que ajustan una idea, cuya impotencia proviene de *no saber leer*, característica ésta de casi todos los que han cursado estudios superiores; existen, en fin, todos los síntomas de una delectación morbosa en "no parecer" bien educado: interesa ser "vivo", ingenioso, bullanguero y prepotente.

Quiénes se pagan de oropeles, pueden argüir que para apreciar nuestra cultura debe contemplársela desde otro punto de vista cuyas perspectivas alcanzan halagüeños y promisorios exponentes. Tal vez...; pero entiendo que el centenar de academias, universidades de barrio, peñas, centros culturales, teatros, conferencias y otras atracciones que congregan grupos más o menos numerosos, son simples valores convencionales que no reflejan calidad y eficacia. ¡Hay que ver cómo se conducen, oír cómo hablan y lo

que se dice en todos esos sitios donde se reúnen gentes de cierto rango que actúan en medios sociales aparentemente cultos! Me refiero, claro está, a las mayorías que, sin ser multitudes “espesas”, gastan un barniz que no resiste a la atmósfera de esas capas superiores; se resquebraja y surgen de inmediato el lenguaje y las maneras “de entrecasa”, con toda su indigencia idiomática y las más extravagantes aféresis, con su secuela de chistes y superficialidades, con mofa o indiferencia del respeto que deben al prójimo; de tal modo que resulta indiscutible la desproporción numérica entre los que concurren guiados por afanes de esparcimiento intelectual y los que, pese a su presencia, están de más porque nunca podrán asimilar una inquietud artística, literaria o filosófica.

Cabe señalar que hay contadas excepciones, especialmente en algunos conciertos, salones de artes plásticas y teatro extranjero, pero ¿qué es ello en la segunda ciudad latina del orbe? ¿Qué alcance o significación tiene, entonces, para apreciar nuestra cultura, la existencia de tantas agrupaciones o centros intelectuales que atraen cien, doscientas, trescientas personas y la mayoría de éstas van por motivos completamente ajenos al que debiera impulsarlas?

¿Qué interés despierta la bibliografía nacional, si las obras científicas o literarias —aparte las de media docena de autores consagrados por hábil publicidad— exceden las exigencias del país con ediciones de quinientos ejemplares? No cabe, ciertamente, desconocer que el factor más importante de esta indigencia lo constituye la falta de “editores” que, con capitales suficientes y amplio criterio de selección, estimulen y difundan las obras de muchos escritores que merecen ser divulgados.

Y como si tantos males fueran pocos, deben sumárseles los perniciosos efectos de la industria cinematográfica, a la que debemos un relajamiento incorregible de las costumbres y un poderoso estimulante de la delincuencia. Y, además, para concluir, tenemos las transmisiones radiotelefónicas, doloroso exponente de la degeneración a que puede llegar cierta posibilidad de arte autóctono cuando, por servir intereses bastardos, deriva sin escrúpulos hacia la zona donde florecen la estulticia, el sensualismo

atávico y otras manifestaciones de amargo desconsuelo para quienes pueden apreciar su perniciosa trascendencia.

Es que hay afanes y urgencias en concordancia con la época y con el nivel mental de las gentes. La superficialidad, la improvisación, la estridencia, son los signos tutelares en que se ampara la tribu "intelectual", cuya ineptitud se disfraza con postulados y problemas ajenos en absoluto a las vocaciones superiores. Y en este caos, donde es dificilísimo apreciar planos, relieves y colores, todo cruza vertiginosamente hacia no sabemos dónde, porque lo único que logramos percibir es la desarticulación de los valores morales y cierto estrépito delator inconfundible de bélicas avanzadas.

VI

Expone la verdad en estos términos quien, manteniéndose a distancia de círculos y escuelas, puede tamizar el análisis y establecer que nuestra cultura ha sufrido un retroceso en lo que va de siglo, cuyo desnivel sólo pueden apreciar los que han asistido a todo el proceso de su evolución. Y bueno es dejar constancia de que no empaña el juicio ese matiz sentimental fruto de añoranzas juveniles. Tampoco hay una condenación a ultranza de las nuevas formas de expresión ni de las modernas tendencias innovadoras, pues ellas equivalen a una racha fresca, necesaria siempre, para que avenge mohos y telarañas producidos por la anquilosis conceptual rutinaria y estrecha. No; tengo ventanales abiertos a los cuatro horizontes, en cuya amplitud, a ratos, el espíritu percibe un hálito renovador y se regocija ante la vibración sutil y vigorizante que trastorna el ambiente sedentario. Aunque a uno le esté vedada la facultad de adaptarse a nuevas formas, ya que inspira prevención el mariposeo a través de estilos que están fuera del propio dominio, no por ello puede negársele aptitud para percibir esa fascinante sugestión que en el ánimo ejercen algunas realizaciones de belleza dignas de jalonar etapas entre el maremágnum del "confusionismo" actual.

Es que ha sido muy grande el sacudimiento del mundo, y ha incidido en la mentalidad humana planteándole problemas a cuyo estudio y desarrollo se ha subordinado toda otra preocupación

de índole espiritual, artística y educativa; todo aquello que, pese a la influencia deletérea de los instintos y las pasiones, destaca eternamente su gracia inmaterial, embellece la vida y fundamenta la civilización.

Por eso entiendo que cuadra a los espíritus fuertes y superiores trazar un sendero luminoso para orientar a las generaciones cuya época les ha volcado, en el corazón y en el cerebro, ácidos corrosivos que les mordieron las alas; generaciones que están heridas, que no pueden tender vuelo, y se estremecen y se agitan en espasmos efímeros, en convulsiones de raras ideologías sociales y políticas o en redentores apostolados, que cambiarán el curso de la civilización, pero en cuya vorágine se pierde el concepto del arte superior y en cuya atmósfera se malogra irremisiblemente toda creación de belleza.

No es una voz o un ejemplo lo que puede encauzar esa corriente; es una acción conjunta, serena y desinteresada de los que manejan el "cuarto poder", ese periodismo "todopoderoso" que orienta multitudes y crea atmósfera propicia para el florecimiento de las más deleznables y efímeras empresas o levanta el ánimo de las muchedumbres en pos de un ideal caro a su sentimiento patriótico.

De ahí ha de venir la redención; y yo la espero porque llegará el instante de la náusea bajo la presión de la temperatura enrarecida por el materialismo desaforado, y habrá de apelarse a los otros valores antagónicos, que no se pesan ni se miden ni se cuentan, pero que arroban el ánimo, dilatan el horizonte e iluminan el sendero.

EMILIO MENÉNDEZ BARRIOLA.

Diciembre de 1932.

FERNAN SILVA VALDÉS

EN Sarandí del Yí nació un niño poeta. Sintió del chingolito, troperito de los campos, el “biti bío bío bío”, en las mañanas claras de primavera, cuando marchaba a orillas del pueblo, por “un camino que anda entre dos alambrados”. Fué un niño alegre, amigo de los muchachos del barrio, del “trompo zumbador”, de los camaradas de la escuela, con quienes jugaba al balero, partidos hasta mil; del campito frente a la casa, campito que no tenía dueño; del teru-tero, los nidos y de las estrellitas, “tropilla de un solo pelo”, que él buscaba en las noches claras o en aquellas que corría en busca de bichitos de luz para el hueco de sus manos vacías...

Pasaron los años. La rueda del tiempo no se detuvo un solo instante, ante una alegría honda, ante un dolor que se fuera arraigando de entraña en entraña. Lo mismo da. La vida lo tornó hombre, la vida le dió otros caminos, otras alegrías, en pago de un puñado de canciones buenas. La ciudad lo encontró un día; la ciudad vió en lo hondo de sus ojos, toda su infancia: la había traído el poeta desde Sarandí del Yí para prenderla fuertemente a sus labios: “Y es por eso que a mi boca bajaron todos los cantos”. La ciudad lo tornó hombre; calles lustrosas y edificios altos. Allá, en su pueblo pequeño y triste, la casa del hornero era la más alta y la más linda, era el vigía del pueblo indio. Él dejaba allá, a lo lejos, donde el caminito ya no tiene ni huellas, “un caserón primitivo con sus tejas coloradas atado, por un sendero, al gran árbol de la plaza”. Dejaba allá lo que vive a través de todas las etapas del tiempo; dejaba lo que pasa y no muere; lo que se nos acerca en silencio, despacio, cuando la niebla se cierra sobre los ojos y hay amargura de

ceniza sobre la boca; dejaba allá todo un eslabón del tiempo, como un sendero corto hasta el arroyo azul. No le engañó la ciudad con su moneda falsa. Al contrario, bajó hasta ella su pueblo y siguió viviendo su vida de aldea, sencilla, leal, noble. Recordando su infancia dió a los niños de la tierra indígena, lo mejor de su alma; lo más puro de su ternura; dió a beber los cálices llenos de su corazón y así, con la sencillez de una ronda niña, fué modulando su voz, suavemente, al oído infantil; puso música a sus recuerdos y así, como si Dios le devolviera su infancia, dejó libre su corazón al canto. Cuando se fué estirando a los sueños más hondos, cuando se fué entrando a la vida y los días grises se unieron fuertemente al collar de una tristeza, se acercó a las faenas camperas, las conoció en toda su honda realidad y supo, entonces, del vaivén típico de la carreta; de la rastra que el paso tardo de los bueyes, la va adormeciendo sobre los campos verdes.

Cruzó el arroyo azul, bebió del agua de las cachimbas y en las noches serenas se tendió, vuelta la cara al cielo, sobre el campo, en busca de una estrella: "Mi madre dice que todos poseemos nuestra estrella". Sarandí del Yí, dió ayer un niño poeta; Sarandí del Yí, ya tiene hoy su gloria: Fernán Silva Valdés.

Cantos de añoranza, cantos de una realidad honda que apretó contra la carne tibia de su sentimiento más puro. Poesía la suya de un ritmo suave, fácil, bello, dueño de un sentimiento hondo y leal; cauce límpido entre cañaverales verdes y bajo un cielo azul. Hábil tropero, trae con sencillez, pero con profundidad de contenido, a las imágenes, y las deja sobre una frase que se va deshojando en un pensamiento hondo. Pensamiento claro que lo teníamos entre los labios, pronto a expresarlo y que el poeta se adelantó, trayéndonos la imagen en un pomo suave que se va apurando lentamente.

Fernán Silva Valdés está unido a sus lectores por un puente sencillo: belleza. Y la belleza gusta al alma por igual. Belleza del alba, de los campos, de cantos olvidados, de ríos de cauce tranquilo, de cielo azul, belleza de naturaleza en flor, más grande que los hombres; belleza que nos ata fuertemente el sentimiento, en una confianza afectiva con el poeta. Fernán Silva

Valdés se ha unido, en un candor emotivo, por un puente sencillo, entre su alma y su palabra, entre la emoción interna, honda, subjetiva y la realidad exterior, pasajera y puramente objetiva. Va trayendo del cauce de su alma, los hilos claros de su poesía y los va dando a la pluma, de una manera sencilla, leal. Nada de neurosis exótica. Palpitación real, sueños hondos, poema que ha vivido intensamente; sentimiento que se ha gustado un instante y que sin embargo nos ha dejado una emoción capaz de dar un canto, de vivir un recuerdo, de matar un silencio...

Fernán Silva Valdés constituye con su añoranza afectiva, con su belleza y su calor tibio por la vida leal, toda una época sincera y emotiva en que los hombres se reunían alrededor del "viejo y venerado maestro a quien solían llamar Próspero", escuchando su voz, "el término ideal a que asciende la selección humana, rectificando en el hombre superior los tenaces vestigios de Calibán, símbolo de sensualidad y torpeza con el cincel perseverante de la vida", o bien, junto al fogón; junto al arroyo azul, sabiendo que la vida es sencilla y buena y que la belleza es un regalo de Dios a los hombres buenos. Las poesías de Fernán Silva Valdés nos traen el perfume fuerte de los campos en flor, el canto de las calandrias, el silbar de los chingolos y por "allá, en la tardecita, dentro del espacio azul, millares de bichitos de luz, que están jugando a la mancha". Poesía de naturaleza sana, de paisaje agreste, gusta como la fruta madura, como una puesta ardiente de sol... Amigo de los niños, ama a todos en su hijo Yuyo y les va cantando las canciones más bellas, que también escuchó en su pueblo; puñadito claro de sensaciones que sentimos ante los coros de la ronda, la corneta que colea; ese mismo placer niño, que no ha muerto y revive en nosotros, ante un canto que también cantó nuestra infancia.

El poeta noble, puro, siente a veces el dolor que le han hecho los hombres en la ciudad. Y hay una melancolía suave, tierna, en los ojos tristes del poeta. Como si el vidrio de sus lentes se empañara del cielo de una tarde gris, como si la niebla al cerrarse sobre ellos, le dejara un paisaje triste, desolador. Pero no es amigo de rencores; los odios no se aprenden junto a los ríos anchos como el mar, en medio de las sierras, de los

campos fértiles; las miserias morales no entraron en el poeta grande da Sarandí del Yí.

Y pasa dando tumbos la rústica carreta.
 Un arroyo risueño,
 quiere atajarle el paso con su cinta celeste;
 caen al agua las ruedas, y el arroyo que es bueno
 —pagando bien por mal—
 en su propia agua herida le va colgando flecos.

El también en las etapas de su vida, pagó con canciones bellas el dolor que a su alma le dieron los hombres. Como si recordara siempre aquellas palabras del maestro:

Aprendan muchachos;
 de esta pareja de amigos
 tienen algo que aprender:
 de uno a saber ganar,
 de otro a saber perder...

una "vez que se pelearon, dos muchachos a trompadas", por un partido de balero, creo que a mil. En esta poesía titulada "Balero", el poeta nos muestra su profunda nobleza, más fuerte que el ocaso gris del desencanto; el carácter de su alma hecho flor por la generosidad de su perdón, al decirnos sencillamente:

Jugaba bien el muchacho,
 jugaba mejor que yo.

Pero al correr del tiempo otra partida debía tenerlo a él como vencedor. Jugando mano a mano y sentimiento a sentimiento, con la belleza, ganó la gloria de un nombre que en su tierra representa uno de los valores más puros de la literatura.

*

Encontramos muchas veces a Fernán Silva Valdés, triste, pensativo, recorriendo las calles de la ciudad, escondidos sus ojos bajo el ala ancha de su sombrero; paseando sus ojos más allá de los límites que se aprietan sobre los ojos; soñando en aquel otro horizonte, dónde vió florecer su adolescencia.

Fernán Silva Valdés es uno de los valores más puros de América; hay en toda su obra un fondo generoso, un optimismo sano, una verdad o una amargura; una ciencia clara de la vida, de hombre que viene ya de vuelta, camino del retorno.

Su realidad es fuerte y bella, no hay en ella la crudeza que ras-trea belleza ni el sensualismo que aleja al poeta de su verdadera misión... Hay un hombre que ama, siente, sufre y ha sido besado desde la infancia por Dios.

Con el sombrero gacho puesto sobre los ojos,
por el campo, en la noche, sin saber hacia dónde
voy andando, andando,
detrás de la estrellita roja de mi cigarro.

Y por el mismo sendero andaba las horas el poeta, llevando oprimida una pena, que en la noche, sin otra compañía que el silencio, se va apurando mejor; o bien sobre el campo fresco de rocío, contando las estrellitas, pidiendo tres cosas bellas a la fugitiva. "Mi madre dice que todos poseemos nuestra estrella". El la halló brillante y pura una vez que en la noche salió del pueblo por "un camino que anda entre dos alambrados" y desde entonces ganó a la belleza, al sentimiento, muchos "partidos de a mil".

*

Antes de terminar esta charla literaria sobre este gran poeta americano, yo quisiera insistir en algo muy interesante en la producción de Silva Valdés: sus libros para niños. Y ahora puedo hablar, dejando toda modestia, con verdadera autoridad. Casi siempre se cree que basta poner en el libro: "Versos para niños", o bien que ellos sean adquiridos para tal efecto, para conseguir su verdadera finalidad. Y yo bien sé que eso no es cierto. La infancia no sabe de metáforas, de ritmos rebuscados; el que escribe, expresa su sentimiento, pero ese sentimiento para que llegue al niño, tiene que venir en la palabra sencilla y en el acento emocionado. Más aún, tiene que identificarse en sus juegos, en sus dichos, en sus rondas, en sus cantos, en sus pasajes diarios, y el hombre que escribe se encierra en su estudio, se pega a su mesa de labor y sólo siente a la distancia, como un solo eco, una risa o un llanto infantil. Hay que entrar a la ronda, hay que entremetarse en los juegos, hay que estar junto a los niños, para poder llegar a ellos por el camino de la emoción. El poeta tiene que ser un muchacho más; un compañero que tenga sus mismos anhelos, sus mismas inquietudes. Y eso es Fernán Silva Valdés para todos los niños. En la biblioteca de mi clase

hay muchos libros de poesías de este poeta nuestro. Yo no necesito imponerlos, no necesito buscar la atención de ellos, pues son ellos los que me piden versos de Silva Valdés. Ellos son los que gustan la emoción del balero, los bichitos de luz, la cometa, ellos, que los recitan en las ceremonias escolares, los aprenden para decirlos a sus familiares y hasta muchísimas veces, encabezan una composición con una imagen del poeta. En los años superiores, en plena adolescencia, cuando se van apartando de los juegos, cuando entran en esa tristeza o melancolía prematura, pueden gustar de las poesías o de las prosas que infinidad de autores han escrito, pero cuando se es bien niño, así, desde la primer clase hasta el quinto año, Silva Valdés es una especie de Dios, el preferido por ellos, absolutamente. Y poco, muy poco, logro yo, trayéndoles otros libros de poesías; en la elección definitiva, suena la dulce voz infantil: —Me llevo éste señorita, de Fernán Silva Valdés. Lo mismo sucede en las niñas con los versos de Juana de Ibarbourou, sobre todo, en el período adolescente. Son los dos poetas de mi tierra que los niños aman sin sugerencias de los mayores, sin explicaciones previas, sin imposiciones; ellos los buscan, ellos los estudian y ellos los recitan. Yo pediría a este gran poeta, como he pedido a Juana de América, que nos dé un libro en prosa, para los niños. Ellos que tienen el don de la palabra sencilla, la dulzura del acento, ellos que jugaron con sus hijos y que aprendieron en el campo abierto, lejos de la ciudad gris, a correr en busca de los bichitos de luz, ellos que tienen el apoyo de los niños en su enorme ternura. Yo pediría a Fernán Silva Valdés, que continuara escribiendo siempre para los escolares, para estos pequeñuelos que no tienen libros dulces, para éstos que están librados a la lección de los mayores, casi siempre de caras serias y ojos tristes. Páginas infantiles, benditas sean en su pura emoción y en su honda dulzura; que los hombres buenos, los que aun pueden entrar en las grandes rondas de los coros alegres, no dejen entrar al salón tibio de la clase, sobre todo de las primeras clases, esas páginas que los hombres graves escriben encerrados en sus estudios, pegados a su mesa de labor. Yo tenía especial interés en destacar esta producción de Fernán Silva Valdés, porque yo sé hasta dónde es buena y hasta dónde la quieren los niños.

Y termino, repitiendo con toda mi lealtad:

Fernán Silva Valdés ha dejado de ser uno de nuestros grandes valores, de nuestros grandes poetas, para convertirse en uno de los máximos de América, en esta América india, pródiga en belleza.

Respetar, amar y difundir su obra, nos corresponde a nosotros, a los jóvenes de hoy, que venimos sin hastíos ni rencores para nadie.

ANA AMALIA CLULOW.

Montevideo, 1933.

LA SOCIALIZACION DE LA TIERRA

A grandes males, grandes remedios. Ciertamente ésta es la época de las reformas salvadoras. Si a pesar de ellas la humanidad naufraga en el caos social, descendiendo a los tiempos en que la fuerza fué la suprema ley —no sé si para resurgir más tarde a nuevas formas de existencia—, el hombre deberá confesar su impotencia para torcer el rumbo de la historia, si acaso no es el influjo de los astros, entiéndase éste como se quiera.

Las principales soluciones propuestas o ensayadas el lector las conoce. En torno de ellas está entablada una terrible batalla, que ya no es sólo polémica de parlamento, de prensa y de libro, sino guerra cotidiana, en las grandes ciudades, de cachiporras, pistolas, granadas y ametralladoras. Y guerra tal, que empiezo a no distinguir bien en qué se diferencia nuestra época de bandas de asaltantes, no ya en caminos y despoblados, sino de bancos y hogares, y de facciones armadas resueltas al exterminio recíproco, de aquella en que se disolvió el mundo antiguo para reconstruirse en el correr de los siglos sobre los cimientos de la iglesia y el feudalismo.

¿Vamos a otra Edad Media de automóvil, avión y turbina? Quizá; y aún el espíritu se sobrecoge perplejo cuando ve que el hombre, confundido y asustado en medio de sus propias invenciones —tal como le ocurrió al aprendiz brujo con su escoba mágica— quiere parar las máquinas y volver en la misma industria, no solamente en la agricultura, al trabajo lento de la máquina humana; o si recuerda que en Rusia, en el desorden y desorganización que sobrevinieron a la guerra, se vió destruir o herrumbrarse inactivas como juguetes de niños, las maravillas de la técnica, paralizarse el tráfico ferroviario y retroceder la sociedad al bandolerismo y a las tallas de peaje a lo largo del curso de los

grandes ríos. En cuanto al comercio, vuelve al trueque de especies aun en los Estados Unidos, cuerpo gigantesco movido por Wall Street, tierra por antonomasia de los giros telegráficos, del *clearing* y de las instituciones bancarias. (1)

Mientras tanto, teóricos y políticos siguen recomendando los remedios ya clásicos o los novísimos escogitados por la farmacopea política de circunstancias. Cuéntanse ya entre los primeros, el comunismo, el socialismo y el sindicalismo, diversamente combinados y rectificadas para amoldarse a los hechos, más prepotentes que las doctrinas.

Con la baja del precio de los cereales en los mercados del mundo y con el cierre de éstos a nuestros productos agrícolas y ganaderos, la crisis universal ha adquirido caracteres peculiares en la Argentina, que tal vez encuentre, si no remedios inmediatos, al menos paliativos también propios.

Nos propone uno de esos remedios el libro que C. Villalobos Domínguez ha titulado *Bases y métodos para la apropiación social de la tierra* (Buenos Aires, 1932).

Villalobos Domínguez, publicista, dibujante y profesor de nuestra Universidad, es bien conocido de los lectores de NOSOTROS, porque es uno de los más antiguos y asiduos colaboradores de esta revista. Sus libros, también éste que comento, están formados en buena parte por ensayos antes publicados en NOSOTROS. Por consiguiente el lector conoce su doctrina y la tenacidad que pone en sostenerla. Villalobos es un georgista que funda su adhesión incommovible a la doctrina genialmente desarrollada por el ilustre pensador de *Progreso y Miseria*, y su fe ardiente en las incalculables consecuencias sociales de su implantación, en un conocimiento cabal de la vasta obra de aquél, llevado hasta la asimilación más completa. Y tanto, que Villalobos, sin duda el teórico más autorizado del georgismo en la Argentina, ha propuesto a la doctrina del maestro correcciones y ampliaciones que merecieron ser discutidas y reconocidas válidas por entendidos publicistas extranjeros. Pasó por los partidos socialistas, pero no pudo

(1) Escritas estas líneas, se ha producido en Alemania el advenimiento amenazador de Hitler al poder con la instauración de la dictadura y el desencadenamiento de la guerra social, y en Estados Unidos el formidable pánico bancario: otros dos siniestros interrogantes.

permanecer en éstos por una disidencia fundamental que sorprende él haya considerado, al afiliarse, de valor secundario.

Individualista y liberal insobornable, partidario de la libre competencia, con la sola excepción de las industrias monopolísticas, spenceriano, debía repugnar forzosamente a su concepción social cualquier forma de estatismo, cualquier intervención del Estado en el libre juego de los factores económicos, cualquier coerción legal del derecho de vender, adquirir y usar. No es por la vía de la legislación del trabajo ni mediante las reclamaciones e imposiciones sindicales, por donde se llegará, a su juicio, a la armonía de las fuerzas económicas en conflicto. ¿Cómo, pues, él se afilió sucesivamente a dos partidos socialistas? Moviolo al principio su anhelo de justicia, que hizole buscar las filas de donde dar batalla al privilegio, y atrájolo una conducta política animada por razones de interés general antes que por móviles personales o de grupos; luego, cuando conoció a Henri George y entró a meditar sus libros admirables, creyó que el socialismo, el cual, en la Argentina, por obra principalmente de Justo, había incorporado algún principio georgista sobre la función de la renta del suelo, podría ser el partido que hiciese triunfar la buena doctrina en relación a la propiedad de la tierra y a la absorción de su renta por el Estado. Por el mismo motivo se apartó del Partido Socialista, cuando lo vió vacilante, contradictorio e incoherente en lo tocante a resolver el problema agrario, inclinado más bien a multiplicar con criterio pequeño burgués, los propietarios permanentes del suelo; así como más recientemente debía por fuerza acentuarse su divorcio ideológico con el Partido Socialista Independiente, hasta llegar al inevitable conflicto —a medida que se acentuaba su liberalismo georgista y su posición adversa a las soluciones socialistas y laboristas. Su error fué, sin duda, suponer que los demás no tuvieran tan firmes sus ideas como él las suyas.

Porque Villalobos, en tratándose de ideas, no cede una pulgada. Podrá ser contemporizador, por razones tácticas, en el campo práctico; pero no está dispuesto por oportunismo a ninguna transacción teórica ni a admitir que se equivoque o tergiversar una sola sílaba en su pensamiento. No le diré fanático, pues su fé nace de una convicción científica; pero está hecho de la pasta con que se hicieron los místicos y cruzados. Y sin embargo es el

hombre menos dado a perderse en ensueños y vaguedades. Una lógica cerrada; un robusto sentido de la realidad: dos más dos son cuatro. Sabe descubrir el lado débil del argumento adversario y probar su inanidad; sabe hacer patentes las soluciones erradas e ineficaces. No teme aparecer paradójico o herético si tal es su verdad, no por capricho o presunción; por eso tampoco desdén el buen sentido de Sancho, si él coincide con los hechos y la razón. No sé si este hijo del yerno zamorano, hubiera mandado a nadie en el siglo XVI a la hoguera, porque pacífico y bueno, sabe distinguir en la medida de lo humano, las ideas que él juzga erradas, de los hombres que las sustentan; pero de lo que estoy seguro es de que él sí hubiera muerto en la hoguera.

Aunque por su esfuerzo el georgismo en la Argentina se ha depurado de algunos errores teóricos y tácticos en que lo esterilizaban los partidarios del impuesto único, quienes sin embargo no deben ser olvidados en esta empresa (fundó Villalobos el Partido Liberal Georgista, al lado de los doctores Eduardo Beláustegui, Wilfredo Solá, Arturo Capdevila y otros) y por él ha ganado esta idea más de una inteligencia y una voluntad, sus progresos no son tales como podría esperarse de su constante afán proselitista, apoyado en tan convincentes razones. Es que militan contra la pronta difusión del georgismo varias circunstancias adversas que examinaré brevemente. Bien sabido es que los partidos políticos que propugnan reformas sociales avanzadas reclutan a sus adeptos, sobre todo en los grandes centros urbanos, entre las masas populares. Todos los propagandistas políticos saben qué difícil y penoso es iluminar con ideas la cerrazón mental de la gente de las pequeñas poblaciones del territorio, cuanto más de los trabajadores de la campaña. Ahora bien, el georgismo es una doctrina que no conmueve a los obreros de las grandes ciudades, porque les ofrece hechos e ideales distantes de su experiencia y de su corazón. Las condiciones del trabajo, la organización de los trabajadores, el salario, el descanso, la asistencia social, el costo de la vida, los impuestos y las cuestiones políticas como el voto, el divorcio, el militarismo, la influencia de la Iglesia, solicitan más vivamente la atención de obreros y empleados que la cuestión de la tierra, que no se les aparece vinculada a sus necesidades e intereses inmediatos. Agréguese a esto que Villalobos

Domínguez es un eficaz propagandista de ideas, pero por medio de la pluma, no siendo orador, y lo mismo que él los más destacados georgistas argentinos, y las doctrinas políticas y sociales llegan al corazón de las masas, casi exclusivamente por obra de los tribunos. Falta de resonancia, pues, en las ciudades, y penetración lenta en la campaña, donde debe combatir con el concepto arraigado en el chacarero y en quien aspira a serlo, de la suprema bondad del fraccionamiento de la tierra adquirida en propiedad. Sin embargo es en las pequeñas poblaciones del interior y también en los campos, donde, todavía dispersas y aisladas, comienzan a sonar voces concordes con las del valiente y reducido núcleo georgista de la capital. El cual, no contando con un ejército de oradores, como se necesitaría para levantar una tribuna en cada pueblo de la República y en cada almacén de campaña, debe valerse del periódico (fundó Villalobos *El Liberal Georgista*) siempre de circulación limitada y de vida precaria, y asimismo, como los Apóstoles, de las epístolas a los fieles y a los infieles, a veces la simple carta privada que conforta la fé del prosélito perdido en la inmensidad del territorio. Porque la prensa grande tampoco está muy dispuesta a prestar sus páginas para la difusión de una doctrina tan subversiva bajo su mansa superficie, cuando nadie la obliga a ello, no solicitándole esa lectura sus masas de lectores; y el silencio de la gran prensa no se sustituye así como así, con la revista, el opúsculo y el libro.

Pero la buena doctrina a la larga o a la corta debe forzosamente triunfar, y lo prueba el hecho de que a pesar de las vacilaciones y las contramarchas, la han incorporado en parte o totalmente a su programa, no sólo nuestros partidos socialistas, sino también otras agrupaciones políticas. Cuando medimos el camino andado por el georgismo en la Argentina en los últimos lustros, manifiesto a veces en pasos aparentemente insignificantes, pero que abren picadas en la selva del prejuicio, que parecían impene- trables y serán mañana anchas avenidas, se comprueban progresos sorprendentes. Tal es el valor de la convicción y la fé: *pulsate et aperietur vobis*.

*

* *

La solución teórica es conocida. Villalobos la propuso ya desde 1919 en su libro *Evitemos la guerra social* (Ed. Tor, B. A.).

Bajando a la liza como decidido antimarxista, antiooperativista y antisindicalista, y negando toda virtud a la legislación llamada social o del trabajo; pero alistándose, no en el conformismo burgués ni en la reacción conservadora, sino entre los partidarios de la emancipación económica del hombre, señalaba en ese libro como una solución realmente *avanzada*, "constructiva, justa, permanente, profunda, práctica, inmediata, humana, sencilla y de hermosas e inagotables perspectivas", la contenida en la doctrina de Henri George, es decir, la confiscación total si bien gradual de la renta del suelo y el mantenimiento en propiedad privada de cualesquiera otros bienes.

Este "socialismo individualista" enténdalo compatible con el régimen republicano y democrático y realizable sin violencia dentro de nuestras instituciones, por fuertes imposiciones legales que Villalobos, entonces, con rosado optimismo, creía fácilmente aplicables.

Ciertamente la doctrina georgista, que sus partidarios argentinos han enlazado inteligentemente con la reforma agraria rivadaviana, encontrándole así un honroso antecedente nacional que no debe repugnar a ningún patriota, ofrece perspectivas seductoras. Algunas de ellas las describía Villalobos con sumaria elocuencia en su ensayo de 1919: yo también, sin creerla una panacea social, pienso como él que, arrendada la tierra por el Estado según un cánón movable y en pública subasta a quienes quieran trabajarla, poseyéndola para fecundarla, pero no en propiedad, y reteniendo el Estado la renta del suelo para grandes fines útiles colectivos, serían incalculables los efectos de tal revolución tanto en la agricultura como en la industria, hasta transformarse fundamentalmente la vida económica y social. Me llevaría mucho tiempo analizar esos efectos (libre acceso a la tierra, fomento de la granja, formación de una clase próspera de labradores, descongestión de las ciudades y por consiguiente mayor demanda de trabajo, etc.) ni tengo porque repetir aquí a George, a Tolstoy, a nuestro autor y demás autorizados expositores de la doctrina. Pero, distanciándome de él, veo en cambio las inmensas dificultades que se oponen a la realización integral de la idea, sin zozo-

bras ni violencias. Hombre de fé entera, no atado por prejuicios ni intereses, él parece suponer que la fuerza y evidencia de los argumentos económicos y las felices consecuencias que derivarían del georgismo, bastan para arrollar todos los obstáculos que puedan oponérsele. Sin duda se equivoca. Es tan grande la revolución que él propugna, son tantos y tan prepotentes los intereses amenazados por ésta, que son inimaginables las barreras que se levantarían contra el triunfo de la doctrina. Ahí queda como ejemplo bastante reciente, el fracaso en la ciudad de Buenos Aires, en 1923, de la ordenanza general de impuestos, de espíritu georgista moderadísimo, votada por la mayoría del Concejo Deliberante, en la cual me conté, a pesar de haber sido sostenida la reforma por el Intendente Municipal doctor Noel y su secretario el doctor Ravignani, y autorizada al principio por el presidente Alvear.

En casos tales, todos los perjudicados, coligados estrechamente y aliados a la ignorancia y al prejuicio de la mayoría, movilizan prensa, abogados, influencias políticas, jueces, esgrimen códigos, leyes, constituciones y oponen una valla infranqueable de palabras e intereses a la reforma mejor inspirada. ¡La propiedad de la tierra es intangible! Los que la gozan no se dejarán desposeer sin resistirse. Es inútil que el georgista piense: yo vengo a traer la paz y no la guerra. Cuando, de la discusión doctrinaria en círculos limitados, la cual todavía no constituye una seria amenaza, pase a la acción decidida, ya se encontrará con la guerra, y el inocente teórico que no predica la violencia y proclama su devoción a la ley, se verá perseguido como el más abominable enemigo de la sociedad.

Estas reflexiones no están encaminadas a desalentar a ningún luchador o propagandista, sino a señalarle los peligros de la ruta y a ponerlo en guardia contra la engañosa confianza.

Aun manteniéndola entera y robusta en el triunfo de su doctrina, paréceme que Villalobos en su último libro no alienta ya el optimismo algo panglosiano de 1919, que haciale esperar del presidente Irigoyen y de su partido, la audaz reforma fiscal que llevase a la implantación del georgismo. Por eso, uno de los ensayos del libro está destinado a exponer, como hemos de ver, "un método políticamente realizable para la apropiación social de la tierra". Precédenle dos trabajos no menos importantes para

fijar ideas en la materia. El primero bate en brecha con argumentos breves y eficaces "el sofisma de la pequeña propiedad", demostrando que el progreso técnico, económico y moral en el trabajo agrícola, no deriva de que la tierra sea propiedad del agricultor, sino de la estabilidad del mismo en la parcela que pueda trabajar, estabilidad que puede ser garantizada al individuo por el Estado lo mismo bajo el principio de la propiedad privada como bajo el de la propiedad común, siempre que la tierra sea concedida en arriendo a largos plazos, aun a título vitalicio, al mejor postor, en libre concurrencia. Muestra este ensayo asimismo las consecuencias desgraciadas de toda política dirigida a *donar* las tierras por el Estado, expropiándolas mediante empréstitos servidos de rentas generales, así como la injusticia que habría en confiscarlas para repartirlas de diverso modo, tanto más que en un lapso mayor o menor el pequeño agricultor queda en propiedad de su reducida fracción sólo en apariencia, pues aunque lo parezca nominalmente, de hecho los verdaderos dueños son sus acreedores hipotecarios, instituciones de crédito o empresas acaparadoras.

El segundo ensayo propone una corrección a la doctrina de Henri George, para salvar en ella una contradicción importante. George no proponía comprar ni confiscar la propiedad privada. Por razones prácticas y de oportunidad dejábales a los particulares nominalmente la propiedad de la tierra, pero les confiscaba la renta de la misma, o casi toda, eximiendo así al Estado de la tarea complicada de administrar y arrendar la tierra pública. Villalobos no admite la transacción: por razones teóricas de consecuencia, puesto que George señaló repetidas veces la injusticia de la propiedad privada de la tierra, y por razones prácticas, porque el crítico, apoyándose en el mismo George, está por las tesis resueltas e intrépidas, más capaces de suscitar el entusiasmo proselitista, y no por las medias verdades que desnaturalizan la gran verdad defendida. El no juzga más expuesto al abuso y al favoritismo el arriendo de la tierra y el cobro de la renta por el Estado, que la fijación del pago de ésta por los particulares. Prevé además que en el primer caso supuesto, la estabilidad del agricultor, fuente de todo progreso económico y social, será más segura. Por estas razones sostiene en toda su audaz amplitud el gran principio de la comunización de la tierra a que deberá llegarse por su confis-

cación gradual, con obligación constitucional por parte del Estado “de arrendarla en pública subasta a los particulares, uniformando por zonas el precio de arriendo de las de valor muy aproximado”, y de garantizarles su ocupación vitalicia, lo mismo que su facultad de abandonarlas cuando lo deseen, indemnizándoles todo lo tasable que quede fijado en el terreno. No, pues, la renta pagada por los propietarios del suelo, el tan traído y llevado “impuesto único”, reforma fiscal todavía sustentada por alguna asociación georgista argentina, sino georgismo extremo y pleno, en cuanto concilia los beneficios del libérrimo uso individual de la tierra con la socialización de su propiedad y usufructo común de su renta. Tesis extrema perfectamente conciliable en los propósitos de Villalobos con un método gradual o evolutivo para su implantación.

La finalidad habíala señalado Spencer en su *Estática Social*, más decidido en esto que George; falta ahora señalar cómo llegar al objetivo, lo que Spencer no supo indicar ni han sabido resolver de un modo definido así los gradualistas como los partidarios de la absorción repentina de la renta.

Ese método cree haberlo encontrado Villalobos. En primer término señala el impuesto gradualmente creciente sobre el valor de la tierra, que es la posición adoptada por los georgistas argentinos; en segundo término propone una ingeniosa adaptación del impuesto a las herencias, a la que él considera su contribución más valiosa a la causa georgista. El examen de este “método políticamente practicable para la apropiación de la tierra” constituye el ensayo central del libro. Habla Villalobos de *recuperar* la propiedad de la tierra, no sin razón, digo yo, porque en el caso de la tierra argentina se puede fácilmente averiguar cómo fué en gran parte dilapidada por los gobiernos, a fuerza de vastas concesiones por servicios militares o de otro orden, o arrebatada más o menos inescrupulosamente por los especuladores de la banca y la política. Propone él que sea recobrada por medio del impuesto sucesorio, tomándolo como un hecho consentido cuya justificación teórica no entra a discutir. Hoy se paga dicho impuesto en dinero: ¿por qué no hacerlo en *especie*, en tratándose de la transmisión de inmuebles? En cada sucesión, habiendo que liquidar tierras, una fracción de éstas pasaría al Estado, el cual las

arrendaría del modo ya dicho, sin perjuicio de que los mismos herederos tuviesen preferencia como arrendatarios en condiciones iguales. Dice: "Se comprende, pues, que de esa manera coexistirían en el país dos sistemas: el acostumbrado de la propiedad individual de la tierra y el nuevo de carácter plenamente georgista, con un gradual aumento de la cantidad de tierras sometidas al segundo y correlativa disminución de la cantidad de ellas sometidas al primero.

"Se realizaría así un proceso de colonización interior sobre nuevas bases, salpicándose cada vez con mayor densidad, por toda la extensión del país, al azar de las defunciones de propietarios, los islotes de *concesiones vitalicias*: las fincas entregadas a cultivadores autónomos en relación directa con el Estado como arrendatarios permanentes".

Me llevaría mucho espacio examinar todos los argumentos que aduce Villalobos en favor de este método de apropiación, el cual merece, a mi juicio, ser contemplado por el legislador, pues su aplicación no levantaría tantas protestas, siendo ya cosa admitida la confiscación de parte de la herencia. Las objeciones surgen en seguida, también los problemas; pero este teórico que sabe descender de las generalidades a lo particular y concreto, las refuta una a una con argumentos dignos de ser tomados en cuenta. Un problema, antes que ningún otro, se plantea ineludible: el de las tierras con mejoras, si el Estado sólo se propone apropiarse de las primeras, reconociendo el valor de las segundas. La solución indicada puede leerse en el libro.

En 1927, en un librito muy interesante, rico de ideas y sugerencias, titulado *La liberación de la tierra pública*, "saeta lanzada a la luna", el escritor Carmelo Bonet, también él georgista, proponía, bajo el seudónimo de Cándido Semeur y en coincidencia por aquel tiempo con Villalobos, el mismo "retoque a la actual ley de herencias". Sin embargo, este método que resulta viable a más de un georgista, ha sido criticado por un destacado militante, el ingeniero Nicolás Besio Moreno, presidente de la Asociación Georgista Argentina, en los *Anales de la Sociedad Científica*. Escribe Besio Moreno:

"El mayor inconveniente del método que propone Villalobos consiste en que el Estado vendría en posesión de la tierra total

en forma asintótica, esto es al final de los siglos, porque siempre lo que pasaría al Estado sería una parte mínima de la posesión particular. Así, suponiendo que la trasmisión se hiciera cada tercio de siglo y alcanzara a una décima de la herencia, resultaría que 1000 hectáreas darían 100 a los 35 años, 190 a los 66, 271 al primer siglo, 470 al segundo siglo, 617 al tercer siglo y 718 al cuarto siglo; esto es, después de cuatro siglos todavía habría en poder de particulares más de la cuarta parte de tierra, y después de 10 siglos aun habría en poder de particulares 42 hectáreas de las 1000 primitivas. ¿Y quién puede asegurar la supervivencia de un sistema por siglos? Auméntese el impuesto sucesorio, disminúyase el período de sucesión, siempre resultarán siglos. Aunque el impuesto sucesorio fuese el 25 %, a los cuatro siglos aun faltarían 30 hectáreas”.

Villalobos no se arredra ante la objeción. No pretende llegar por el método indicado a la *total* apropiación de la tierra, ni parcelar las tierras no subdividibles prácticamente, entre las cuales suelen estar las urbanas, todas las cuales se liquidarían en los juicios sucesorios por los procedimientos habituales. El sistema se aplicaría a los latifundios y no a las unidades agrarias normales. Su propósito “es conseguir gradualmente la recuperación social de la mayor parte de los campos, poblándolos de granjeros concesionarios”: “el plan conservaría el número aproximadamente, de los propietarios actuales, *pero reduciría grandemente la cantidad de tierra sujeta a propiedad privada* (el subrayado es suyo). “Cuando este efecto se hubiera conseguido, afirma, la experiencia popular sobre las ventajas del régimen de la propiedad pública sería tan marcada, que fácilmente sería admitida entonces la implantación del impuesto georgista sobre el valor de la tierra, para convertir también en propiedad pública las tierras de las restantes pequeñas fincas rurales y las urbanas en general”. Es decir que su fe en la bondad del sistema de las concesiones, atribuye al mismo también un incalculable valor docente, de persuasión, que irá allanando prevenciones y resistencias a la total comunización de la tierra. Por las mismas razones descarta como insuficiente la objeción que yo verbalmente le he presentado, de que en las liquidaciones de las herencias, el fisco por ahora vendría a recibir, probablemente, la tierra peor ubicada

o menos fértil. Aparte de que esta inferioridad es relativa, su lema podría concretarse en un "venga tierra para el Estado, sea la que sea, que toda ella irá perteneciéndole con el tiempo".

El crítico siente el deber de señalar las objeciones posibles, porque el problema por su gran trascendencia, merece un atento examen, cuyas soluciones deberá recoger el legislador. Ningún problema más importante y urgente para la Humanidad, a juicio de nuestro autor, sin que le valga cualquier otro de cualquier orden científico que sea.

Con él se vinculan los demás ensayos contenidos en este libro, en los cuales con idéntico criterio georgista y abundancia de argumentos, se encara la cuestión de los yacimientos petrolíferos, cuya explotación deberá conciliar la comunización del subsuelo y su pertenencia al Estado con los beneficios de la libre competencia industrial; o "la inoportunidad del librecambio" —la denuncia un librecambista convencido— hasta tanto no sea resuelta la cuestión de fondo, la absorción de la renta del suelo por el Estado; o el concepto corriente sobre "imperialismo económico", y en especial sobre el imperialismo yanqui, que lleva al autor a plantear la cuestión de los empréstitos, contra todos los cuales, incluso los internos, se manifiesta abiertamente contrario por inflexibles razones doctrinarias derivadas de su concepción fundamental. Admitida ésta, por rigor de lógica es forzoso admitir las consecuencias deducidas y examinadas en dichos ensayos. Desde luego, siendo otra la realidad social, otros los hechos, no todos podríamos adherir actualmente al punto del programa del Partido Liberal Georgista propuesto por el autor de este libro, que decía: *Prohibición al Gobierno para contraer deudas*.

El último ensayo tiene un carácter más filosófico. Se analizan en él los fundamentos del derecho de propiedad, para llegar a conclusiones concordantes con la sustentada por el autor: derecho de la sociedad a la propiedad de la tierra, lo que asegurará a todos los hombres el disfrute de los elementos naturales que la tierra produce.

Bien se ve por este rápido resumen cómo este libro de Villalobos Domínguez tiene una indudable significación en nuestra literatura política. Negársela sería palmaria injusticia. Pasar junto a él indiferentes, mostraría o despreocupación por las ideas

o propósitos mezquinos e interesados. El que quiera invalidar sus argumentos, debe discutirlos. No soy economista y no alcanzo a ver —ni sé si lo alcanzan los georgistas más clarovidentes— todos los efectos y reacciones de la apropiación social de la tierra. Aunque adhiero a su doctrina, me temo que Villalobos simplifica con ella el problema social, ni tampoco veo la imposibilidad de llegar en sucesivas etapas del desenvolvimiento humano a formas de economía planeada y dirigida que resuelvan y supriman las contradicciones e iniquidades de la economía burguesa. El Capitalismo, hablando con rigor, no muere —tiene razón Villalobos—; pero evoluciona y es susceptible de admitir junto a la indesarraigable y necesaria iniciativa privada, formas de cooperación y de organización de la producción y de los servicios públicos y de distribución de los productos, en las que el interés colectivo, racionalizado, domine sobre el provecho individual. Villalobos desdeña el experimento ruso, al que da por fracasado. Yo no, a pesar de los errores, las rectificaciones y las contramarchas inevitables en estos grandes procesos históricos. Tiempo al tiempo, y no afirmemos tan dogmáticamente que la naturaleza humana no admite otros impulsos que los que producen un provecho egoísta. Esto me llevaría a considerar los resortes psicológicos del inmenso esfuerzo que hoy se realiza en Rusia; pero sería alejarme mucho de mi asunto y extenderme impertinentemente. A tal propósito no quiero dejar de recordar que nuestra literatura política se ha enriquecido recientemente con un libro de exposición razonada del experimento ruso, merecedor asimismo de ser leído con atención: el que bajo el título de *El Continente Rojo* ha publicado el doctor Augusto Bunge, escritor y legislador socialista, no extraño él tampoco, según entiendo, a las inquietudes del georgismo.

Valoremos estos esfuerzos que nos dignifican. Dije también que el libro de Villalobos nos proponía un remedio para nuestros males, si de raíz universal, de caracteres muy peculiares, pues son los que aquejan a un país de latifundios y vastas explotaciones, agrícola y ganadero, que ha visto descender vertiginosamente el precio de los cereales y de las carnes y por consiguiente la renta del suelo. Sometamos a prueba el georgismo, nos dice Villalobos en el prólogo. “Siquiera no más fuese por ser la última carta por jugar”. Bien. ¿Y cuáles serían sus efectos frente a la

crisis universal, frente tal vez al caos europeo, de estallar la nueva guerra tan temida? “La población campesina ya no alcanza al nivel mínimo para sostenerse en su negocio. Es indispensable que el país sea recolonizado sobre nuevas bases...” —nos dice el autor. *Recolonizado*. ¿Me atreveré a interpretar su pensamiento, aunque él no diga más? El país triguero y maicero, uno de los graneros del mundo, el país ganadero desde la colonia, puede dejar de serlo para el consumo externo, y ya no lo es como antes. ¡Triste humanidad! ¿Cuántos son aquí los que se restregan las manos pensando en los incalculables beneficios que una guerra en Europa o en Oriente, sobre el Atlántico o sobre el Pacífico, producirá a la Argentina? Los muertos, los inválidos, los huérfanos, las viudas, los padecimientos incontables de centenares de millones de seres no importan: venderemos nuestros cereales y nuestras carnes, hasta los detritus, las lanas, el algodón, el azúcar, los cueros, el queso, la manteca, liquidaremos nuestros *stocks* de mercaderías invendibles o averiadas, aunque todo hayamos de pagarlo más caro en el mercado interno, y *ganaremos plata* y gozaremos de la vida. ¿Quiénes? Eso no se dice. Pero esta cucaña de la industria y el comercio argentinos durará tanto como la misma guerra. Meses acaso. ¿Y después? Anarquizado y empobrecido el viejo mundo, ¿a quién venderemos? Mejor es pensar desde ahora, en nosotros, con sentimientos más humanos. Recolonicemos el país. Bastémonos a nosotros mismos, si el caso viene, creando una sociedad de agricultores y granjeros, donde la libertad y las instituciones democráticas se salven. A este último respecto, no soy tan optimista como Villalobos, el cual ve descartado todo peligro de reacción dictatorial; pero quiero creer. Si por un tiempo hay que ponerse a la capa, vivamos sencillamente para nosotros, sobre nuestra tierra reconquistada por el labrador, dueño del fruto de su trabajo. ¿Bajará entonces el nivel de nuestra cultura? ¿o será llegado el caso de crearnos *nuestra* cultura?

Estas y cien razones, ilusiones y preguntas más que me callo porque me empujarían a escribir otro libro, me sugiere el que he comentado, el cual, como se ve, tiene el mérito de hacer pensar y prever.

ROBERTO F. GIUSTI.

LETRAS HISPANO-AMERICANAS

EL GAUCHO FLORIDO. La novela de la estancia cimarrona y del gaucho crudo, por CARLOS REYLES. Impresora Uruguaya. S. A. Montevideo, 1932.

I.—REYLES, HOMBRE DE CAMPO.

MORENO, menudo de cuerpo y duro de carácter; fuerte, ágil, nervioso; rebelde y valiente, como criado en la libertad de sierras y cuchillas; autoritario por hecho al mando y acostumbrado a imponer su voluntad; millonario y solo, a los veinte años, Reyles —cuando niño, domador de potros en pelo— propúsose domar el ímpetu salvaje de goce, de aventura, que alimentaba su sangre joven, rica, de hombre de campo. Enciérrase en su cabaña y, milagro de voluntad, sus manos van ensanchando la grandeza de la obra paterna, sin descuidar la propia.

Mientras labra su tierra, labra su espíritu. Cada hectárea roturada, cada cruza enriquecedora de la ya lejana hacienda cimarrona, suma de luchas contra los elementos, los hombres, sus prejuicios y su rutina, iba parejamente con su devorar libros, con la roturación y la siembra de su yo.

La energía, el talento organizador, la reciedumbre necesarios para dirigir en aquellos tiempos una estancia, túvolos Reyles, revelándose, por volición, el hombre de campo, que era por nacimiento. Completábase, así, por un designio superior, tal vez, para llegar a la íntima compenetración con la tierra.

No sólo *El Paraíso* adquiriría importancia y desarrollo; su dueño, autodidacta como tantos hombres de América, enriquecíase también espiritualmente, modelándose su propia cultura como modelaba, a su deseo, la cabaña paterna.

Su temperamento activo, batallador, necesitado de expansión, encontró en aquella doble obra la válvula que necesitaba. En otros tiempos, Reyles hubiera sido caudillo revolucionario, para satisfacer su vital urgencia de lucha, y gastar la energía abundante y quisquillosa con que vino al mundo. Las celadas y entreveros habríanle ido limando.

Ahora, hecho ya leyenda el pasado heroico, en el momento mismo en que el mozo comenzó a ser hombre, ninguna posibilidad de alzamientos ni motines. A luchar, entonces, contra lo que quedaba del pasado en sus tierras, en su yo y en la sociedad en que vivía.

La desviación puso frente a frente los dos hombres que hay en Reyles: el nacido y el que devino por autoformación. El hombre de campo y el hombre de letras. En su vida y en sus obras la lucha de ambos por una preponderancia nunca definida se ha mantenido perenne, desde el Tito de *Beba* hasta Cuenca, el pintor de *El embrujo de Sevilla*.

Su soberbia de gran estanciero, nacido en ambiente de empresa, donde el riesgo hiere a cada instante y hay que cuerppearlo como al facón, le dió la serenidad y la rebeldía; la vida solitaria de campo su sentimiento individualista de tan honda raigambre; la falta de fronteras, de límites a su yo agreste y bravío, el apasionamiento que no sabe de vallas. Cuando comenzó a leer, a descubrir otros mundos, a confrontarse, el hombre de campo vió en la vida de las grandes ciudades, en las civilizaciones refinadas, una zona a la que tendía su fuerza vital y sobre ella se desbordó su pasión, como antes lo hiciera por las tierras solariegas.

Abandonó la realidad y fué tras la imaginación. El salto hubiera podido ser mortal si su físico no hubiera gozado de la fortaleza que su raza y los veinte y tantos años de vida campera le procuraron. El gaucho insurrecto que había en Reyles, cuando descubrió a Nietzsche debió haber creído encontrar su aparceró.

Su Dios era también, como el del filósofo, Dios de alegría y de libertad, Dios que supiese danzar. Hallándose colmado de todos los dones, poderío, riquezas, juventud, inteligencia, la vida era goce para él. Vivirla sin límites, en hazaña perenne hecha de independencia, de arrojo, de fortaleza, de apetencia. Obedecerse a sí mismo, creer en sí mismo y preocuparse sólo del pro-

pio bienestar. ¡Qué hallazgo para el estanciero gaucho! Dos brindones desbocados iban a ser éste y el nietzscheano...

Cuando ambos se unieran en el escritor, su obra estaría constituida por dos líneas paralelas o dos círculos concéntricos, sobre los cuales correría la inspiración realista del primero y la filosofía del segundo.

El gaucho, cuando lo era a conciencia —como en *El gaucho Florido*—, siempre terminaba en matrero. No se vulneran en vano las costumbres sociales.

Pero si un rico nacía gaucho de físico y de espíritu, o terminaba en *caudillo* —los caudillos de Hispano-América nunca han sido otra cosa que matreros escondidos en el monte de la política— o se iba a las grandes ciudades a librar batallas contra la sociedad, con sus queridas, sus despilfarros, sus borracheras, su vida insolente... Este cuadro, si el gaucho rico nació hombre de pensamiento, a más de hombre de acción, deriva hacia los extremos morbosos de la inteligencia, hacia experimentos librescos...

Reyles, hombre de campo y de pensamiento, recorrió con *El Extraño* los caminos de la imaginación; y más tarde volvió con *La Raza de Caín* a la realidad, a su realidad. El arrepentimiento tras el extravío. Su salud física e intelectual lo salvó.

II.—CORTE Y CORTIJO.

Nunca se valoran las cosas y las personas como cuando hemos dejado de poseerlas o están ausentes. La vida de corte hizo acordar a Reyles de la de cortijo. Aunque parezca paradójal, cada viaje a Europa lo acercaba más, por contraste, a las raíces de su espíritu, que estaban en su tierra. Sus primeros y, hasta hoy, sus últimos amores, son los de su tierra que Reyles lleva filtrada en su sangre.

Hasta cuando pinta inimitablemente la vida andaluza —siempre hemos dicho que los uruguayos son los andaluces de América— las preferencias que descubre por boca de Cuenca traicionan al hombre de campo: los toros, los caballos, esa lidia hecha de bravura y agilidad, de serena valentía y de desprecio por la vida... todo cuanto puede recordarle la estancia cimarrona y

el gaucho crudo, que más de una vez quedó ensartado en la cornamenta de los baguales.

La vida de corte, con sus paraísos finiseculares, gasta su exuberancia vital. El hombre de letras, va hacia ellos un poco por temperamento y un mucho por imaginación. Además, el contraste. Refinamiento, decadentismo, se oponen a la primitiva y sencilla atmósfera de la estancia. Vuelve desconcertado, con el odio genésico, tras la aventura sin amor. Sus estocadas a fondo contra el intelectualismo —observemos de paso que Reyles nunca pinta a éste sino revestido de vicios y lacras, olvidando que lo hay sano y saludable— son la expresión de ese desconcierto y odio.

El Reyles número uno, el hombre de campo, abomina del devenido, del número dos, del intelectual.

La lucha se exacerba en ciertos instantes, que deben ser los de añoranza o descorazonamiento sufridos por Reyles en su tan dinámico vivir.

A través de sus obras, como hemos dicho, se marca la línea de tensión y de relajación, dando el tono mayor o menor de su voz, entre los que se materializa el debate.

III. — EL PERIPLO.

En el periplo literario de Carlos Reyles, su primera obra, *Beba*, —olvidemos el pecadillo de juventud. *Por la vida*— abre el rumbo que *El gaucho Florido* cierra, en perfecto círculo. Del año 97 al 32, treinta y cinco transcurrieron. Se fué desarrollando la obra reyleana en un movimiento similar al del globo: de traslación alrededor de un punto fijo y dotado de poderosa atracción para Reyles —su tierra— y de rotación sobre sí mismo: su inquietud, su perenne espíritu escrutador, apetente de horizontes.

Comenzó Reyles con una apología de la acción, encarnada en álguien que se le parece por flagrante modo: Tito Ribero, el estanciero de *El Embrión*, nombre libresco, que deja entrever cómo se mezcla en esta obra veinteañera el elemento real, la observación directa, con las lecturas y las ideas filosóficas y hasta económicas del autor.

Un hombre joven, valiente, emprendedor, libre de prejuicios y desencantado de la vida mediocre de la ciudad, enciérrese en el campo a librar enconada lucha con la rutina para libertar de prejuicios a sus peones, a sus vecinos, al pueblo cercano, y ensanchar los horizontes del trabajo pastoril y agrícola. Su sentido moral ha sufrido un vuelco. A la acción material apologizada únese parejamente, otra espiritual de alzamiento contra las corrientes normas estéticas, no menos tocadas de prejuicios y mezquindades.

Reyles, nietzscheano, hace sus personajes a imagen y semejanza de sus preferencias; pero la sociedad en que ellos viven, colocada en plano muy distante todavía, de tal corriente, los anula y vence.

Por eso, en ambas acciones, el protagonista sale derrotado, —derrota por momentos algo artificiosa— y ello constituye la profesión de fe realista más amplia que pudiera proclamar el autor.

La manera de apologizar, direis, es rara. En la contradicción básiase, curiosamente, toda la obra de Reyles, como ya lo hemos hecho notar. Contradicción de ideas, de sentimientos, lucha de todo lo que es en él *literatura*, con la realidad que lo captó en lo más íntimo, desde su nacimiento, y fué la fuerza centrípeta en torno a la cual realizóse el periplo reyleano. Por eso hemos dieho que este periplo —hasta el día— se abre y se cierra con dos obras eminentemente afines, separadas sólo por el tiempo y las distancias de experiencia, capacidad, dominio del idioma y del *métier*. *Beba* (1897), *El gaucho Florido* (1932). Como puntos de ligazón *La raza de Caín* (1900), *El terruño* (1916), sin contar *El embrujo de Sevilla* (1921) ni sus *Academias*, orientadas en otro sentido, aunque sea *El embrujo* de la misma estirpe realista de sus hermanas, en la parte en que el autor se despoja de su lastre libresco.

Reyles, en todas sus obras pone en boca de algún personaje que es necesario tener una ilusión en la vida. Mamagela, estanciera demasiado charlatana de *El Terruño*, la simboliza pintorescamente cuando le dice a Tocles: “para vivir es preciso que cada uno tenga su burrito enterrado”. Micaela, en *El gaucho Florido* le cuenta a éste, como Faustino, el patrón chico, —Reyles, en una

palabra— le dijo un día en la cocina: “que hasía bien en guardarte consecuencia, que tuitos vivimos soñando y que mi sueño era muy lindo”... Aquí es de orden más poético el símbolo. Mamagela, encarna el espíritu práctico y en cambio Micaela el amor, un amor primitivo y sin complicaciones, pero lleno de pureza espiritual en medio de su sensualismo.

Esa ilusión, ese norte en la vida, que Reyles recomienda, él la lleva a cada una de sus obras, bajo distintas formas, la hace vivir y deja que la vida la juzgue en último término.

En *Beba*, ya lo hemos dicho, es la apología de la acción y de la independencia de carácter; en *La raza de Caín*, la más artificiosa de sus obras, el deber, el positivismo utilitario; en *El Terruño* es la exaltación del trabajo, con lo que se refuerza el tema que aparece esbozado en *La raza de Caín*, como solución de todos nuestros males. Y en *El gaucho Florido*, que es una antelación de *Beba*, al convertir a *la tápera de los duendes*, símbolo de las supersticiones y de la fatalidad, en un cementerio, pregona el entierro de lo viejo “con sus problemas resueltos y sus funciones cumplidas” (1) y hace notar cómo “mantienen en alto el pulso de la estancia transformada, los bretes, las esquiladoras, el auto, el teléfono, en fin, las máquinas...”

El gaucho Florido se encuentra con *Beba*, porque en ambas, también en *El Terruño* y hasta en *La raza de Caín*, por sobre el tema ideológico que el *librismo* de Reyles fundamenta como un alegato, luce algo específicamente uno: el paisaje y su alma, los personajes, tan en función del medio, la vida de campo, pintada con fidelidad y arte reveladores de inigualable comprensión y amor.

En las obras de Reyles se espeja la realidad y se verifica la prédica de hombre de ideas.

En este último terreno, a pesar de la bien inspirada intención que alimenta, hállase el talón de Aquiles de aquéllas. Su grandeza, en lo que tienen de puramente artísticas. Ya hemos dicho que el libre espíritu de Reyles deja que sus tesis salgan derrotadas en más de una ocasión: alta prueba de independencia artística y de respeto por la función del novelista, que comprende no es la del catequizante.

(1) *El gaucho Florido*, pág. 288.

EL NOVELISTA Y EL FILÓSOFO.

En *La muerte del cisne*, los *Diálogos Olímpicos* y sus opúsculos políticos, el filósofo que hay en Reyles, y se trasluce en todas sus novelas, explaya las ideas adquiridas tras intensa vida de lecturas y de acción, resumiendo su experiencia de ambas.

No podemos penetrar en este aspecto de su labor; a lo sumo en la parte que se filtra en la obra novelesca de Reyles, elemento que ya hemos dicho no siempre puede contarse en ella como valor artístico.

Para llenar el propósito de nuestro estudio no podemos aislar al filósofo del novelista, por haber influido esta dualidad en los elementos de su arte más totalmente logrado dentro de las novelas con raigambre nacional. Siempre hemos creído que el verdadero filósofo no es tanto el que crea sistemas de ideas, como el que extrae y pone en circulación aquéllas que bullen en el hervidero de su ambiente.

Es el Uruguay tierra donde sus escritores han tenido por la novela y el cuento de carácter autóctono marcadas preferencias. Y se explica esa tendencia a sumergirse en la vida interior del campo porque, hasta no hace mucho tiempo, formaba el verdadero núcleo de las actividades y de la riqueza del país e influía directamente en su vida política.

Hoy, la ciudad ha vencido, como por doquier, a las sierras. La máquina a la naturaleza y al hombre. Quizá en revancha de esta derrota ha recrudecido el afán por llevar el campo a la literatura.

Desde los tiempos de *Ismael* y *Soledad* de Acevedo Díaz —no vamos a remontarnos a la época romántica, porque allá como aquí los románticos sólo produjeron tanteos— hasta *El gaucho Florido*, hermano mayor de aquéllos por más de un motivo, el tema campero ha venido consolidándose en la novela y el cuento, bajo todos sus aspectos, con eficacia y arte, adquiriendo carácter y dándolo por ser una expresión de la realidad americana.

El citado Acevedo Díaz, en primer término— y por orden cronológico: Reyles, Javier de Viana y Pérez Petit enseguida, Vicente A. Salaverri y Montiel Ballesteros después; sin contar

otros escritores de menor cuantía ni obras sin significación de quienes, en diferente terreno, cuéntanlas importantes, son aquellos que han dado en los últimos cincuenta años más fieles visiones de la realidad, en acertados términos y quienes han escudriñado con más eficacia el alma de su pueblo.

Reyles fué el primero, con un intervalo de diez años más o menos, en seguir la ruta de Acevedo Díaz, a quien puede considerarse como el verdadero iniciador del camino. Como entre nosotros Lynch, Reyles no describe, sino relata, porque su propia existencia de estanciero y la observación ajustada de la realidad, le ha hecho ver que el hombre de campo no siente el paisaje —por estar inmerso en él, tal vez—, no lo limita, no lo establece. Su quietud, no es originada por la contemplación sino por la suerte de nirvana en que está sumido, como su silencio no es meditación: es hábito de callar por aislamiento y, en ocasiones, por timidez.

A pesar de esa falta de descripciones o de su somera presencia, en la novela de Reyles el paisaje elegido y los seres con que lo puebla, se presentan palpitantes a nuestros ojos, porque en aquéllas se opera un procedimiento semejante al de la perfecta obra teatral: la acción revela todo; y muy pocos y livianos toques de pincel son necesarios para el acabamiento del cuadro.

Paisaje y personajes, uno en función del otro y viceversa, tienen realce, contornos definidos, marcando el ambiente; como producto de éste los caracteres. Tan sólida trabazón de los fundamentales elementos de la novela, dan excepcional vigor a las de Reyles. Hay una interdependencia lograda sin esfuerzo, como existe en la vida, a la que Reyles no olvida nunca aunque a veces la falsee para fundamentar una tesis o lograr momentáneo desarrollo de episodios favorecedores de su orientación.

En sus novelas está el paisaje y la vida uruguayos de cincuenta años a esta parte. A partir de la estancia sin alambrados, en la que el vivir de los seres racionales se diferencia escasamente del de los irracionales, por las privaciones y las luchas, hasta el establecimiento rural de hoy, delineado como un jardín, lleno de bellos edificios, de líneas telefónicas, de instalaciones eléctricas, de calefacción y refrigeración, donde también, pero en otro sentido, la vida de los irracionales y los racionales se iguala

en confort, y la de aquéllos la envidiarían muchos racionales, todo halla exacto reflejo en las páginas que un estilo bien definido y un léxico rico van coloreando. La transformación topográfica, política, social ideológica, es captada y fijada por Reyles en sus páginas, con mano expertísima.

La indicación que hemos hecho de los temas de sus obras, da la pauta del trabajo seguido.

El espíritu de observación de Reyles no se limita a lo puramente material; alcanza a lo espiritual, que penetra y alumbra con sagacidad.

Aun cuando se notan en la obra reyleana vestigios de sus incansables lecturas, toda la que tiene fundamento en la realidad uruguaya es de pura estirpe nacional. No trasciende la influencia libresca ni en la acción, ni en el paisaje, ni en los personajes; acaso en las ideas de algunos; pero llevados a ello lógicamente.

El mundo reyleano es vasto; sería muy largo el censo de sus habitantes; podemos afirmar la humanidad de todos ellos, sin temor a que nuestra generalización sea exagerada.

Hagamos, ahora, una rápida revista de este mundo reyleano.

Beba: cabaña *El Embrión*, iniciación de los nuevos métodos de cría en los vastos campos antes librados a la mano de Dios; primer choque de la rutina con el progreso. Los Quiñones y los Benavente, la población rural y la ciudadana, aquélla. *Tito* Rivero, el espíritu moderno: inteligencia, actividad, bravura y energía. *Beba*, su doble femenino, que Reyles une a *Tito* como para significar la dualidad física, en la unidad espiritual de la pareja edénica. Seres todos que a diario codeamos, a pesar del tiempo transcurrido entre la época de la acción de la novela y nuestros días: cargados con los mismos prejuicios y con idénticos bellos ideales. Y a su alrededor, los personajes episódicos viviendo la misma vida de pequeñeces y grandezas, según la medida de sus almas. No hay desarmonías. *Beba* es una de las obras de Reyles en la cual se cumple con más precisión el *afiatamento* de los medios creadores, expresivos y de observación del autor. Tiene, evidentemente, las fallas del sarampión veinteañero traducido en inútiles frondosidades, pero los cuadros de ambiente alcanzan realización insuperable y los seres se mueven dentro

de una lógica humana, hija de los tiempos. El amor de los protagonistas es un pretexto para desarrollar el fresco.

La raza de Caín: paisaje de campo y de ciudad, choque de la intelectualidad extraviada en su busca de novedades, con la burguesía metódica, conservadora y positivista. Traída a la realidad del Julio Guzmán que en *El extraño*, tercera de las *Academias*, ha vivido la aventura del siglo XIX. Ambiente bien hallado. Período real de nuestra vida, ya desvanecido en el ayer. La supercivilización quintaesenciada del *estúpido siglo* probada al aire de la pampa. Reacción del cuerpo sano y saludable ante el mal del satanismo y la inmoralidad. Toque de aviso ante los avances que hizo el mal. Guzmán y Casio, su doble, son creaciones que adolecen de demasiada unilateralidad. Constituyen por ello una de las excepciones del mundo reyleano a que hemos hecho alusión, sin que neguemos la posibilidad de su existencia en el ambiente uruguayo de fines del siglo XIX. Los Crocker, en cambio, seres vulgares en su normalidad, viviendo en la obediencia, constituyen el mundo lógico. Su energía vencedora frente al derrumbe de la de Guzmán y Casio ejemplifica la lección que Reyles quiso ofrecer a su pueblo. No encontramos aquí, porque prima el Reyles filósofo, al Reyles de *Beba*, su antecesora, ni siquiera al de *El Terruño*, que le sucedió. La realidad, a la que vuelve con *La raza de Caín*, no está con la potencia acostumbrada y la palpitación de sus personajes no sigue el ritmo habitual. Se descubre la artificiosidad, a pesar del adelanto que significa su técnica, análisis psicológico, estilo y léxico.

El Terruño: Triunfo de las sierras sobre la ciudad, del sentido práctico sobre el idealismo divagador que no logra cimentarse en la realidad. Mamagela, ese Sancho con faldas como la llamó Zum Felde, encarna el sentido práctico y su yerno don Temístocles Pérez y González —que habla como Reyles ha hablado en la vida— simboliza el hombre de letras, habitante de ideales repúblicas, gastador de su vida en plantear proyectos que se le tornan irrealizables y problemas que terminan en insolubles... Realidad en el ambiente; en el paisaje; algo forzada en los protagonistas. Recios cuadros de color. Acción firme. Caracteres no siempre hijos de iguales virtudes. Hay en *El Terruño* un conflicto de fuerzas que no ha sido visto en toda su

extensión —Luisa Luisi lo ha señalado—. En nuestras sociedades nuevas, la cabeza y el corazón no siempre luchan unidos. Mientras aquélla nos lleva por los ríos de las lecturas, influencias y emulaciones hacia la imitación —que siempre es el fracaso,— éste nos induce a acercarnos, intuitivamente, a nuestras raíces, de dónde nos vendrá el jugo vital que valorece nuestra existencia. El diletantismo, el esnobismo, todas esas enfermedades, tan comunes en las sociedades de aluvión, han sido las peores plagas que han trabado su adelanto. Divagar hasta encontrarse, ha hecho perder mucho tiempo. Los personajes de *El Terruño* representan el conflicto de fuerzas señalado, que no podrá argüirse es impropio de nuestro ambiente. Constituye y ha constituido, por el contrario, uno de los problemas más candentes en todo momento. Por actores de tal drama —aunque a Reyles se le vaya la mano por momentos en su pintura—, entroncan en la realidad los de *El Terruño*; y el conflicto de ellos es el nuestro de todos los días. Con lo que queda establecida su alcurnia y su estirpe.

HOMBRES Y PAISAJES.

Casi estábamos por añadir al título que antecede la palabra *sentires*; pero hemos pensado que al decir hombres y paisajes, implicábamos los sentires. A tales paisajes, tales hombres; y a tales hombres y paisajes, tales sentires. Una estrecha relación de comunidad, de interdependencia liga estos términos puestos en función.

Reyles añade como subtítulo de *El gaucho Florido*, el siguiente: *la novela de la estancia cimarrona y del gaucho crudo*. Es decir vida de paisajes y hombres. E implicados, los sentires: esa especie de vapor de reverberación que se desprende de la tierra y sus seres cuando la vida activa en ellos sus funciones.

Hay autores que con el transcurso del tiempo van acendrando sus recursos, esquematizándolos de tal manera, —sin por eso perder ni en vigor ni en profundidad—, que no se detienen hasta dar en la línea recta, esa línea recta ideal, menor distancia entre dos puntos: la concepción y la realización.

Es necesaria una gran disciplina, una profunda convicción, o

una gran seguridad de la belleza creada, para irse despojando poco a poco de lo frondoso, de lo accesorio, del claroscuro, del recurso; para confiarse en la línea sobria, escueta, línea monda y lironda, horra de adornos, de efectismos, de *métier*, en una palabra.

En el arte pictórico, por ejemplo, Foujita, depura tan intensamente el trazo, hasta el punto de hacerlo el único, que un apunte suyo es compendio de síntesis, quintaesencia de definitivo.

Reyles, como el japonés, ha ido depurando su arte, librándolo de todo el pesado lastre con que lo había cargado, para alcanzar en *El gaucho Florido* feliz síntesis, escueta, libre de lo superfluo, puro nervio y músculo, sin grasa entorpecedora y venenosa.

Paisajes y hombres, ambientes y sentires revividos por un lenguaje rico, colorido, siempre expresivo y preciso, a un mismo tiempo, donde apenas, aquí y allá, se infiltra, como un resabio de pasadas tendencias, la palabra o el giro que no es hija del medio: eso es *El gaucho Florido*.

A medida que el paisaje se va transformando, que el empuje civilizador de don Fausto, el patrón de El Tala Grande, rehace la topografía de sus vastos campos, vése como los hombres que los han poblado y trabajado, derivan de sus antiguos hábitos hacia los que ahora responden al nuevo medio ambiente, bajo la influencia de éste. Y aquéllos a quienes la fatalidad o sus arraigados atavismos les impidió el cambio, van, como Zoilo Mozo, el gaucho florido, peregrinando con sus recuerdos hasta perderse en una encrucijada cualquiera, sin dejar rastros, al igual de los pájaros cuando mueren, pájaros ellos, también, embriagados de la precaria libertad de moverse.

El hombre puede rehacer al hombre por todos los medios. Don Fausto y Faustito transformando *El Tala Grande* rehacen sus hombres "al impulso de los designios de un espíritu que permanece mientras todo lo viejo cambia o muere". (Cap. XVII, pág. 287).

Del capítulo inicial donde comienza la descripción de la vida de los reseros y que se abre diciendo: "En la densa negrura de la noche, noche brava, tres bultos sonámbulos vagaban sacudidos y arrollados por el ímpetu del pampero, que parecía pasar sobre las cosas, achatándolas y estirándolas a modo de un enor-

me rodillo aplanador. A intervalos breves el relampagueo vestía el fantástico paisaje de lívidos claros: tintas tétricas, descompuestas, cadavéricas, y entonces aparecía en lontananza un rancho trémulo, un ombú furioso, un pajonal epiléptico, un llano que se encogía y alargaba cual si fuese de goma. Luego el tronerío, deshaciéndose en bombas atronadoras, hacía retumbar el cóncavo parche del cielo e iba rebotando de cuchilla en cuchilla cada vez más sordo, cada vez más lontano, hasta expirar allá muy lejos, entre los anchos brazos del ventarrón.", acuarela vigorosamente realizada con los más simples elementos, al capítulo final en el que se describe el campo donde "se baila al son del fonógrafo" y "nadie viste de chiripá, ni bota de potro" y "la mozada es pacífica, económica, civilizada", donde "el pingo de metal" bebe las distancias que antes se acortaban a lomo de caballo, Reyles desarrolla como en un film cinematográfico —y mucho tiene, en sus escenas, de la técnica de este arte— la evolución del paisaje uruguayo y la simultánea de sus hombres.

Primero, los trabajos del arreo, del cruce de los ríos, de los rodeos, de toda la faena dura y hermosa de los tiempos bravíos, aun no achatados por la standardización. Frescos en los que se realizaba la energía individual, la iniciativa, la personalidad, en una palabra, de una manera menos prosaica que hoy. Enseguida el lento luchar contra las resistencias que opone la inercia de las almas, no menor que la de los cuerpos. Y finalmente el pueblo nuevo que surge de la estancia cimarrona, con su joven belleza, hecha de otros elementos, que serán gratos a quienes en ellos nazcan, como los de antaño lo fueron para cuantos vinieron a la tierra bajo sus signos.

Un amor y algunos amoríos ofrecen la oportunidad de pintar la nueva mujer en transformación, Mangacha, y la de la estancia cimarrona, Micaela. Y sobre el romance que teje y desteje el vendado dios niño se levanta la armazón de la novela, secundaria, desde luego, pues toda la importancia y el valor estético de ella está en esa vida de paisajes, reseros y chinas, que forma la espina dorsal de *El Gaucho Florido*.

Es Pío Baroja quien ostenta hoy, entre los escritores de habla castellana, la más cumplida habilidad para retratar sus personajes con sobrios trazos. A Reyles, en este libro que nos

ocupa, puede situársele al lado del gran novelista español. Como el leit motiv orquestal define en las obras de Wagner sus personajes, en *El Gaucho Florido* cada entrada en acción de un nuevo ser reyleano comienza en eficaz retrato.

“Eran cuatro criollos, color maní tostado, y un negro trompudo, lampiño y de ojos lumbrosos”. Así entran en escena los cinco troperos en torno a cuyas andanzas surgirá la acción y el ambiente: Florido, Zabana, Mansilla, Viraque y Juan de Dios, el negro. Dice de Viraque: “un tipo aindiado, de escaso bigote, barba de chivo, nariz picuda y frente estrecha”. Este físico, diréis, es como el de todos los de su raza. Bien: ¿Acaso es fácil distinguirlos entre sí? Reyes completa el personaje en el retrato moral que hace a continuación —y omitimos por razón de espacio— donde está de cuerpo entero su hombre. Como lo están, después de los rápidos trazos, Zabana, —“un gaucho sin yel pa’el trabajo y la diversión”— el negro Juan de Dios —“descorrió las espesas cortinas de sus belfos, mostró los dientes blancos y paletudos como los de un potrillo, y con un candombe en cada ojo...”— Florido —“lindo mozo, liberal, decidor, buen compañero en toda suerte de lances, suertudo con las hembras, capaz de hacerle la pata ancha a un escuadrón y por añadidura camperazo. Facciones muy regulares y viriles, ojos azules, agresivos o reidores, según; el cabello dorado, el cuerpo largo y flexible como la caña de bambú”— Mansilla...

No son una novedad en la vida campera de la época que Reyes fija para su novela, los cuadros que describe; sí la forma de hacerlo, tan colorida, tan animada y humana.

Arreos, carreras de caballos, escenas de pulpería — caña, taba y sangre —fiestas en los galpones o a la querencia de los paraísos; supersticiones, leyendas, revoluciones... Repertorio gastado. Una novela de costumbres no puede ser otra cosa que la viviente copia de la realidad. Al copista introducir el elemento arte que la dignifique y eleve a representación.

Reyes lo obtiene sin esfuerzo.

Su lenguaje es el de su mundo y tiene la precisión de quien sabe el manejo. Hemos ido anotando, sin embargo, algunos resabios literarios que hay en las páginas de *El Gaucho Florido*. Forman un pequeño porcentaje. Señalemos algunos: "...a la

lumbre del fogón, lejano y misterioso como la lámpara de una capilla" (Pág. 12). "El tranco episcopal de las reses" (Pág. 14). "El sol iba subiendo tramo a tramo la escala del día" (Pág. 25). "Mostraba un diente paletudo y blanco, lobo en la puerta de su guarida (Pág. 29). ... "ténues rosas y desmayados oros, pinceladas de estampas japonesas (pág. 49). ... y algunas más. Hemos subrayado nosotros los giros y palabras que Reyles introdujo en este libro, en el que el lenguaje es uno de los mayores méritos, transportándolos de su mundo libresco y finisecular. Es lástima que una última corrección no las haya eliminado.

Los caracteres, dada la penetración psicológica de Reyles y su poder de observación, que se ha ejercitado en carne viva, son verdaderas concreciones destiladas por la realidad en su alambique. Como hemos dicho, su mundo es vasto, y, de citar, alargáramos demasiado nuestro trabajo. Bástenos añadir que hasta los personajes secundarios viven y se mueven sin desentonar en *El Gaucho Florido*.

Merced al ajustamiento de los elementos de la novela, — fidelidad en la pintura del paisaje, precisión y propiedad en el idioma, humanidad en sus personajes, lógica en la acción— crea el ambiente insensiblemente y las deducciones que del paulatino cambio de éste pueden deducirse no adolecen de doctrinarismo.

Que éste existe en *El Gaucho Florido* ya lo hemos hecho notar. Como existe en toda la obra novelesca de Reyles.

Beba, que hemos dicho se enlaza con *El Gaucho Florido*, lo hace no solamente porque ambas reflejan el mismo ambiente sino porque sustentan tesis paralelas. La acción frente al quietismo; la iniciativa frente a la rutina. Don Fausto le dice un día a su hijo:

—"Se mueren de viejos haciendo siempre lo mismo; la experiencia no les enseña nada" (pág. 237, *El gaucho Florido*) refiriéndose a sus vecinos, y en esta frase está todo el proceso de una época.

El gaucho Florido no es una apología de tiempo ido, ni de sus hombres, por más que Don Fausto también diga a Faustito:

—"Aquéllos podrían ser más bárbaros, pero eran más enteros, más hombres", (pág. 291).

Es un trozo de vida real del que se desprende una enseñanza: la de que sólo los que evolucionan y aprenden algo de la experiencia, se sirven a si mismos y a sus semejantes.

Pasión, sí; pero ayudando a la acción. Idealidad, sí; pero orientada hacia adelante.

Con lo cual Reyles dá una lección más a quienes suspiran por todo tiempo pasado, con la inercia de nuevos Boabdiles.

Y con las mismas armas.

E. SUÁREZ CALIMANO.

POETAS ARGENTINOS (*)

Fernández Moreno.

Es el poeta argentino que, con Arturo Capdevila, ha cosechado las mayores simpatías alrededor de su nombre. No es un poeta de gran vuelo; al contrario, su poesía es recogida, subjetiva, íntima como ninguna: verdadera poesía lírica, en una palabra.

Pero, tampoco en esos tonos ha puesto acentos extraordinarios: ¿cómo entonces, goza de tanto renombre, alcanza tanta unanimidad de aprobaciones? La explicación está en el hecho de que Fernández Moreno no es tan sólo el lírico de *Poesía*, de *Negría*, para no citar más que algunas de sus obras que menos apreciamos, no es el poeta que, diluyendo excesivamente en el verso su propia inspiración, la debilita, sino que es también el creador de su mismo género de poesía, en el cual se encuentra entero, es el inventor de una breve composición en verso que a veces tiene la condensación propia del soneto y a veces refleja la gracia juntamente con la profundidad de la lírica hispánica popular, de las coplas. El libro *Décimas*, que contiene este lirismo condensado y tenue al mismo tiempo, ágil en sus movimientos, ofrece ya una personalidad definida y original del poeta.

Esta síntesis poética, cuya gracia y sentimiento impiden que se trueque en expresiones sentenciosas epigramáticas, paremiológicas, constituye, de por sí, algo original en que el poeta encuentra la manera de reflejar su alma, como en un agua tersa y cristalina.

* Cuando en el número del pasado octubre dimos la penosa noticia del fallecimiento de Piero Pillepich, el modesto y malogrado crítico fiumano, nuestro colaborador, prometimos hacer conocer algunas notas críticas suyas sobre poetas argentinos, recientemente publicadas en *La Eroica* de Milán (Nº 164-165). Cumplimos en este número, traduciéndolas al castellano. El lector leerá con agrado estas rápidas observaciones a menudo muy finas de quien mira a nuestros poetas desde una perspectiva que no es la nuestra, descubriéndoles, por tanto, aspectos no destacados a nuestros ojos.

Esa dilución, esa flojedad que encontramos con cierta facilidad en otras obras suyas, no existe en esta última: en un breve marco de diez versos octosílabos, Fernández Moreno encierra siempre y acabadamente un tema poético, agotándolo del todo. Y tal vez todo el encanto de *Décimas* está en esta condensación lírica en la cual el poeta supo encontrar felizmente la llave o el secreto de su propia alma, así como Paul Fort encontró en la balada libre la forma más adecuada para su inspiración.

En *Décimas* está toda una filosofía menuda de la vida, filosofía entre amarga y serena, entre escéptica y levemente irónica, entre seria y jocosa, que mucho agrega a la gracia de ese lirismo especial. Y aun cuando el tema o el sujeto está limitado a motivos tenues, familiares, sin mayor importancia, el aire sutil de ternura y de sencilla bondad que en el mismo se respira y que una nada podría ofuscar, es también poesía, poesía verdadera que nadie podría desconocer.

Especialmente en *Décimas*, se nos muestra Fernández Moreno reflejo fiel del otro, del hombre cordial, sincero, enemigo de toda pedantería, optimista... pero no demasiado, tal como es o imaginamos que sea Fernández Moreno en la vida. En los demás libros de versos, en los cuales el poeta se complace en vagar por los caminos de la composición libre, difundirse en el poema corto, Fernández Moreno es mucho menos seductor y hasta cuesta creer que se trate del mismo poeta nostálgico, delicado y sin embargo firme y sostenido de *Décimas*.

Luis Franco.

La poesía pastoral, geórgica, tiene dos originales cultores en las tierras del Plata: el uruguayo Herrera y Reissig, fallecido hace ya varios años, y el argentino Luis Franco. Sin duda alguna, el primero es superior al segundo porque fué quien introdujo en la égloga clásica, en la égloga tal como la tradición nos la había transmitido, un nuevo matiz, el humorismo, una ironía tenue, velada, en sordina, que la distingue, como ya lo hizo notar el que escribe este artículo en un ensayo publicado en el número especial que *La Cruz del Sur*, de Montevideo, dedicó al original y desdichado poeta uruguayo.

Herrera y Reissig, cuya grandeza no fué comprendida por un compatriota nuestro que compiló la antología *I Poeti della Terra Orientale* editada por la Casa Alpes, Herrera y Reissig, repetimos, fué el primero en introducir, en las tierras del Plata, ese matiz, deformando con una ligera vena caricatural la antigua poesía pastoral. Por este aspecto, es realmente original, en cuanto aportó una nota nueva a la poesía universal, y bien merecía el número extraordinario que le dedicó la interesante Revista uruguaya.

Luis Franco, que le sigue, no le queda sin embargo muy lejos, como bien puede verse por el tomo de versos que lleva el título hesiódico de *Las Obras y los Días*.

Esa ironía velada que fluctúa en la lírica pastoral de Herrera y Reissig, se vuelve aquí más tenue, más esfumada aún. En cambio, la emoción se torna más sostenida y más sincera. Luis Franco no juega o bromea solamente con sus motivos líricos rurales como a menudo hace el uruguayo. Frente a la paz agreste, a la vida rústica, aunque sin llegar a abandonarse a la actitud orante de un Jammes, del cual está por el contrario bien lejos en el menudo realismo de las anotaciones líricas, ni sin darse aires sacerdotales ni entregarse al sentimentalismo, la poesía pastoral, geórgica del argentino es íntimamente seria y emocionada.

Pero el tono sobresaliente en ella es la alegría. Más que trasladar la campiña a un plano emotivo, sentimental, Luis Franco quiere expresar el sentido vivaz, alegre, diríamos orgiástico, si el término no fuera excesivo, que la anima.

Sus poesías son cuadritos ardientes de vida rústica, en los cuales su facultad de observador minucioso encuentra la oportunidad de desahogarse.

Y no se crea que el realismo patente en esta lírica geórgica americana, ahogue, excluya la imagen; bien al contrario, la girándula de la metáfora restalla aquí y allá en esa alegre rueda campestre. La vivacidad de las imágenes nos hace recordar a menudo a otro gran poeta de la naturaleza y del campo, es decir a Jules Renard.

Luis Franco es un poeta original que vale la pena hacer conocer. Su poesía es algo distinto del lirismo similar de los geórgicos contemporáneos. Está preñada de emoción contenida,

vivacidad de tonos, observaciones minuciosas. Alguna que otra imagen fuera de lugar, hasta francamente vulgar, alguna que otra resquebradura retórica en la tersura del verso no malogran o alteran esa poesía, cuyo mérito o sugestión transfigura en una luz de gracia y de alegría la vida del campo que nos imaginamos áspera y sórdida.

Estrella Gutiérrez.

Fermín Estrella Gutiérrez no está entre los poetas argentinos ya consagrados por la fama. Es joven aún; sin embargo merece que se hable de él, porque revela ya una naturaleza de poeta con rasgos o relieves bien firmes.

A pesar de que parezca un hallazgo, la calidad que lo distinguiría es ésta, de que hace precisamente poesía. Parece hasta ridículo, sin embargo ¡cuántos hay que se creen poetas y no escriben sino prosa, encuadrada, recortada en las líneas y en la estructura del verso!

¡Cuántos poetas, en la misma Argentina, gozan de una consideración muy superior a la de que goza Estrella Gutiérrez, y sin embargo deberían quedarle distantes, porque no han comprendido ni lo que es poesía, ni cuáles son los límites que la separan de la prosa!

La Municipalidad de Buenos Aires, que, entre sus buenas iniciativas tiene la costumbre de premiar a los poetas argentinos que se destacan por alguna de sus obras, concedió un premio también a Estrella Gutiérrez por su libro de versos *El Cántaro de Plata*. Sin embargo no nos parece que en éste haya, salvo en raros momentos, esa verdadera poesía que, en cambio, existe en otro libro de versos posterior: *Los Caminos del Mundo*.

En *Los Caminos* ya no es posible la confusión entre prosa y poesía a la que aludimos más arriba. Aquí la poesía se afirma ya, valiosamente. Estrella Gutiérrez se manifiesta con gran evidencia de líneas, de relieve, en una sucesión de momentos poéticos en que la visión del poeta se recorta nítidamente en el cielo de la poesía, en un verso a veces elíptico, sin que caiga en el hermetismo, y que encierra, en cambio, bien clara la expresión sin fescuidar la musicalidad.

Por todo esto conviene decir que, a pesar de no demostrar en *Los Caminos del Mundo* férvida imaginación de poeta, ni afirmarse en esa obra como un gran lírico, Estrella Gutiérrez está, sin embargo, en la buena ruta, porque ha logrado adueñarse de la forma en que moldear su pensamiento poético; ha logrado para sí la ductilidad de esa materia a menudo fría y refractaria que es el verso.

Martínez Estrada.

Martínez Estrada en *Humoresca*, por lo menos, que es la obra, al parecer, que mejor lo representa, manifiesta una intuición suya del mundo poco en auge en la Argentina, que muestra haberse desembarazado definitivamente de la pesada carga de la tradición también en lo que toca a la literatura.

La Argentina, que hasta hace poco era todavía, vamos al decir, una provincia literaria de España, como, por otra parte lo eran los demás países hispano-americanos, fué también la primera en sacudir de sí el peso muerto de la tradición y acoger las varias corrientes literarias europeas inspirándose en las mismas. Esto ha sido ya dicho, pero es oportuno recalcarlo si se desea entender bien el espíritu que preside a la floración actual de su literatura.

Ahora es curioso observar cómo Martínez Estrada parece haber sentido menos la influencia literaria no hispánica o, en otros términos, haberse alejado menos de la tradición literaria del país.

No hay que dejarse sorprender. A pesar de asomarse en él atisbos de inspiración heiniana, leopardiana; a pesar de que parezca seguir, acá y allá, la pauta de líricos de excepción, como Pöe, como Baudelaire, lo que en cambio revela su lírica son los rasgos evidentes del humorismo al estilo español, o, más aún, el humorismo típicamente español, es decir el de Quevedo; un humorismo con tendencia a la deformación conceptual, a lo grotesco.

Si bien esta tendencia no esté muy acentuada en él, no puede dudarse que es la que más se advierte en su poesía, que es al alma atormentada de Quevedo a la que mejor se acerca el poeta argentino.

Incierta pero persistente melancolía, el horror a la nada, un rictus entre despreocupado y fúnebre: he aquí los rasgos por los cuales Martínez Estrada —en cuya lírica parecen fusionarse Heine y el Eclesiastés— más que inspirarse en la poesía inglesa o francesa se mantiene, consciente o inconsciente, fiel a la vieja tradición hispánica.

Pedro Miguel Obligado.

La poesía de Pedro Miguel Obligado, de acento tradicional, se destaca sobre todo por la intensidad del sentimiento: un sentimiento que tiende fraternalmente hacia los hombres y las cosas, a la manera, por ejemplo, de un Pascoli, a pesar de que esta concepción de la vida esté marcada, en el argentino, por la duda y la amargura.

Su poesía gusta envolverse en el velo de la alegoría, del símbolo, si bien ello ocurra más bien raramente en el verso, mientras que su entero libro de poemas en prosa *El Canto Perdido* está revestido de sugerencias alegóricas, simbólicas.

La lírica de Pedro Miguel Obligado no nos abre de par en par abismos azules, no nos encandila con los resplandores incesantes de intuiciones sorprendentes; sin embargo nos seduce lo mismo íntimamente por la intensidad y sinceridad del sentimiento que en ella se refleja. Diríase que la palabra de Cristo o la del Pobrecito de Asís vuelve a repercutir eficazmente en el poeta, que hace la suprema aspiración del alma del amor a las cosas.

Mas, la poesía de Obligado no refleja solamente ese anhelo sentimental; otras cuerdas ofrece su lira. El poeta sabe transformar líricamente la materia, no transfundiéndola sólo, antropomórficamente, su tierna sentimentalidad en la naturaleza, sino espiritualizando también las cosas, dándoles un alma. Sin embargo hay que agregar en seguida que en el poeta prevalece el sentimiento, siéndole difícil objetivarse en la naturaleza sin resíduos psicológicos, sentimentales.

Pedro Miguel Obligado es, en fin, un poeta del sentimiento, de una sentimentalidad dulce, tranquila, una pena vaga que se esfuma en canto y que hace de él un delicado elegíaco.

PIERO PILLEPICH.

Fiume (Italia).

CRÓNICA

LA INFORMACION FILOSOFICA

El Segundo Congreso Polaco de Filosofía. (1)

LA filosofía, como cualquier actividad humana, se propone ciertos fines específicos que cumple o aspira a cumplir moviéndose por entre ineludibles determinaciones más o menos circunstanciales. La relación o contraposición entre el fin confesado y propuesto y el cuadro circunstancial psicológico, histórico, etc., dentro del cual se realiza la marcha hacia ese fin, en ningún dominio de la cultura incita tanto a una consideración detenida como en el dominio filosófico. En efecto, una de las tradicionales notas de la filosofía, consubstancial con ella, es tender a lo absoluto, a lo incondicionado, a la eliminación de todo lo que es *aquí y ahora*, determinación, circunstancia. La vieja y permanente apatencia metafísica, esencial motor del trabajo filosófico, tiende nada menos que a llegar al fundamento último de las cosas, al ser, remontando hacia atrás o calando hacia abajo el mundo compacto de la realidad empírica, que parece interponerse entre nosotros y aquel primer principio. Y puede sostenerse que lo metafísico es para la filosofía un problema especial, pero también una dimensión —la capital, como la dimensión en profundidad— de *todos* sus problemas, de la que acaso pueda prescindir una elaboración superficial, pero que aparece patente y en toda su evidencia apenas se somete la cuestión a un examen consecuente y riguroso. El contraste entre lo empírico y lo sobreempírico, entre lo relativo y lo absoluto, no es exclusivamente, sin embargo, el drama de la filosofía, sino el drama del hombre, el drama de la historia. Y sería ingenuo a esta altura aceptar las caducas soluciones simplistas, que suprimen uno de los términos del dilema, y se deciden, o ascéticamente por el cielo, o sensualmente por la tierra. Como sería absurdo intentar un cómodo eclecticismo de mezcla a partes iguales, sin más justificación que el propósito de salvar la encrucijada echando por un inexistente camino equidistante de los dos que se pretende evitar. La solución —grave tarea de nuestro tiempo— consistirá en descubrir la estructura superior en que ambos términos de la oposición entren, integrándose, pero sin que desaparezca su fundamental contraposición. Hegel dió quizá el primer paso en este sentido, nada más que el primer paso.

Cada filósofo genuino emprende viaje hacia *la* verdad; la historia de la filosofía nos dice luego cómo fué la verdad que trajo en el puño, y la sitúa en su galería entre las abundantes verdades logradas antes y después de él, como una de las verdades —o de las medias verdades, o de los errores— obtenidas a lo largo del perdurable trabajo filosófico. La investigación posterior discrimina a su tiempo ingredientes de orden distinto. Hay una psicología de la filosofía, hay una sociología del saber, hay ahora una floreciente ciencia de las concepciones del mundo. Todo ello introduce en lo filosófico —o aparta de lo filosófico— un denso halo de

(1) *Second Congrès Polonais de Philosophie*, tenu à Varsovie 1927. Rapports et Comptes-rendus. Varsovie 1930. Édition de la *Revue Philosophique Polonaise* (Przegląd Filozoficzny), dirigée par la Société Philosophique de Varsovie.

contingencia, y permite aislar lo puro teórico. La consecuencia de la tenaz persecución de las instancias no teóricas que enturbian la teoría, será, para el relativista empedernido, una confirmación en su punto de vista, el convencimiento de que no hay sino verdades u opiniones condicionadas históricamente.— Lo cierto es precisamente lo contrario.

Pero las relaciones, en éste y otros planos, entre el momento empírico y el metaempírico, son demasiado complejas para discutidas en esta nota ocasional. Baste apuntar que la relación parece ser, simultáneamente, de cruda oposición y de estrecha solidaridad. Recuérdese, por ejemplo, lo que sucede con los valores, según los resultados de quienes los han estudiado con mayor hondura y asiduidad: los valores son absolutos, pero sólo se dan en la realidad en las cosas relativas y contingentes, portados por ellas.—Los dos ámbitos luchan entre sí, pero mutuamente se sostienen. Lo ideal supone lo real, acaso no sea sino una dirección a través de lo real; una orientación definida, y no una meta; el imperativo de abrirnos camino *en cierto sentido* en el seno de la espesa empiria. Imaginar como venturosa la anulación de la resistencia, sería incurrir en la ilusión de la paloma kantiana: "La ligera paloma que en su libre vuelo hiende el aire cuya resistencia siente, podría imaginarse que volaría mucho mejor en el vacío". La filosofía viene a tener también sus problemas de aerodinámica.

Como en casos especiales de la incidencia de elementos circunstanciales —en amplísimo sentido— en la indagación filosófica, se nos ofrecen los diversos tipos nacionales —o raciales— de filosofía. El ejemplo de Polonia es, entre ellos, de los más singulares. Quien desee informarse cómoda y brevemente puede acudir al resumen redactado para el *Grundriss* de Ueberweg (1) por W. Lutoslawski. Durante el siglo XIX la filosofía ha estado representada en Polonia por tres corrientes principales: la filosofía católica, el positivismo y el mesianismo. La intervención de motivos derivados de la situación nacional del país es innegable. La filosofía católica, enseñada oficial y casi exclusivamente en los altos institutos hasta fines del siglo XVIII, cobra una autoridad peculiar después del reparto del territorio como afirmación del espíritu nacional frente a la opresión extranjera, ejercida por naciones de otra religión. El positivismo aparece y prospera como corriente enemiga de la filosofía católica; lo inicia el astrónomo J. Sniadecki (1756-1830), pero quien verdaderamente lo impone es Ochorowicz después del 63. El mesianismo polaco, la dirección más considerable como expresión del alma nacional, la más extraña también para quienes se han educado en la clásica tradición filosófica de Occidente, encarna una concepción de la vida en la que la filosofía y la religión se alían para sentar una interpretación providencialista de la historia. La elaboración expresa de las intuiciones mesiánicas se inicia a partir de 1818 en los escritos de Wronski, y se continúa por una larga serie de pensadores hasta nuestros días.

Las actas del Segundo Congreso Polaco de Filosofía proporcionan

(1) *Grundriss der Geschichte der Philosophie*, tomo V: *Die Philosophie des Auslandes*, 1928. La exposición de la filosofía polaca es de Lutoslawski con la colaboración, para el movimiento católico, del profesor L. Puciata. Lutoslawski es ahora profesor de la Universidad de Wilna y uno de los representantes del mesianismo polaco. Mantiene una vieja relación con España —está casado con la escritora Sofia Casanova, que colaboró hace años en *La Nación*—, y le debemos unas curiosísimas estampas de la España filosófica de fines del siglo XIX (*Kant in Spanien*, en el primer volumen de la revista *Kant-Studien*, 1897). Sus reportajes filosóficos a Orti y Lara, a Salmerón, etc., acaso son sólo comparables como documento de época para el asunto, al *Zurita* de "Clarín". La visión que da Lutoslawski de la filosofía polonesa la corrige en parte, incluso en lo que toca a la misma posición personal de Lutoslawski, Wladimir Szykarski, en una nota titulada "Die russische und die polnische Philos. in Ueberwegs Grundriss", publicada en *Die russische Gedanke* (1/2, 1929), la magnífica revista editada por Boris Jakowenko en Alemania (Cohen, Bonn), una de las mejores fuentes actuales de información sobre la cultura y el espíritu rusos.

bastante material utilizable para estudiar lo que hay de peculiar y único en las manifestaciones filosóficas de un país de tan trágicos destinos, y algo para comprender, en general, el pensamiento eslavo. El Congreso se reunió en Varsovia en setiembre de 1927. De los congresales, 135 eran polacos y 12 acudieron desde otros países eslavos; las sesiones fueron plenarias y especiales, éstas dentro de las siete secciones en que se distribuyeron los temas del Congreso: historia de la filosofía, metafísica y epistemología, semántica, lógica, filosofía de las ciencias naturales, estética, psicología. Hubo en total 70 informes y comunicaciones, a cargo de 59 de los participantes. Entre ellos, importan para la filosofía polaca y eslava en general los de Mircuk ("La Filosofía eslava"), Zielenczky ("Los orígenes del positivismo en Polonia"), Berdiaeff ("Los caracteres de la Filosofía rusa"), Chomicz ("La ley de creación de Hoene-Wronski"), S. Hessen ("La idea del bien en Dostoievski"), Mircuk ("El filósofo ucraniano Skovoroda"), Tomsa ("Los fundamentos de la Filosofía del Derecho de T. G. Masaryk"), Lutoslawski ("Una clasificación de las Theasias"), Pelikan ("La Filosofía de la Religión en Masaryk"), Cechovic ("La Filosofía del Lenguaje en A. Potebnia").

FRANCISCO ROMERO.

LETRAS ARGENTINAS

Linterna mágica, por José Martínez Jerez. Poesías. Buenos Aires, Establecimiento Gráfico Argentino, 1932.

SEIS *rapsodias* y un *romancero* constituyen los núcleos básicos de este libro. Lo integran el *Preludio de las banderas* y un *Intervalo burlesco del amor ardiente y fugitivo*. En el mencionado *Preludio*, que inicia el volumen, las *Banderas al viento* exteriorizan un júbilo cosmopolita en la Avenida de Mayo:

*Jubileo unánime de todos los pueblos,
apretones de manos de todas las razas,
coro solemne de banderas tremolantes
que canta
en el universal idioma de los símbolos
un himno de solidaridad humana.*

La índole de cada una de las *rapsodias*, se especifica con un adjetivo (urbana, rústica, patética, marina, arcaica y polimática). Trátase, pues, de un conjunto orgánico de poesías. La obra obedece a un plan trazado, posiblemente, *a posteriori*.

Una victoria de plaza, ruinoso y anacrónico, el suburbio, la luna y el sol ciudadanos o pueblerinos, el viento Pampero, el Balneario Municipal, los rascacielos, el agente de tráfico, son algunos de los temas que motivan la *Rapsodia número 1 (Urbana)*. En tales asuntos, el prosaísmo —voluntario o no, ¿quién puede saberlo?— suele vulnerar al poeta más avizor. Tal ocurre, a mi parecer, cuando el autor, refiriéndose a un coche destartado, habla de *mugre, hernia, faroles con un rastro de tracomá*, y de *esa runfla de abscesos en las llantas de goma*. Acaso no sea la composición aludida, cuyo título es *Blasón*, la más propia para pórtico de un libro como *Linterna mágica*, meritorio y acendrado. He aquí algunas bellas estrofas:

*Delirio arquitectónico de angustias celulares
que arrancan del prehistórico fondo de la caverna,*

*alzan los rascacielos en la ciudad moderna
sus paralelepípedos rectos rectangulares.*

(“Rascacielos”)

*Sin que esgrimas machete ni el revólver desnudes,
sin violentar un músculo ni levantar la voz,
dominas con tu blanca varita de virtudes
al díscolo automóvil y al ómnibus feroz.*

(“El agente de tráfico”)

*En la noche profunda y cálida,
el río, cielo sin estrellas.
Pasa un vapor a la distancia
como una jaula de luciérnagas.*

(“El Balneario Municipal”)

En la *Rapsodia número 2 (Rústica)*, sobresalen un lindo sonetillo titulado *Serenidad* y la conmovedora elegía *Un caballo viejo*. Tal rocín encajaría bien dentro de las varas del vehículo valetudinario a que hice referencia; pero, para mi gusto, el valor poético del primero es mucho más alto. Quince poesías, casi todas amoratorias, integran la rapsodia *Patética*. Los afectos expresados, relativamente serenos, tornan excesiva la vehemencia de aquel calificativo.

La moda literaria de hoy, es bien sabido, no transige con versos de amores, como no sean tan fríos y recónditos que las damas no los entiendan ni se hallen capacitadas, por eso, para retribuirlos sentimentalmente. Cierto es que la vida contemporánea —lo he dicho otras veces— no gusta del viejo amor, el amor-lámpara-votiva. Resulta más agradable la maquinal desverguenza que, una vez realizada, deja, como es natural, poco sentimentalismo para gemirlo, o acaso cantarlo, en verso. Por eso esta parte del libro de Martínez Jerez, está —qué hemos de hacerle!— anticuada. Lo mismo diré del *Intervalo burlesco del amor ardiente y fugitivo*. Citaré, no obstante, *Logos* y una dolorida *Rima* de graciosa versificación. La rapsodia *Marina* incluye, entre otras composiciones, *El Torreón*, cuyo mérito poético me abstengo de juzgar. Sírvase hacerlo el lector:

*Sobre un pequeño montón
de rocas en mal proceso,
como un muchacho travieso
se empina el viejo torreón.*

*Erguido ante el ruin abismo
por dar guardia al patrio agro
apenas logra el milagro
de defenderse a si mismo,*

*cuando le van a embromar
con zafarranchos navales
los fuegos artificiales
de las espumas del mar.*

*Y, en sutil filosofía,
tiene, a placer de cualquiera,
bajo la testa guerrera,
vientre de confitería.*

Tres sonetos, un epigrama y un epitafio componen la rapsodia *Arcaica*.

Son composiciones humorísticas, entre las que sobresale el soneto *A una dama casquivana*. De las diversas poesías de la rapsodia última (*Polimática*), copio los dos tercetos finales de *El viajero alucinado* (nombre que recuerda el de un libro de Enrique González Martínez).

*Cuando la larga ruta miro,
toda mi vida es un suspiro
que hacia la muerte se me va.*

*Y al preguntar si estoy ya cerca,
repite siempre una voz terca:
—Más allá, mucho más allá.*

En esta parte del volumen, se advierte también algún bajo prosaísmo. En *Navidad*, dice el autor a *El Pavo*:

*pues ni eres la alegría del hambre en camiseta,
ni la arterioesclerosis vestida de etiqueta.*

En los ocho romances finales, canta el poeta los árboles, las islas, el río, el amor —otra vez el amor—. En la última poesía del volumen, reaparece la ciudad, con lo que se cierra definitivamente el ciclo iniciado en la primera parte. Merece recuerdo especial el *Romance del sauce viejo*. Léase un trozo:

*Viejo y hurao vecino
del Paraná de las Palmas,
tantas edades tuviste
que ya ninguna te alcanza.
De dura carne de bronce
tienes la apretada entraña
y es de manojos de arrugas
la osamenta de tus ramas,
donde cuelgan sus andrajos
las hojas inanimadas,
mechones descoloridos
que la calvicie devasta.
Pareces mucho más viejo
que las tierras y las aguas
y los aires y las nubes
y los astros y las almas*

En suma: *Linterna mágica* refleja, con el mundo interno del autor, la ciudad, sus aledaños y las próximas tierras fluviales. Creo que el libro hubiese ganado con la supresión de las siguientes poesías de menor importancia: *El vendedor de globos*, *Milonga*, *La nube* (¡después de Shelley, el tema resulta tan difícil!), *Muchachas de primavera*, *El Torreón*, *Epigrama*, *Epitafio*, etc.

AUGUSTO CORTINA.

Cantos para Hilda, por *Alfredo Tarruella*. Buenos Aires, Eduardo Valimbri, 1932.

ALFREDO Tarruella es un poeta culto, finamente sensible. Su cultura y su sensibilidad, resultan evidentes en estos *Cantos para Hilda*. Tal evidencia, en general plausible, no me inspira un elogio exento en absoluto de reparos. La influencia de algunos poetas, como Rodenbach y Samain —para no agregar otros— resulta demasiado notoria. Por tal causa, el lirismo auténtico de la obra es empañado por un poco de lo que Darío quiso llamar *literatura*. Usa el poeta, con exceso tal vez, algunos motivos poéticos: ingenuidad, infancia, ángeles, són de campanas, dulzura melancólica del domingo. Las imágenes desfilan en un ambiente tal de levedad, que a veces desmayan y ya no percibimos la emoción. Sería conveniente, algunas veces, que el poeta fuera menos delicado, menos epidérmico, para tornarse más hondo, más virilmente emotivo.

¿Quién es Hilda? De entre la niebla y la llovizna, he conseguido, apenas, arrancar su efigie. Tiene diez y ocho años, ojos claros, cabellos rojos. Viste traje "europeo" (?). Evoca ciudades brumosas. Ama el silencio. El silencio y las ciudades brumosas son también gustados, con sutilidad, por este poeta, que habla el lenguaje de la infancia del corazón y, literariamente, viste también traje europeo. Ya se ha dicho, más o menos, de qué región literaria. He aquí una de las más bellas poesías del libro:

TARDE DE INVIERNO

*Llueve en la calle. Siento caer en las ventanas
el agua lenta, fría. Su pasión me conforta;
entre luces y músicas conversan, rien, bailan;
la tarde entre la niebla violácea, ténue, llora.*

*Gime la lluvia, loca, fantasmal en los prados;
me penetran los tonos de suave luz eléctrica;
¡oh lámparas veladas! ¡oh amarillos amargos!
como rosas de Octubre dentro de mí se quiebran.*

*Al compás de los valsos, ligeras se deslizan
las parejas alegres de jóvenes amigos;
y la tarde me envuelve con flores de aguas lívidas,
y mi alma frágil tiembla con los extraños fríos.*

*Oh los vanos instantes de esta tarde de invierno,
oh los dulces fantasmas que golpean los vidrios,
¡oh la ciudad! florece con la luz de mis sueños,
y alumbrá los paisajes de este día impreciso.*

*Hermana de los jóvenes, contigo ya he danzado;
me gusta en estos días el vértigo de valsos;
me arropa la neblina que llega de los prados,
y se pierde a lo lejos en las húmedas calles.*

Creo que puede esperarse mucho de Alfredo Tarruella, a medida que vaya independizándose de influencias demasiado visibles y su vida —por ley natural— corra por cauces aún más hondos.

AUGUSTO CORTINA.

El País del Relámpago, por *Carlos Alberto Leumann*. — Buenos Aires, 1932.

CARLOS Alberto Leumann sigue a su *Trasmundo* con un libro de cuentos, *El País del Relámpago*. En cierto modo, continuada vibración del anterior. Pues casi todos sus personajes, viven soñando el misterioso aparte de veta puramente psíquica. De lo que resultan así, descitrados sentimentales de bastante color intelectual; la vida de ellos, al margen del cotidiano trajín. Personajes, en consecuencia, de libro como encantado; segregada la realidad a buen segundo término. Lo que indablemente el autor se ha propuesto y lo ha sentido, alcanzándolo desde un principio. Así en el primer trabajo que sirve de título al libro, nos encontramos entre Zulema y Judith, realidad y sueño. "Y mi vida seguirá oscilando en este incomparable turno". De tal suerte logrado el final; siendo imposible que una vida cualquiera no busque llegar a una franca determinación. Episodio inacabado, por lo tanto, para el lector que aguarda el plato servido, mientras que para el de otra calidad, bien puede serlo el sospechar la tragedia; desde que todo es sólo etapa, período o fase, tanto en la química como en el movimiento de la vida. No hay por ello en el libro, la terminación arbitraria y usada del cuento hecho, en oposición al cuento sentido, iluminado y sugerente; tomada la vida en un retazo de su pasar, a la suerte, en inculcada sorpresa, a un sucederse múltiple y movedido, que es desde luego hasta convencional, fijarle con la pluma en el tiempo. Naturalmente que el tiempo como perspectiva, está en conflicto con toda imaginación.

A tal manera de encarar los asuntos, pertenece el libro de Leumann, Perpetuo desprenderse de la realidad común, o tomarla de rechazo por lo de más allá, con cierto dejo de misticismo, si se quiere. Nebulosa manera de hacer, tanto nórdica como germánica. Un cuento sólo se aparta de los demás. Se llama: "La Cola de la Rafita Blanca", alucinado, espontáneo, maduro de sí.

JORGE NELKE.

Freda Malaver, por *Rosalba Aliaga Sarmiento*. — Ed. Librería del Colegio. — Buenos Aires, 1932.

LA hermosura hecha carne —no sentimiento— es Freda Malaver. Hermosura hecha carne, frivolidad e ignorancia. Consecuencia lógica: una vanidad despótica que somete a sus caprichos la autoridad de los padres, orgullosos de su belleza y, cuando casada, la autoridad del esposo, cuyo triunfo entre los múltiples adoradores fuera debido, en primer término, a su ingente fortuna. Esta fortuna permite a Freda llevar una vida alocada, en una fiebre frenética e incansable de lujo, de viajes, de diversiones incesantes. Gustavo, el marido, siente y sufre la falta de ese hogar con el cual había soñado, pero no sabe ni intenta imponerse. Amargado, decepcionado, acaba por enamorarse de una prima de Freda, una provincianita con cultura y temperamento de estudiante de nuestra Facultad de Filosofía y Letras, y, una noche de correspondido arrebato sentimental, abandona a Freda y se aleja, llevando consigo su flamante conquista pasional. Cuando Freda, de regreso de una de sus acostumbradas reuniones, recibe en su casa la breve carta de despedida dejada por Gustavo, se desmaya, para caer luego en un acceso de histerismo que la tiene por unos instantes al borde de la locura. Una herida accidental la salva de ésta, pero pone en peligro su vida. Se cura lentamente pero su existencia ya no le interesa.

Cuando Gustavo, más enamorado que antes, quiere volver, ella se opone terminantemente. Se emborracha de alegrías superficiales y ruidosas.

Se emborracha de bailes y de licores. Su salud está suspendida de un hilo delgado, que se estira, se estira, hasta romperse. En planos secundarios a estos dos seres, sacudidos por una inconsciencia trágica uno y por una tragedia terriblemente consciente el otro, se agitan otros seres normales; tranquilos, vulgares. De dos de ellos surge, por contraste, la nota moral: en el hogar que la hermana mayor de Freda ha formado, humildemente, se libran las luchas diarias heroicas y silenciosas, se ama, se vence, se prospera, se triunfa. ¿El ambiente? Buenos Aires y la Provincia, pero eso no tiene importancia: no influye.

He aquí expuesto, en brevísima síntesis, el argumento de la última obra de Rosalba Aliaga Sarmiento, autora de varios libros de novelas históricas, cuentos y crónicas de viajes, que goza de cierta reputación como "una de las más deliciosas mujeres de letras argentinas". (Esta apreciación la leemos en francés y la entresacamos de algunos juicios críticos que, modestamente, van al final del libro. Y digo "modestamente" porque otra cosa sería si estuviesen al principio...).

El argumento de la novela no se destaca por exceso de originalidad, sin duda, pero el hecho no constituye defecto, que, al contrario, agrega méritos por cuanto la Aliaga Sarmiento ha logrado imprimir igualmente vivacidad, soltura, interés creciente a su narración, proporcionando al lector una buena dosis de emociones y de distracción, como un tal género de literatura impone. Todo lo cual revela en la autora condiciones reales de novelista y le merecen una especial indulgencia para buena parte de los errores que iremos apuntando.

Uno es el abuso insistente y cansador de citas. Los protagonistas, algunos personajes secundarios y la misma narradora refuerzan sus ideas, sus conceptos, el resultado de sus análisis por medio de citas. Se inicia el libro con una de Shopenhauer: "La historia de una vida es siempre la historia de un dolor" y van desfilando luego, en sus 230 páginas, frases y sentencias de Flaubert, Maupassant, Benavente, Montesquieu, Fenelón, Daudet, Sainte-Beuve, Michelet, Spencer, Tácito, Shakespeare, Dumas, amén de todos los demás nombres de pintores, escultores, músicos, poetas y filósofos recordados al pasar. Tal vez la misma autora quedará aterrada ante este elenco escueto de citados y, si la impresión le servirá de correctivo, reputaré ampliamente compensado el trabajo que me ha costado hacerlo. Las citas en una novela, y en una novela pasional especialmente, no representan un signo de cultura, sino exhibicionismo de una cultura que puede ser sólo superficial y aparente.

Pasemos a otros lunares. A principios del Capítulo IX Freda exclama: "—Pero hombre, ¡no digas pavadas!..."

"Gustavo no preguntó el motivo de aquel epíteto".

¿Cuál es el epíteto? Para que el término estuviera empleado exactamente la exclamación de Freda habría debido ser la siguiente: "Pero hombre, ¡no seas pavo!". Lógico, ¿no?

Es un ejemplo al cual, además de uno que otro error análogo, podríanse agregar todos los pronombres, *lo, la, los, las*, usados al singular en vez que al plural, al femenino en vez del masculino, y viceversa. Pero seamos bondadosos y achemos estos errores a la consabida víctima acostumbrada, la imprenta.

No faltan, eso sí, tiempos de verbos mal empleados y es notable lo que pasa a página 58, en la que, por usarse un pretérito imperfecto en lugar de un pretérito perfecto, parece que la hermana de Freda recibiera del padre, uno tras otro, "anillos de brillantes en ocasión de su boda". Lamento no poder transcribir la escena porque, para que el error se destaque, sería necesario copiar casi tres páginas seguidas.

En el capítulo IV tenemos a una sirvienta, Pilar, que, a la manera de Cervantes, reaparece en el capítulo VII con el nombre de Soledad...

He querido señalar estos errores para justificar, con elementos concretos, la impresión de apuro con que esta novela fué escrita y publicada. A la obra realizada al correr de la pluma, con todos sus yerros e imperfecciones, faltó una revisión posterior, serena, tranquila, reposada, fría, siempre indispensable para afirmar o fortalecer la reputación del escritor que se expone al juicio del público.

Si nuestra autora hubiese realizado este trabajo de contralor cerebral de su mismo entusiasmo, de su misma exaltación, habría en primer lugar corregido y pulido su prosa, que no carece de colorido, de espontaneidad, de movimiento, de riqueza idiomática y contiene, además, algunas imágenes que son verdaderos aciertos, como, por ejemplo: "el silencio salpicado de rumores" o, refiriéndose a las manos de Freda: "Largas, señoriales, hechas para abrirse o cerrarse sin afares ni premuras, como el varillaje de un abanico de marfil". De una escritora que logra tales pinceladas podríamos esperar algo que tuviera más de un punto de contacto con la obra de arte.

Pero Rosalba Aliaga Sarmiento, cuya cultura no estamos en condiciones de apreciar, se descuida. Parece una impetuosa, una anhelosa de carillas llenas e impresas. Entonces fracasa, porque cae donde menos lo piensa, como ha caído en esta su *Freda Malaver* en un error fundamental de partida de la novela misma, error que no tiene justificación posible ni atenuantes. Al relatar la síntesis del argumento callé, con toda intención, la existencia de otro personaje, innominado, que es el que cuenta la vida de Freda. El ha sido un enamorado de esa belleza, pero un enamorado sin suerte y sin esperanzas. Freda ha muerto y el innominado está frente al cementerio, a la espera de un cortejo fúnebre, el de la amada, de la amada platónica. Se le acerca un amigo, un conocido, un "Usted", en fin, y a ese "Vd." va narrando su historia de amor que es, en cambio, la historia de Freda Malaver. De este recurso tenemos ya ejemplos especialmente en la literatura rusa. Pero aquí la autora olvida constantemente el detalle y ese innominado cuenta al "Vd." todos los pormenores no sólo de una vida ajena que él siguió de lejos, sino también los de otras vidas en las cuales él nunca entró; refiere diálogos enteros habidos entre otras personas y fuera de su presencia; relata estados de ánimo de terceros, situaciones a las cuales fué extraño. Todo esto es evidentemente absurdo y la equivocación coloca toda la novela a la vera de lo ridículo.

Es una lástima, una lástima de verdad, porque los caracteres de los personajes están bien trazados, las descripciones son pintorescas, los procesos psicológicos de los protagonistas intensamente humanos. Si el de Gustavo tiene alguna que otra laguna, el de Freda es firme, acabadamente definido y contiene un acierto hasta en esa duda en que queda el lector al cerrar la última hoja: ¿fué el rudo golpe dado a su corazón enamorado o la ofensa inflingida a su vanidad y a su orgullo la causa de su abandono hacia la muerte?...

PABLO GIROSI.

Cuentos, por Víctor Mercante. — Buenos Aires, 1933.

EL polígrafo eminente, el querido profesor Víctor Mercante, ofrécenos ahora un libro titulado: *Cuentos*. Es Mercante, además de pedagogo, un enamorado de la arqueología; y esto por añadidura, viajero de tierras pretéritas. Vive bajo el signo de Ameghino de la cultura platense, y al gran naturalista dedicóle, también una interesante monografía. De su viaje al Egipto diónos ha poco, un volumen sobre el pasado milenarío de los faraones; en *Cuentos* hallamos de nuevo el camino de Amenofis IV, en *El anillo de Nefertari*, uno de los más hermosos relatos, inspirado en el anillo de Tut-Ankh-Amón. Una fina ironía —algo de Queiroz y de Ana-

tole France experimentase en sus páginas— campea en este cuento. La "pátina de los siglos le ha dado un valor mágico", anota Mercante al final, y como contraste, John Hopkins, coleccionador de antigüedades, lleva en sus manos una graciosa prenda femenina: "Dos ligas de terciouelo negro con botones de nácar", *reliquia* del siglo XX., El turista franquea después los lugares piadosos de Italia. Estamos en la patria de Francisco, *el pobrecito*. De la Porciúncula saldrá por el mundo, el hijo del vendedor de paños, predicando un nuevo verbo de renunciación. Y el santo dijo: "Hermanitas mías: volved al bosque y difundid, en vuestros gorjeos, la voz del Señor". A Mercante le fascina la historia de América. Viene de Tebas al Cuzco, por el camino del "Retiro". *El oro de Titicaca* y *Wilka Simiri*, desarróllanse en el marco del Inca Garcilazo, de los cronistas, de los paleontólogos, etc. *El naturalista* y el poeta hánse aliado para conseguir un hermoso motivo musical. "*La flbr de irupé*, leyenda guaranítica, estrenóse en el Colón —con música de Gaito y decorados de Franco— en 1927. "La vida de una flor que se convierte en fruto, es la vida de un pueblo que realiza un ideal de belleza sobreponiéndose por su esfuerzo a los esfuerzos que pretenden reducirla", anota el autor. Sobre un tema poético borda Mercante, al mismo tiempo, un asunto didáctico, pues felizmente no olvida su condioón de maestro. Es rica, además, la decoración floral del paisaje correntino y misionero, y si a esto agregamos la onomatopeya del idioma gentilicio —*irupé*, *isondu* (luciérnaga), *mainumbi* (colibri), podemos vislumbrar, como en la coreografía de Mercante, destellos nuevos en el arte americano.

PORFIRIO FARIÑA NÚÑEZ.

LETRAS AMERICANAS

Horas de Burgos, por Alfonso Reyes. — Río de Janeiro. 1932.

EL estilo es todo en este libro. La evocación de la ciudad española hecha por Reyes, basada en un ofrecernos únicamente ciertos momentos, ciertos detalles y aspectos de sus gentes, edificios y ruinas, y que parecen dar la esencia de lo que es Burgos, se esfuma tras la impresión que produce el molde que la contiene. Es en una prosa magnífica, rítmica y estricta que Reyes nos ofrece su visión de Burgos.

La natural y clara relación del estilo con la materia que trata un autor, confiere a ciertas obras esa rara armonía, consistencia y unidad que las distingue. Es lo que ocurre aquí, con este libro. Para una evocación de Burgos, nada más ajustado que el estilo impregnado de casticismo de este autor. Un soplo poético leve emana de esas visiones parciales —instantes enmarcados en el recuerdo, imágenes simplificadas— que Reyes recorta de un Burgos total que no conocemos pero presentimos a medida que avanzamos en la lectura. Porque la impresión que nos dejan capítulos como "En el campanario" y "Metamórfosis", nos hacen imaginar, por extensión, algo semejante del resto de la ciudad. La idea de un Burgos depurado, existente sólo en cuadros de una extraña y fuerte plasticidad y rancia belleza, que una atmósfera cristalina envuelve y donde todas las cosas parecen adquirir un relieve macizo y hermoso.

Detrás de toda forma de expresión cabe buscar la actitud fundamental que la orienta y constituye, a la vez, su causa. El estilo de Reyes nos habla de un destino dado a buscar por todos los ámbitos la belleza, a gozar lentamente de las cosas en una armoniosa meditación, a encariñarse con los detalles significantes de un panorama y devolvernos el mundo en un orden especial —su prosa—, que torna trasparente depurada y embellecida la realidad que evoca.

En un libro lujosamente impreso encierra Reyes, como una joya en un rico cofre, esta evocación de los instantes vividos por él en Burgos. Esa coqueta ciudad "a la que no pesan sus ruinas". En algunas de sus páginas existe un fuerte sabor castizo. El ritmo del discurso de este autor supone una construcción mental que prefiere manifestarse en forma serena, delicada, sin sobresaltos ni violencias al atar los cabos y nexos de su prosa (esos saltos, decía Azorín hace poco en una correspondencia) atento principalmente a razones de armonía sonora de las palabras. Quizá esta preocupación es la que guía la construcción de este hermoso párrafo: "Olvido la historia de la ciudad. Pido el secreto al sentido de la orientación. Los pies, vagabundos, me traen y llevan, y voy descubriendo con los ojos íntimas conexiones: El mendigo empotrado en el pórtico que acabó por convertirse en santo de granito, a fuerza de lluvias y fríos. La paloma adornada en el arco de Sarmental, donde la sal del muro poco a poco dirigió su alma ligera, dejándola forma quietísima. El vertebrado fabuloso que se desecó, dragón de la historia, vuelto escalinata de las calles irregulares." Quizá de la misma causa resulte este otro alto ejemplo: "Sube hasta las torres una ola de vida picaresca, y hasta parece llegar a nosotros un vago tufo de aceite de cocinar, cuando un golpe de sol sobre la distante Cartuja nos devuelve a la alegría de los ojos. Recobro el sentimiento de que estoy en la catedral, joya diminuta en el recuerdo, porque la concibo bajo especie de amor. La hornacina fulgura plácidamente, gran tuercia de oro sobre la cruz labrada del templo".

Prosa admirable, salpicada de vez en vez por una observación hermosa y menos frecuentemente por un pensamiento interesante y profundo es el estilo de Reyes. Páginas de una fuerza estilística tal como el ya citado capítulo de "En el campanario" o esa otra que recuerda el mayor dolor de Burgos, que sólo pintan la realidad objetiva fijándola como en un cuadro, estilizada y embellecida, compensa la falta de esa intensidad e inmersión que efectúa el escritor de ideas, revolviendo los conceptos y las cosas, en el problema u objeto que trata. Pero es ésta la única actitud que corresponde a un hombre que no es escritor sino literato en el más puro sentido del vocablo. No creemos que pueda pedirse algo más, por ejemplo, a ese captar el instante nocturno en el hotel de Burgos, con sus gentes y rumores, fijado con una nitidez alada en el recuerdo.

Quisiéramos encontrar en un viaje a Burgos la visión que de esta ciudad nos ofrece Reyes en su libro. Poder subir al campanario y encontrar al mismo chico parlero, ir al hotel y vivir el mismo instante, emocionarnos con esa cortesía exquisita y natural de sus gentes que cuesta creer que es cierta, discutir en la capilla del Condestable sobre el retablo de las once mil vírgenes... Pero vana ilusión sería querer repetir las vivencias del autor. Quizá en medio de la bruta realidad, del polvo que flota en el aire y nos acaricia el rostro a nosotros, ya viajeros, quizá ante la viva presencia de una pared vetusta y de los rumores y gritos de sus casas y calles, no pudiéramos encontrar a ese Burgos de Reyes. Y nos daría pena. Confesamos que preferiríamos no ir entonces a Burgos y no conocerlo nunca sino a través de esas horas que Reyes vivió en él. Tal la magia del arte. La vida merece y necesita ser embellecida en ocasiones. Recreada y alejada de una realidad que si bien apuntala nuestros momentos vitales, nos distancia del sueño. Y la única superación del espíritu posible está aquí, en el sueño.

Cuando uno se pregunta qué es este libro, qué representa, qué de fundamental nos dicen sus páginas con relación a los temas urgentes que solicitan nuestra atención en estos días de intensa agitación espiritual, podría responderse sencillamente que nada. Pero la vida del hombre contiene pausas. Es necesario mirar de vez en cuando más allá de las cosas, volver el rostro hacia ese extraño aire que parece venir de ámbitos profundos y

misteriosos. En el silencio de un gabinete, leer este libro de Reyes es como recibir, al recorrer sus páginas, un baño de austera belleza. Y ésta no necesita para ser gustada de ser algo, representar algo, decir nada fundamental. Basta que exista.

ENRIQUE MALLEA.

HISTORIA

Barros Arana, educador, historiador y hombre público, por Ricardo Donoso. — Santiago de Chile. 1932.

LA biografía que el historiador y literato chileno, Ricardo Donoso, acaba de dedicar a Barros Arana, debería servir de modelo para que la imitasen muchos de nuestros publicistas.

Raros son, en efecto, los grandes hombres de nuestra patria que han sido objeto de estudios histórico literarios tan minuciosos, comprensivos y atrayentes como el que Ricardo Donoso ha dedicado a Barros Arana.

Fuera de Sarmiento, ningún otro de sus contemporáneos ha merecido estudios biográficos dignos de ser tenidos en consideración. El mismo Mitre no cuenta aún con una biografía que estudie todos los aspectos de su múltiple existencia.

Ello en parte se explica por las dificultades que requiere la elaboración de una biografía perfecta. Hay que empezar por conocer hondamente la época en que se desarrolla la vida del biografado, y luego su vida misma, todo lo cual presupone investigaciones y estudios que la falta de tiempo y afán de improvisación que aflige a la mayoría de nuestros escritores no les permite llevar a cabo con la calma con que deberían hacerlo.

Ricardo Donoso ha sabido vencer estas dificultades como biógrafo e historiador. Tiene el don de hacer revivir las vidas de los prohombres de su patria. Esta es una de las especialidades que más caracterizan a los verdaderos historiadores. Por otra parte, el autor de biografías realiza entre el público lector una labor educativa muchísimo más grande que la árida del erudito que escribe un grueso volumen para determinar una fecha o comprobar los límites de una gobernación.

El volumen que Ricardo Donoso ha dedicado a Barros Arana, no es por cierto ni un ensayo ni la primera de sus producciones biográficas. Conocidos son sus magníficos estudios sobre *Don Benjamin Vicuña Mackenna* y *Una amistad de toda la vida: Vicuña Mackenna y Mitre*, aparte de sus *Veinte años de la historia de "El Mercurio"*, la *Historia de la constitución de la propiedad austral y Hombres e ideas de antaño y hoy*.

La historia de una vida, para ser comprendida a fondo, no puede llevarse a cabo sin un estudio de la época en que ella se desenvolvió, pues sólo juzgándola dentro de su propio ambiente y comparándola con otras figuras contemporáneas, podrá ser apreciada su altura, valorado el concepto que en su tiempo mereció.

Es lo que ha hecho Ricardo Donoso con Barros Arana. Principia nuestro autor por estudiar la infancia y adolescencia del biografado en la época de Francisco Bilbao y Andrés Bello, cuando en setiembre de 1848 se instaló la Universidad y Miguel Luis Amunátegui era el mejor alumno del Instituto.

En los orígenes de la vocación literaria de Diego Barros Arana intervino eficazmente su padre, quien la fomentó poniendo al alcance de su hijo los mejores libros referentes a la historia y geografía de América. La influencia de los padres es siempre decisiva cuando se proponen iniciar a

sus hijos por el camino del estudio. Además del caso de Barros Arana podemos recordar el del propio Ricardo Donoso y en nuestro país, los de Vicente y Ernesto Quesada y de Ramón y Miguel Angel Cárcano. Si se nos permite la inclusión, podemos agregar que quien estas líneas escribe debe a su padre su vocación por la historia.

La afición por los estudios históricos se manifestó en Barros Arana desde su más temprana edad. Sólo una vez en su vida cometió el pecado de escribir unos versos. No reincidió en ello. Las monografías históricas y, especialmente, los primeros tomos de su *Historia General de la Independencia de Chile*, absorbían todo su tiempo.

A los veintisiete años de edad hizo su aparición en Barros Arana el luchador político. Ricardo Donoso destaca su actividad como diarista polémico. No obstante sus debates continuos no le impedían proseguir sus estudios históricos hasta que vióse obligado a emigrar a Buenos Aires donde intensificó sus investigaciones. Lo mismo en Londres, en París y en varias ciudades de España.

Al regresar de Europa, Barros Arana reanudó sus actividades literarias y, al poco tiempo, fué nombrado Rector del Instituto Nacional, cargo que no le impidió proseguir siempre con sus estudios históricos. En las páginas de la *Revista Chilena*, que comenzó a publicarse el 1º de enero de 1875, Barros Arana desarrolló una intensa labor bibliográfica, destinada a comentar obras nacionales y extranjeras con acertados juicios que lo mismo atacaban los estudios semi-fantásticos de Brousseau de Bourg-bourg, que presentaban la influencia que debían tener las obras de Echegaray y Pérez Galdós.

En abril de 1876, Barros Arana fué nombrado Ministro Plenipotenciario ante las Repúblicas del Plata y el Imperio del Brasil. Esta época de su vida es una de las más interesantes, pues en ella tuvo una parte muy destacada en las negociaciones de la vieja cuestión de límites entre la Argentina y Chile. Ricardo Donoso hace de este punto un estudio sereno, justo e imparcial, que demuestra sus excelentes dotes de crítico y de historiador. A Barros Arana se le ha acusado de no haber defendido los intereses de su patria con el tezón y el éxito que muchos chilenos creen hubiera sido posible. Opinamos por el contrario, que el Plenipotenciario chileno hizo de su parte todo cuanto podía hacer en aquellos momentos. Si se hubiera mostrado más intransigente, la cuestión de límites sin duda se habría decidido por las armas. Nos consta que la Argentina no estaba resuelta a transigir de ningún modo en lo que estimaba sus justas pretensiones y que cualquier otro paso dado por Chile habría sido a esta República mucho más perjudicial.

Terminadas sus negociaciones diplomáticas en la Argentina, que dejaron la cuestión de límites con Chile en un punto muerto, Barros Arana hizo un viaje a Europa y pudo entregarse a sus trabajos históricos y literarios y dar fin a su *Historia General de Chile* que, aunque "dispareja y desproporcionada, excesiva en sus dimensiones", es —como dice Ricardo Donoso—, "la obra mejor lograda de toda nuestra historia literaria del siglo pasado, monumento indestructible de investigación y de trabajo, orgullo de Chile, y pedestal perdurable que sostendrá el nombre de Barros Arana a través de las generaciones".

En enero de 1890, Barros Arana fué nombrado perito por parte de Chile en la cuestión de límites con la Argentina. En los años siguientes su labor como perito fué intensa y provechosa para su país, pero al cabo de ocho años, no estando aún terminadas las negociaciones, presentó su renuncia. Los motivos de esta separación los halla Ricardo Donoso en la enemistad que existía entre Barros Arana y el Presidente Errázuriz.

En los últimos años de su vida, Barros Arana fué nombrado Rector de la Universidad, Reanudó sus crónicas bibliográficas y sus estudios his-

tóricos, siendo, en materia de educación, el consejero obligado del Gobierno.

Hombre de espíritu recto y elevado como pocos, fué Barros Arana un modelo de estudioso, a quien no sedujeron ni las vanidades de la política ni de la diplomacia. Consagróse a la historia con espíritu enciclopedista y a la vez local, pues no sólo se preocupaba por llegar a conocer profundamente la historia de su patria, sino que le interesaba asimismo todo cuanto se descubriese en el campo de la historia universal.

Ricardo Donoso ha escrito la vida de Barros Arana con el cariño y la admiración que siente hacia el gran historiador chileno, pero en términos sobrios, sin permitirse un adjetivo de más, mesuradamente, dando a cada hecho su justo valor, sin dejarse llevar por ningún entusiasmo, realizando, en fin, una perfecta biografía. Enriquecen esta obra un interesante apéndice documental compuesto por cartas, documentos relacionados con la cuestión de límites argentino-chilena, el testamento de Barros Arana y una bibliografía y bio-bibliografía del biografado que hacen de la obra de Ricardo Donoso un estudio completo y valioso que, por todos conceptos, merece un aplauso entusiasta.

ENRIQUE DE GANDÍA.

EDUCACION

Cuestiones educacionales del ambiente nacional, por *Julio C. Larrea*. — 1932. Imprenta nacional. Quito.

COMIENZA este libro con un título grato a nuestro espíritu: el de Sarmiento. Es para Larrea, el genio de América: "Creador de Cultura". "Fué el dulce poeta de los campos, razona. Y desde que él fué poeta de las Pampas y de los pinos y de las aldeas que sucumbían, corrió mejor el potro jineteado por el "gaucho". Quizá fueron estrechas las Pampas a la magnitud de su brazo volcador y omnipotente. Creó la única civilización vernácula con que ha podido enorgullecerse América. Y hoy es recordado con devota admiración por la juventud, dentro del ansia de suscitar Hombres en nuestros Pueblos".

A renglón seguido un canto a *Bolívar, educador*. Bien está el libertador del norte, amigo de Bello, inspirador de Lancaster, frente al cuyano indomable, y bien está en Larrea, el período laudatorio, de peán, para realzar la figura del héroe epónimo.

Por todo el continente sopla un hábito de tempestad pedagógica, "versata nel seculo XIX", "di molte ingenuità", como en el pensamiento de Gentile. La "escuela activa" subyuga a estos nuevos apóstoles de los "derechos del niño".

Tienen un concepto *maternal* de la educación, que antaño —forzando el juicio— fuera excesivamente *paternal*, autoritaria, varonil. El *lugar Natal* —con mayúscula— es "elevado a la categoría de principio didáctico y educativo", informa el autor. Mala parte le toca al maestro varón en esta didáctica *natal*: pues fáltale sensibilidad femenina, paciencia de mujer, cariño de madre. Hermos afirmado en otros números de NOSOTROS, que la nueva educación tiene su baluarte en la mujer maestra. María Montessori y María de Maeztu, en Europa; Clotilde Guillén de Rezzano, en la Argentina, marchan a la cabeza del movimiento pedagógico contemporáneo. Y los *derechos del niño* fueron proclamados cabalmente por otra mujer extraordinaria: Ellen Key. La mujer es hoy dueña y señora de la enseñanza pese a nuestro orgullo varonil. "Sus destinos son serios", dijo el filósofo de *Las Bases*.

Sarmiento habíalo previsto mucho antes. Su primera preocupación en

aquellos tiempos de Benavides fué la de fundar un *pensionado de niñas*, bajo la advocación de Santa Rosa de Lima.

—Santa de los Oros—; después trajo maestras yanquis; e infundióle a Juana Manso, por soplo místico, su doctrina de amor.

El Ecuador tiene además el problema de la educación del indio, y hasta han proyectado la "creación en el Ministerio de un Departamento de cultura indígena"; es, por otra parte, el *Programa pedagógico* del ex ministro, Dr. Carrión.

El señor Larrea no anda con medias tintas. Señala vicios, errores, sistemas de su patria —y casi diríamos de *nuestra América*— con singular coraje; "la tarea de la Escuela tiene que ser frenética y heroica, observadora y revolucionaria", anota en un pasaje de su libro. Cree, en suma, en el *milagro* de la educación y espera de los hombres providenciales la palabra profética.

PORFIRIO FARIÑA NÚÑEZ.

VARIOS

Stalin, por *Essad Bey*. Editorial España, Madrid.

TODO lo que de algún modo podía contribuir a vigorizar una premeditada imagen de Stalin, ha sido bien aprovechado por Essad Bey. La leyenda, la calumnia, la simple anécdota, la versión absurda, todo ese material indocumentable que puede brindar un revolucionario forzado a pasarse la vida en la obscuridad de la conspiración y de la cárcel, tiene en su libro un recibimiento sin cautela. Quizás una biografía de Stalin no pueda iniciarse prescindiendo de esos elementos. Quizás la grandeza y la pequeñez de semejante hombre necesiten de la leyenda y de la calumnia para ser explicadas. Quizás la verdad daría una idea pobre, una idea escuetamente humana, de un Stalin que Essad Bey ha querido presentar con los aderezos de una artística creación. Los intelectuales aficionados a la biografía no conciben grandes hombres así no más. Napoleón debía tener una estrella para sí solo. Stalin ha de llevar un oculto designio bárbaro. "Es la imagen de la crueldad asiática, del poder asiático que quiere precipitarse sobre Europa". La historia del muchacho de Gori, hijo del viejo zapatero Chugaschvili, vagabundo en Tiflis, estudiante de sacerdote más tarde en el seminario georgiano, aprendiz de revolucionario poco después, bolchevique, hombre de hechos extraordinarios siempre; la historia del pequeño Soso, luego Koba, luego Stalin gobernando en el Kremlin, sería la historia de un caucasiano en bruto afanoso de devorarse una civilización.

Essad Bey deforma en este punto, y ya por su cuenta, lo cierto. Se incorpora a los que, hábilmente o por error, dan a la lucha del proletariado ruso la apariencia de una lucha entre la cultura oriental y la cultura occidental. Spengler, Ortega y Gasset, Nicolai, para citar a los más conocidos entre nosotros, sostienen la tesis. Pasan por alto que, con mayor razón para el marxismo, la revolución pudo estallar en una Alemania o en una Inglaterra industrialmente desarrolladas, y que entonces el argumento sería inservible. Con o sin una Rusia socializada, Europa tiene en su seno todos los componentes para la caída de un sistema económico, puesto que tiene en sí misma las clases cuyo enfrentamiento constituye el motor de la historia. Rusia, lejos de querer introducir una cultura oriental, asimila rápidamente la técnica y los usos occidentales. La lucha entre las dos culturas es una ilusión, y Essad Bey engaña con ella cuando atribuye a Stalin el designio bárbaro.

Quitando a la biografía de Stalin la imaginación de Essad Bey y la literatura legendaria, queda un hombre de acción. Stalin pertenece a

esa categoría de líderes que se apoderan de ciertas ideas fundamentales y, sin vacilaciones, las llevan a la realidad. Las "orgías de la meditación" le deben ser desconocidas. Esas transiciones dolorosas por que pasa el temperamento intelectual, y que sumirían a hombres como Trotsky en crisis tremendas, no debilitan al hombre activo. Stalin no duda, o sus dudas no tienen importancia. Carece de la cultura universal, del dominio filosófico, de los conocimientos superiores que inducen a cavilar y a padecer distintas reacciones. Si este escaso cultivo es índice de mediocridad, Trotsky tiene razón; Stalin es el más notable de los mediocres. En letras no tiene, probablemente, otra debilidad que la literatura marxista. Siempre la ha leído, desde su adolescencia hasta hoy. Pero no para discutir, porque Stalin no es hombre de escolástica, sino para realizar las ideas que son su fe. No es un teórico marxista, pero es un marxista práctico.

"Hasta aquí —escribió Marx— los filósofos no han hecho más que interpretar el mundo, de diferentes maneras; se trata ahora de transformarlo". Por esas ideas —siguiendo la biografía de Bey— lo habría comedido todo: la delación, el robo, el asalto, el asesinato y la venganza. Todo para el partido, nada para él. El destierro, la prisión, las evasiones, las penurias, las luchas, todo lo sufrió para el partido. Ahora es su secretario. Cómo alcanzó el puesto burocrático, casi despreciado por los grandes jefes del Kremlin, y cómo ha llegado a dominar la situación, es cosa que Essad Bey relata en páginas muy interesantes aunque desprovistas de documentación.

Desde esa secretaría, Stalin vigila algo más que el partido y que la inmensa U. R. S. S. Desde esa secretaría sus ojos astutos, la mano en la frente calzada, para darles sombra, vigilan el mundo. Oriente y Occidente son ilusiones intelectuales. El mundo tiene cinco continentes, y en todos hay una clase que quiere el poder. Por esa clase trabaja el partido, y por ese partido trabaja desde su adolescencia José Visarionovich Chugaschvili, Soso, más tarde Koba, hoy Stalin, "el hombre de acero".

H. B. DELIO.

Naturismo. Ensayo Sintético de Medicina Integral, por *A. Montesano Delchi*. — Editores: Ferrari Hnos. B. Mitre 2748. Buenos Aires.

CUANDO una lectura os eleva el espíritu y os inspira sentimientos nobles y valientes, no busquéis otra regla para juzgar las obras: es buena y hecha por mano perita" — dice La Bruyère.

Si hay obras cuyo contenido pueda merecer el certero elogio expresado en el pensamiento de La Bruyère, una de ellas es a no dudarlo *Naturismo* de A. Montesano Delchi.

Nos exime de hacer la presentación de su autor, el hecho de ser ventajosamente conocido al través de las páginas de *NOSOTROS*.

Pero es posible que los lectores de esta revista no conozcan al Sr. Montesano, en el aspecto o modalidad intelectual y filosófica con que se expresa en su último libro.

En efecto. Quien juzgue su contenido por el título, se expone al pronto a una pasajera decepción. Decimos así, porque una tradición de 50 años nos tiene familiarizados con el concepto de que cuanto de naturismo se trata, refiérese a un asunto de higiene física, matizado por algún concepto filosófico y ético.

La obra del Sr. Montesano contiene todo lo que ya le es familiar al lector ilustrado y culto en el tema, y, mucho, muchísimo más. La higiene preconizada en ella, abarca los límites extremos que registra la historia e incluye todos los aspectos, alternativas y conquistas alcanzados en nuestra época.

Su campo de acción rebasa las fronteras del aspecto físico y lo hace extensivo al mental y al emocional, para conducir al lector en un magistral ascenso, a las regiones de la higiene de la vida espiritual. Región inaccesible para muchas almas, ya que allí la higiene tórnase una disciplina que tiene como fundamento el amplio cuan incomprensido culto de la Renunciación. De una renunciación consciente a las infinitas sollicitaciones de carácter sensual que por todas partes va esparciendo nuestra civilización.

Dice La Bruyère que cuando un libro es capaz de exaltarnos, es que está hecho "por mano perita". Así es. Montesano posee esa pericia demostrada en su obra de periodista, de escritor, de conferencista, de profesional y de hombre de ciencia. No podría ser de otro modo si se piensa que nuestro autor no es un empírico y menos un teórico. Es lo que se llama un realizador.

*

El subtítulo de *Ensayo sintético de medicina integral*, dará al lector inteligente una idea del contenido de los elementos de medicación en su más amplio sentido, que encierran las páginas de *Naturismo*. Forman el material de tan interesante obra, un breve prólogo del autor y 16 capítulos que completan 460 bien nutridas páginas de texto.

La transcripción de algunos fragmentos de este libro dirá de sus méritos.

Del prólogo: "Que el contenido de esta obra sea nuevo o viejo, poco importa. Nada hay nuevo bajo el sol advierte el Eclesiastés. Pero todo resulta nuevo cuando uno desea comprobar por sí mismo cualquier cosa, cualquier idea. Si existe el deseo de ir más allá de la mera ilusión de las palabras, más allá de las expresiones del pensamiento, más allá de todas las filosofías y de todos los libros sagrados, entonces, en ese experimento, todo se vuelve nuevo, claro, vital".

Esta invitación de carácter filosófico, religioso o de otra índole, su autor la complementa con esta advertencia plena de sabiduría: "Antes de someterse a una disciplina es indispensable identificarse con ella, después de haberla mentalmente bien elaborado y comprendido."

Quien se detenga a meditar sobre el valor y el alcance de esta advertencia, evitará fracasos y desalientos dentro de un orden de actividad de la cual depende casi siempre el logro del lote de conocimiento alcanzado en esta vida al través de una serie de experiencias. Experiencias que una vez observadas, analizadas y juzgadas con todo el sentido crítico imparcial y verdadero, llevarán al hombre a la conclusión de lo inútil que es el que se las repita.

Acerca del sentido crítico que todo hombre debe aplicar a los actos de su vida, —si no se lo posee suficientemente desarrollado, el estudio de algunos de los capítulos de *Naturismo* y la aplicación de sus postulados, resultarán una excelente gimnasia enderezada a tal finalidad.

Por eso ha podido decir Montesano, al presentar su libro, que: "Su finalidad principal, el lector lo notará desde el primer capítulo, es dar al hombre la impresión que lo llevará a la comprensión de su propia Divinidad. Una gran energía, un gran poder, un gran sentimiento de solidaridad humana, subhumana y superhumana ha de obsequiarle cada página: de otro modo el libro se habría escrito en vano".

Del carácter, del espíritu que campea en toda la obra, puede el lector juzgar por lo que sigue: "Deliberadamente, el autor no ha querido dar a este libro un carácter más o menos seráfico o de capilla. Eso no habría estado de acuerdo con su temperamento que ha sido el de un luchador durante toda su existencia..."

"La obra se dedica a todos los que sufren, luchan aman y esperan. Y se dedica a todos los que aspiran a ser libres pensadores, vale decir, a los que desean romper con todo espíritu de compromiso y quiebran las cadenas de las creencias, y de las ideologías: que eso es libre pensamiento y no el palabrerío oscuro, confuso e incoloro de los ignorantes, logorreicos, paranoicos a veces, simuladores otras, por intereses materiales e intelectuales".

Esta libertad de pensamiento es la que ha inspirado a Montesano esta saludable advertencia, de que "se plantea problemas y no se sostiene teorías con sus respectivas demostración y solución ya preparada de antemano"... Así es como el lector podrá tener la impresión de que los temas de *Naturismo*, "representan los diferentes aspectos de la cuestión, como si dijéramos que cada uno es la Verdad contemplada desde diferentes puntos de vista".

No sin razón ha podido decirse que no hay problema cuya solución interese tanto al hombre como la de conocer su verdadera naturaleza. En una serie de ensayos realizados con el arte literario más puro, con una erudición profunda, con una independencia de criterio que disipará de la mente de todo hombre tibio, indolente o iluso, errores y prejuicios de toda índole, Montesano ha condensado en los 16 capítulos de *Naturismo* los términos del problema, "cuya solución tanto interesa al hombre, cual es el de conocer su verdadera naturaleza".

Empieza el primer capítulo, "Evocación", con un doble viaje simbólico, por el cual hace retroceder al lector a varios miles de años y a otras tantas leguas de distancia. Los sabios y filósofos de Grecia, así como su mitología y sus creaciones en relación con el tema: la salud y sus alternativas, constituyen parte del capítulo. Le completan una sugestiva cuádruple visión del último Budha y una poco conocida interpretación del Cristianismo, por la cual se demuestra que no es una Religión en el sentido usual de la palabra, sino la deformación de una disciplina mística cultivada en los Santuarios de Grecia.

La variedad de los asuntos que se tratan en *Naturismo*, todos orientados hacia la misma finalidad, hacen que esta obra pueda considerarse un "libro de texto" para personas que cultivan alguna rama determinada de las ciencias. Ejemplo: "Los estados de conciencia" son una excelente contribución documentada y nueva sobre Psicología. Máxime si se tiene en cuenta que Montesano es un estudioso de la filosofía y psicología hinduista, motivo por el cual temas de tales disciplinas de la mente pueden ser tratados desde otros aspectos casi desconocidos por nuestros psicólogos de occidente.

Los lectores amantes de tratar los problemas de la vida al través de la Ciencia, hallarán en los capítulos V-VI-VII, una contribución que debe considerarse como la "clave" para lo que muchas veces se han denominado "problemas insolubles para nuestra mente".

Los que necesiten de las llamadas "lecturas estimulantes", tendrán el cap. IX (El Miedo, causa principal de todos nuestros males), un estudio extenso y original sobre tan interesante aspecto de la psicopatología humana. Si de él sabe obtenerse el mayor provecho posible, cada cual puede estar seguro de echar las bases para alcanzar a ser un futuro Sigfrido.

Capítulo XIV (Deportes Purificadores). Este capítulo, que guarda una estrecha relación con el primero, en cuanto expresa "cómo debieran ser las cosas, en oposición a como son en la actualidad", hállase inspirado en cierto modo en la célebre frase de San Agustín: "Metus et Vita", en su triple expresión vital de la Naturaleza, que es ritmo, belleza y pureza". Este capítulo debiera ser estudiado por la enorme falange de deportistas y atletas de ambas márgenes del Plata, quienes hallarian en sus 30 nutridas páginas, una síntesis histórica de los deportes, sumamente

interesante e instructiva, y una serie de sugerencias por medio de las cuales cambiarían su actitud casi siempre hostil en actos que en realidad deben ser un juego sin ningún interés material. El deporte, dice Montesano, entendido como ejercicio, como reunión, como disciplina, compendia la purificación del cuerpo, de la mente, del corazón".

¿Qué decir del capítulo XV (La Medicina y los Médicos), que ya no haya sido dicho en nuestros tiempos desde J. J. Rousseau, Tolstoi, Bernard Shaw, etc.?

Con todo, el trabajo de Montesano, resulta una enorme requisitoria llena de lógica, de sátiras, de argumentos que "rompen los ojos", cuando se refiere a los profesionales poco escrupulosos. Y ello es así, en cuanto se piense que el autor ha ejercido la medicina naturista por el término de varios años y sabe, porque ha debido alternar con los galenos, de todas las flaquezas que los adornan al igual de los demás seres humanos.

Pero a Montesano no le ciega la médico-fobia. Reconoce en su justa medida los méritos que posee la Medicina y los Médicos en su función de paliar los males físicos, así como las virtudes que adornan a unos pocos representantes de aquella en cada generación. También hallará el lector una serie de consideraciones acerca de la ecuación médico-enfermo, de cuyas consideraciones, si sabe, puede sacar provecho y hacer que la solución del problema "enfermedad" se resuelva satisfactoriamente para él, para el enfermo.

En este capítulo, unos y otros hallarán excelentes sugerencias para dignificar su profesión, los primeros; los enfermos aprenderán a ser cautos, sensatos y hasta filósofos si llegan a admitir que la salud no es un bonito don que nos la puede restituir un hombre a quien le pagaremos por ello; sino que aquella sólo se reconquista observando tanto en lo físico como en lo moral una conducta exactamente opuesta a la que generó la enfermedad.

El capítulo XVI (Meditación-Contemplación), es la coronación de la obra y es el complemento de los capítulos III-VIII-IX-XII y XIII. Para las personas inclinadas a la experiencia religiosa en su aspecto trascendente, es decir, el aspecto de realización en "sí mismo" de las verdades contenidas en la Mística de las Religiones, este estudio es un aporte de mucho valor. Es crecido el número de personas que ignoran que exista otro sistema religioso que el de las plegarias, rogativas, contriciones y arrepentimientos. El estudio de las dos materias, complemento una de otra, tiene por fundamento el sistema o concepción psicológica formulada por los sabios y filósofos hindúes, desde hace miles de años, y puesto en práctica también por miles de hombres que han llegado a la santidad y aun más lejos. Tiene, por último, para nuestra mentalidad occidental, la ventaja de que asunto tan de suyo complejo, sea tratado con una claridad que lo hace comprensible por estar exento de términos sánscritos e imágenes propias de los escritores orientales.

Este último capítulo como otros de *Naturismo*, deben ser estudiados con suma atención y cuidado si se quiere obtener provecho de ellos, y sobre todo si se persigue el trascendental propósito que tuvo Montesano al ofrecer al público su obra, propósito encerrado en los bellos y profundos versos de Dante: *Per correr miglior acqua alza le vele Omai la navicella del mio ingegno. Che lascia dietro a sé mar si crudele*, versos que ostenta el frontispicio de *Naturismo*, de A. Montesano Delchi.

C. LA GAMMA.

LIBROS Y FOLLETOS RECIBIDOS EN ENERO, FEBRERO Y MARZO

Novelas, cuentos, poemas en prosa, etc.

- CARLOS ALBERTO LEUMAN: *El país del relámpago*. Cuentos Ed.: Lorenzo Rañó. B. A. 1932. 222 pgs.
- LUISA MARTÍNEZ: *El Vargueño*. Caracas. 1932. 132 pp.
- LUIS MORA TOVAR: *Prosas para la Bienamada*. México. 1929. 136 pp.
- ALFONSO GARCÍA MUÑOZ: *Moderno Amor*. Trad. de Charles Royal. Quito. Ecuador. 1932. 104 pp. \$ 0.40.
- LAUTARO YANKAS: *Flor Lumao*. Novela. Edit. "La Reforma". Sgo. de Chile. 216 pp.
- El hombre que corrompió a Hadleyburgo*. Y otros cuentos norteamericanos. Prólogo, traducción y notas críticas de Ernesto Montenegro. Edit. Nascimento. Santiago de Chile. 1933. 278 pp.
- LAURENTINO OLASCOAGA: *La Desconocida*. B. A. 1933. 268 pp.
- GEORGES LINZE: *5 Evenements*. Editions Anthologie. Liège. Belgique. 30 pp.
- CHRISTIAN COURDEC: *La Dernière Épopée*. Toulouse. 1932. 238 pp. 12 fr.
- JAIME SÁNCHEZ ANDRADE: *Cartas profanas*. Quito-Ecuador. 1932. 129 pp.
- JUAN FILLOY: *Estafes*. B. A. 1932. 328 pp.
- HUMBERTO SALVADOR: *Taza de té*. Quito. 1932. 336 pp.
- AGUSTÍN TEJERINO R.: *Los Crepúsculos de Sidon*. Madrid. 1932. 206 pp. 5 ptas.
- ORESTES BELLÉ: *La Tragedia*. Cuentos B. A. 1933. 198 pp.
- VÍCTOR MERCANTE: *Cuentos* B. A. 1933. 112 pp.
- AUGUSTO STRINDBERG: *La confesión de un imbécil*. Novela. Editorial "El Ombú". B. A. 1933. 207 pp.

Verso

- ROBERTO MEZA FUENTES: *Palabras de amor*. Cuadernos de Poesías. No 1. Empresa Letras. 76 pp. \$ 5.— m|chilena.
- ROBERTO CUGINI: *Alma y vuelo*. Poesías. B. A. 1932. 80 pp.
- ROBERTO CUGINI: *El Sendero*. Cantos. B. A. 1932. 50 pp.
- MANUEL G. PRADA: *Trozos de Vida*. París, 1933. 180 pp.
- MIGUEL DE ARZUBIAGA: *La nueva fiesta*. Poemas y Canciones. B. A. 1932. Sin núm.
- GUSTAVO PARODI: *La canción gris*. Portada de J. V. Fabbiani. Ilustración lírica de R. Michelena Fortoul. Edit. Elite. Caracas, 1932. 108 pp. \$ 4.—
- FRANCISCO GALLARDO SARMIENTO: *Puentes espirituales*. Versos. B. A. 1933. 126 pp.
- ÁNGEL ALLER: *Romance del gaucho perdido*. Tres Jornadas en Pos de Espínola. Edit. Cartel. Montevideo. 1930. 38 pp.
- LUIS MORA TOVAR: *Esmeralda*. Poemas. Prólogo de José Palomarez Quirós. México. 1931. 160 pp.
- ENRIQUE GALLONE: *Voces de angustia*. Poesías. B. A. 1932. 232 pp.
- CÉSAR GARRICÓS: *Labor de Artífice*. Versos. B. A. 1932. Ediciones Rañó. 80 pp. \$ 1.50.
- GONZALO ESCUDERO: *Hélices de huracán y de sol*. Madrid, 1933. C. I. A. P. 112 pp. pts. 4
- JOSÉ A. HERNÁNDEZ: *Juegos Olímpicos*. Versos. Lima. 1933. Edit. Hidalgo. 48 pp. soles 2.

- JOSÉ JUAN BIANCHI: *Cardos de mi Tierra*. Versos camperos. B. A. 1933. 104 pp.
 MAX JIMÉNEZ: *Quijongo*. Madrid. 1933. 96 pp. 3,50 pts.
 JOSÉ PASCUAL: *Vergel de Otoño*. Poesías. B. A. 1932. 176 pp.

Crítica, Historia Literaria, Ensayos

- ALFONSO REYES: *Tren de ondas*. (1924-1932). Río Janeiro. 1932. 182 pp.
 HÉCTOR VILLAGRÁN BUSTAMANTE: *José Enrique Rodó*. A propósito de "Los Últimos Motivos de Proteo". Montevideo. 1938. 58 pp.
 ANDRÉS BRETON: *Les vases communicants*. Cahiers Libres. Paris. 1932. 174 pp. 15 fr.
 MANUEL PEDRO GONZÁLEZ: *Marginalia modernista*. Reproducido de la "Revista Bimestre Cubana". Vol. XXVIII, Nº 3, Nov-Dic. 1931. Vol. XXIX, Nº 1, Enero-Feb. 1932. 18 pp.
 ANGEL ALLER: *La pintura de Méndez Magariños*. Cuaderno de Arte. Quince Reproducciones. Montevideo. 1931. s/num.
 JUAN MARINELLO: *Americanismo y Cubanismo literarios*. Ensayo en *Marcos Antilla*, cuentos de cañaveral, por Luis Felipe Rodríguez. Editorial Alvarez. La Habana. 28 pp.
 FÉLIX REAL TORRALBA: *Una crítica necesaria*. Qué debe ser y cómo debe hacerse análisis de una obra musical. Proemio de Fernando Jáuregui. Cinco aguafuertes originales de Liberato Spisso. Editorial Atlántida. B. A. 1933. 30 pp.
 JACQUES MARITAIN: "*Les Iles*". J. Supervielle. M. E. Cheesman. Etienne Borne. Dessins de Jean Hugo. (Courrier des Iles, 1). Desclée de Brouwer et Cie., éditeurs. 76 bis, Rue des Saints Pères, Paris. 90 pp.
 CARLOS DE AMBROSIO MARTINS: *La Poesía de Armando Godoy*. Con una Introducción de Jean Royère: *El musicismo en la Sorbona*. Ed. Iberia. Madrid. 56 pp. 2 pts.
 JOSÉ M. GONZÁLEZ, S. J.: *Juan Zorrilla de San Martín*. Semblanza. 1932. Montevideo. 7 pp.
 JESÚS AMAYA: *Goethe*. Ensayo bibliográfico. 1932. Ed. Branbila, Guadaluajara. Méj. 68 pp.
Conclusioni all'inchiesta sulla nuova generazione. ("Il Saggiatore". Estratto dal fasc. 28). Roma. 32 pp.
 SADIE EDITH TRACHMAN: *Cervantes' Women of Literary Tradition*. Instituto de las Españas de los Estados Unidos. New York. 1932. 178 pp.

Historia, Memorias, Diarios, Biografías, Viajes, etc.

- ANIBAL PONCE: *Sarmiento, constructor de la nueva Argentina*. Vidas Españolas e Hispano-Americanas del siglo XIX. España-Calpe. S. A. Madrid. 1932. 240 pp. 5 pesetas.
 RAMÓN J. CÁRCANO: *De Caseros al 11 de Septiembre*. 1851-1853. Roldán Editor. B. A. 1933. 322 pp.
 HENRI GHÉON: *Promenades avec Mozart*. L'Homme, L'Oeuvre, Le Pays. ("Les Iles") Desclée de Brouwer et Cie. Editeurs. 76 bis, Rue des Saints-Pères, Paris. 484 pp.
 MARIO VERDAGUER: *Las mujeres de la Revolución*. Edit. Apolo. Flores 16, Barcelona. 272 pp. Ptas. 6.
 ADOLFO LAGUNA: *La diplomacia paraguaya en la cuestión del Chaco Boreal*. Mercedes. B. A. 1932. 40 pp.
 TULIO M. CESTERO: *Colón*. (Su Nacionalidad, El Predescubrimiento de América, Su tumba y El faro Conmemorativo). Librería "Cervantes", de Julio Suárez, Lavalle 558, B. A. 1933. 94 pp.

- JOSEPH A. BRANDT: *Toward the new Spain*. The University of Chicago Press Cricago, Illinois. 436 pp.
- G. ALEMÁN BOLAÑOS: *¡Sandino!* Estudio completo del Héroe de Las Segovias. Guatemala, 1932. 82 pp.
- Altamirano y El barón de Wagner*. Un incidente diplomático en 1862. Documentos recopilados por Joaquín Ramírez Cabañas. México. Publ. de la Secretaría de Relaciones Exteriores. 1932. 92 pp.
- C. PARRA PÉREZ: *El Régimen Español en Venezuela*. Estudio histórico. 1933. Javier Morata, editor. Madrid. 284 pp.

Política, Derecho, Economía, Sociología, etc.

- NICOLÁS BERDAIEFF: *Una nueva edad media*. Reflexiones acerca de los destinos de Rusia y de Europa. Editorial Apolo, Flores 15, Barcelona. 238 pp. 5 ptas.
- DOMINGO MELFI: *Sin brújula*. Ediciones Ercilla. Contemporáneos. Año I, Nº 6. Santiago. 1932. 126 pp. \$ 2.—
- CARLOS MARX: *La Comuna de París*. Biblioteca N. E. O., B. A. 1933.. 96 pp. \$ 0.40 m/n.
- LUIS MORA TOVAR: *La Revolución y el magisterio*. 2ª edición. México. 1932. 156 pp.
- ALFONSO DURAO: *El impuesto a la renta. Emisión*. B. A. 1932. 184 pp.
- CARLOS ALBERTO DE PIERRIS (H.): *La Juventud y la Lucha*. B. A. 1932. 208 pp.

Educación

- CLEMENTE B. GREPPI: *El niño moderno*. Apuntes de Psicología y de Cuestiones Educativas. B. A., Librería del Colegio, 1932. 146 pp.
- JULIO C. LARREA: *Cuestiones educacionales*. (Del ambiente nacional). Quito. Tall. Tip. Nacionales. 1932. 260 pp.
- ALFONSO REYES: *Voto por la Universidad del Norte*. Río de Janeiro. Enero de 1933. 36 pp.
- GERMÁN ARCINIEGAS: *La Universidad Colombiana*. Proyecto de ley y exposición de motivos presentada a la Cámara de Representantes, e informe de la Comisión que lo estudió. Bogotá. Colombia. 1932. 238 pp.

Literatura Infantil

- MARÍA LEONOR SMITH DE LOTTERMOSER: *Cachitos de verdad para nuestros niños*. B. A., 1933. 112 pp.
- ALFONSO ESCUDERO: *Lecturas para niños*. I. Stgo. de Chile. 1933. 276 pp.

Música

- RÓMULO NANO LOTTERO: *Berceuse, romanza sin palabras*. Piano. Montevideo. 1931.
- VICENTE ASCONE: *Poemas musicalizados*. Canto y Piano. Montevideo. 1931.

Ciencia

- Comprobaciones de Focos de Fiebre Ondulante* (Universidad de Buenos Aires. Misión de Estudios de Patología Regional Argentina. Jujuy. Jefe: Dr. Salvador Mazza). Publ. Nº 10. Bs. As. Imprenta de la Universidad, 1933.

Lexicología

AUGUSTO MALARET: *Por mi Patria y por mi Idioma*. Cádiz. 1932. 32 pp.

Bibliografía

FERMÍN PERAZA Y SARAUSA: *Bibliografía de Enrique José Varona*. Colección Cubana de Libros y Documentos inéditos o raros, dirigida por Fernando Ortiz. Vol. II. Habana. 1932. 300 pp.

Política

UPTON SINCLAIR presents *William Fox*. Los Angeles. 1933. 378 pp. 3 dól.

MARIANO H. CORNEJO: *El equilibrio de los continentes*. Biblioteca Interamericana. Barcelona. 1932. Ed. Gustavo Gili, 248 pp.

GERMÁN ARCINIEGAS: *Memorias de un Congresista*. Bogotá. 1933. Ed. Cromos. 192 pp.

JUAN B. JUSTO: *Discursos y Escritos Políticos*. Grandes Escritores Argentinos. B. A. 1933. Ed. El Ateneo. 324 pp.

DIÓGENES VÁSQUEZ: *Teoría Regionalista y Regionalismo Peruano*. Estudio Económico, Jurídico, Político, Ético. Lima. 1932. 324 pp. Soles oro 5.

LUIS BARRANTES MOLINA: *Desde mi tonel*. B. A. 1933. Ed. El Pueblo. 816 pp.

DOMINGO V. GARIMALDI: *El Mandato Público y las Asociaciones Políticas*. B. A. 1933. 24 pp.

Federación Comunista Catalano-Balear: Barcelona, 1932. 16 pp. 40 ctms.

Varios

La madre de Dios. Como fué recibida la primera edición. Obra Histórico-Crítica de Jesús Amaya. México. D. F. 1932. 20 pp.

ALFREDO CÓNSOLE: *Hagamos del bibliotecario un profesional*. B. A. 1933. 28 pp.

SANTIAGO GLUSBERG: *El único enemigo del libro argentino es el libro español*. Librerías "Anaconda". Florida 508. B. A. 14 pp.

FABIOLA TARNASSI DE SCHILKEN: *La cruz blanca y el fichero u oficina central de la filantropía*. El Cinematógrafo como factor de educación. B. A. 1933. 20 pp.

JOAQUÍN FRENGUELLI: *Nómina de sus publicaciones. 1908-1932*. B. A. 1932. 16 pp.

JOSÉ RAFAEL VENDEHAKÉ: *Venezuela en los últimos treinta años*. Conferencia. Panamá. 1932. 500 pp.

JOSÉ GARO: *Desarrollo Mercantil Argentino-Venezolano*. Caracas. 1933. 20 pp.

JUAN ANTONIO SOLARI: *Los Socialistas y los gastos militares*. B. A. Editorial "La Vanguardia". 48 pp. \$ 0.10.

RAFAEL ALBERTO PALOMEQUE: *Discurso pronunciado en la Escuela Dardo Rocha en ocasión del cincuentenario de La Plata*. 1932. 14 pp.

Defensa Judicial de Alvear por CARLÉS, en el complot imaginario. 1933. 32 pp.

La obra de "Amigos del Arte". Julio 1924-Noviembre 1932. B. A. 66 pp. Patronato de Leprosos. 136 pp.

LAS REVISTAS

EL número recién aparecido de *Verbum*, Revista del Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (Nº 83, febrero), constituye un volumen de 140 páginas en amplio formato dedicado exclusivamente a filosofía. La elección de los escritos que lo componen revela el propósito de proporcionar material de información y de estudio sobre temas capitales del pensamiento más reciente —Heidegger, Husserl, Bergson, Spengler, Croce, los valores, etc.— especialmente sobre aquellos que carecen de bibliografía en español o que constituyen rigurosa actualidad. Heidegger, por ejemplo, está tratado en un artículo original de Angel Vassallo sobre la lección inaugural de Heidegger en Freiburg el año 1929, *¿Qué es Metafísica?*, ampliamente comentada y discutida desde su publicación (1); en la traducción de un estudio de G. Ryle sobre la resonante obra heideggeriana *Sein und Zeit*, y en un extenso resumen de un trabajo de F. Muth sobre Edmund Husserl y Martin Heidegger establecido por R. Lida y que importa un buen aporte a la escasa literatura accesible sobre la fenomenología. A Bergson, Croce y Spengler, con motivo de sus últimos libros se les dedica notas que firman, respectivamente, Vicente Fatone, Erwin F. Rubens y León Ostrov, y otras sobre publicaciones también recientes están redactadas por J. J. Izurieta Craig, Leonor García y J. B. Genta. Una parte considerable del material del volumen se refiere al problema de los valores, y viene a reforzar la poquísima y no siempre segura bibliografía existente en español sobre esta cuestión central de la filosofía contemporánea. Raimundo Lida ha traducido del alemán un extenso trabajo que resume la historia moderna del problema del valor desde Brentano hasta las últimas investigaciones de estos años; a esta contribución capital hay que sumar una nota sobre los valores de Stern y un artículo de Francisco Romero sobre el mismo asunto en Müller-Freienfels. No es esto todo el contenido del número, como se puede juzgar por la siguiente transcripción del sumario: Francisco Romero, *R. Müller-Freienfels y los Valores*; Juan Mantovani, *Sobre la idea clásica de "Bildung"*; Angel Vassallo, *¿Qué es Metafísica?*; W. G. Schuwerack, *La Esencia del Valor y su Fundamentación*; H. Cohen, *La Realidad de lo Moral en la Experiencia histórica*; G. Ryle, *"Sein und Zeit", de Martín Heidegger*; *Notas*.

—**R**ECIENTEMENTE ha visto la luz en Génova una nueva revista literaria. *Espero* es su nombre y se caracteriza por la calidad de su material aun cuando la revista, hecha sobre el tipo de *L'Italia Letteraria*, conste de seis u ocho páginas. La dirige Ferdinando Garibaldi, pintor ligur de mucha actividad, y tiene como redactores fijos a Pietro Aschieri, Filippo Burzio, Aldo Capasso, Guido Galletti, Giuseppe Ravegnani, Antonio Santagata y Giorgio Vigolo. Cuerpo de redacción de jóvenes que conocen su técnica, que saben lo que dicen, que construyen demoliendo respetuosamente. ¡Cuánta enseñanza en esas pocas páginas! En cuatro números aparecidos no hemos encontrado una sola polémica escrita a base de violencia, de sandeces o vulgaridades.

Aldo Capasso, el más joven y el más talentoso del grupo, conduce rápidamente a las nuevas generaciones hacia la estética enunciada por Paul Valéry, versificada en Italia por Ungaretti y encarnada por él mis-

(1) La conferencia de Heidegger *¿Qué es la Metafísica?* se ha publicado, traducida por Raimundo Lida, en el último número aparecido de la revista argentina *Sur*.

mo. Pero ni Ungaretti, ni Capasso, ni todos los pertenecientes a la nueva generación, sean estos Vigolo, Burzio, Penco, etc., siguen estrictamente la escuela de Valery. Croce aun no ha perdido su cetro, y directa o indirectamente fluye en los versos, en las críticas, en los escritos hasta de los más jóvenes.

La revista no se limita a la colaboración italiana o al desarrollo de temas extranjeros por medio de cerebros italianos. Un comité de redacción extranjera compuesto por ahora de Marcel Arland, Marcel Brion, Ernst Robert Curtius, Gerardo Diego, Valery Larbaud, R. Ellsworth Larson, Antonio Marichalar y Samuel Putnam garantiza el panorama literario mundial con artículos de fondo. Sabemos que *Espero* dedicará también su atención a nuestra literatura con la misma seriedad con la cual considera las otras literaturas. No serán pues las acostumbradas crónicas informativas que halagan a algún escritor desconocido o mediocre, sino el balance crítico de las diferentes tendencias estéticas argentinas. El problema es arduo, no por falta de talento de los redactores sino porque deberán justificar una pregunta: ¿Existen tendencias estéticas en la literatura argentina? Veremos cómo responde *Espero*.

—**L**'ITALIA *Letteraria*, de Roma, en su número del 22 de enero, comenta, publicando a la vez largos extractos, el artículo de Pablo Giosi: —*Un tipo: dos momentos*— escrito a propósito del libro de Scalabrini Ortiz aparecido en el número de noviembre de *Nosotros*. El comentarista es Atilio Dabini.

Anuario de "La Razón"

LA *Razón* ha publicado su *Anuario* correspondiente al año 1933. Con esta edición el Anuario entra en su 17º aniversario. "Cada año significó un esfuerzo de superación ininterrumpida, pues las sucesivas conquistas y adelantos jamás significaron ni una meta definitiva ni un fin, sino un acicate para proseguir siempre en esa ruta", nos dice la dirección al presentarnos este nuevo volumen. Es exacto. Efectivamente, desde un principio trataron de dar en el Anuario una visión completa de la vida nacional. Así, en las nutridas 264 páginas ilustradas del Anuario de 1933, encontramos registrados minuciosamente todos los acontecimientos más importantes en cualquier aspecto, ocurridos durante el año 1932, como asimismo todos los datos e informaciones de interés general ya sean ellos de carácter social, económico, político o administrativo. Lástima que en el capítulo referente a "Las letras argentinas en 1932", tengamos que anotarle un sensible olvido que nos atañe: el de las bodas de plata de la revista *Nosotros*. Nos parece que es éste un acontecimiento poco común en la historia de las revistas literarias de cualquier país y más aún en los de lengua española, y por lo tanto muy digno para nuestro país de hacerse constar.

Las ediciones fraudulentas

EN la balanza donde se pesan los efectos favorables o desfavorables para la cultura y el libro argentinos, causados por la irrupción en el mercado al precio uniforme de 0.95 centavos de libros de todo tamaño y todo precio, nacionales, americanos o traducidos, viejos y nuevos, malvendidos por sus autores y editores o editados con autorización o sin ella, no sabemos si ha de bajar más el platillo donde se echan los favorables. *Nosotros* pensamos lo contrario, por muchas razones que hemos de

exponer en un número próximo con mayor detenimiento. Procuraremos demostrar que el precio de 0.95 centavos, imposible de sostenerse para las ediciones de aquellos libros —generalmente los mejores— que por no llegar a la gran masa, no admiten las grandes tiradas, conspira contra la lectura del libro argentino en lo futuro. Pero no es de esto de lo que hoy deseamos ocuparnos.

El negocio se ampara ahora en la bandera del nacionalismo literario e industrial con respecto a las traducciones. Bienvenida la emancipación de la librería española y que Buenos Aires sea pronto el centro de donde el libro extranjero, traducido y editado aquí, sea difundido por todo el mundo de habla castellana; pero no vendamos gato por liebre. Según como se hagan las cosas, aprovecharán los editores e impresores, o también, junto con ellos, la cultura y dignidad argentinas. Por el momento sólo unos pocos de los primeros. Piratas del libro, se atreven a justificar enfáticamente su piratería con palabras que sólo pueden engañar a un recién nacido. Dígalo la airada respuesta reciente, de uno de estos editores, nada menos que a Waldo Frank, por haberse éste permitido protestar contra sus afectuosos amigos, admiradores y correligionarios que le están vendiendo a 0.95 centavos su *Dawn in Russia*, atrozmente traducido bajo el título de *El amanecer de Rusia*, a espaldas de la casa editora española que adquirió los derechos de traducción para una edición peninsular. No entremos a discutir si Waldo Frank es o no comunista, y si porque lo sea deben robarle en nuestra sociedad capitalista los frutos de su ingenio: la cuestión, así planteada, es una "vi-veza", porque quienes así argumentan deberían justificar cómo editan sin permiso a autores muy apegados a la propiedad privada. ¿Serán comunistas los editores? Y como además hay que eludir la responsabilidad penal, con ser la ley de propiedad literaria, de mallas tan anchas, se inventan para el caso editoriales inexistentes, disfraces de los que hacen su negocio, a las cuales échenles galgos.

Por otra parte, ¿existe esa superioridad de las traducciones?

Hemos leído algunas de éstas y nos hemos avergonzado por sus autores. La del libro de Waldo Frank, por ejemplo. La librería española nos ofrece traducciones discretas, mediocres, malas y pésimas. Cuando de las últimas se trata, solemos decirselo en estas páginas. Pero traducciones como ésta argentina de Frank, permanente traición en lengua ostrogada (¡qué argentino ni nada que se le parezca!) del pensamiento del escritor yanqui, son extraordinarias aun entre las que borrajean en Madrid, Barcelona o Valencia los peones iletrados al servicio de algunas casas editoras, no de todas, que las hay —y los lectores de *Nosotros* las conocen— muy serias y responsables. Y hacemos a un lado momentáneamente la presentación de los libros, la calidad del papel, la corrección del texto, que no son factores secundarios en la obra de cultura que se atribuye al papel impreso.

No invoquemos, pues, por favor, la cultura argentina.

* * *

—**M**INISTRO de España en el Uruguay, es ahora el ilustre crítico y poeta Enrique Diez Canedo. *Nosotros* se complace en saludarlo, así como lo hizo telegráficamente su dirección a su arribo a Montevideo, esperando verle pronto en Buenos Aires como huésped.

NOSOTROS.